

FEBRERO

1899

245



LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Sábado, 14 Enero 1899.—Núm. 145

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



TCHÉ-KIANG (China).—Pou-tou.—Dos ídolos colocados en la puerta de una pagoda

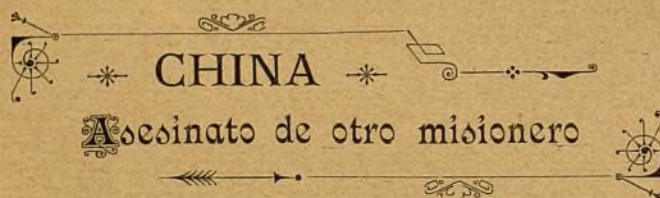
Reproducción de fotografía remitida por el Ilmo. Reynaud, lazarista, vicario apostólico del Tché-Kiang. (Pág. 16)



Texto.—CHINA: Asesinato de otro misionero.—NUEVOS DETALLES DEL MARTIRIO DEL P. CHANÉS.—CORRESPONDENCIA: *Costa de Oro (Africa Occidental); Territorio de la Pampa Central.*—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M.^a de Castro, agustino.—EN LOS RIOS DE MONDA: XXII, Continuamos en el Ikoí; XXIII, Bueno es todo lo que acaba bien.—DE TOMBUCTU A LAS BOCAS DEL NIGER: V, Desde el fuerte Archinard á las rápidas de Bussa; VI, El regreso. Las cataratas de Bussa en el Dahomey.—LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS: III, Victoria.—CRÓNICA: Burgos, Filipinas, Natal (Africa).—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES: El Vado (Episodio de la guerra franco-prusiana).—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

Grabados.—TCHÉ-KIANG (China). Pou-tou: Dos ídolos colocados en la puerta de una pagoda.—R. P. FR. URBANO ALVAREZ, agustino.—R. P. FR. UBALDO GARCÍA, agustino.—R. P. FRAY JOSÉ BAZTÁN, agustino.—SUDÁN FRANCÉS: Los trompeteros del rey de Ilo.—MONDA: La casa de San José.—R. P. FR. ANGEL ABASOLO, agustino.—LA GLORIA DEL TRABAJO.—EL NIGER MÁS ARRIBA DEL BUSSA.—ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DEL NIGER.—EN LAS RÁPIDAS DEL BUSSA.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



El reverendo procurador de las Misiones franciscanas Ilmo. Potron, obispo de Jérico, escribe desde París:

«Acabo de recibir un telegrama del reverendo P. Cassiene, misionero franciscano en China, concebido en estos términos:

«Padre Victorin muerto.»

«No añade detalle alguno, pero creo que este misionero habrá sido asesinado por los chinos.

«El R. P. Victorin marchó á la China en Febrero de 1897, y actualmente residía en el Hou-pe meridional. El telegrama está fechado en Ichang.

«El vicario apostólico Ilmo. Christiaens está en el hospital de Hankeou: los numerosos disgustos que ha debido soportar han sido causa de su enfermedad.



A los detalles ya publicados del martirio del P. Chanés, añade el Ilmo. Chause, prefecto apostólico del Kouang-tong, en carta dirigida al M. Hinard, director del Seminario de Misiones extranjeras de París, los pormenores que á continuación publicamos. Otras correspondencias relatan la devastación y pillaje de que

ha sido víctima Kouang-tong. ¡La miseria de esta infortunada Misión es espantosa! ¡Ojalá pudieran nuestros lectores escuchar las súplicas que salen de labios de misioneros y cristianos!

EL 12 de Noviembre los soldados enviados á Pak-tong tuvieron un reñido encuentro: cuatro quedaron muertos en el campo y dos mandarines resultaron heridos. Los causantes de la sedición, refugiados en las montañas, han perdido mucha gente: cuarenta cayeron prisioneros, siendo decapitados en el campo de batalla, doce esperan el fallo del tribunal. La población ha sido destruida.

El día 13 de Octubre descubriose el cuerpo del Padre Chanés. El nuevo subprefecto, hombre enérgico y valiente, se dirigió solo á Pak-tang: amenazó á los más caracterizados del pueblo con mandarles cortar la cabeza si no encontraba el cadáver del P. Chanés, y el cadáver reapareció.

Al siguiente día lo llevaron á Wai-Tchao. El Padre Fraysinet fué á identificarlo. Poco menos que imposible era reconocer aquel cuerpo cubierto de heridas y de cal. Los mandarines lo sumergieron en un baño de agua hirviente para examinar las heridas, y luego lo colocaron en un ataúd para poder trasladarlo. El Padre Fraysinet tiene certeza casi absoluta de que el cuerpo entregado es el del P. Chanés. Interinamente permanece en la capilla de Poklo.



COSTA DE ORO (Africa Occidental)

Apostolado de las Religiosas en Elmina.—Conversiones inesperadas.—Los niños esperanza de la Misión

Las Religiosas de todas las Ordenes son, como repetidas veces hemos dicho, poderosas auxiliares de los misioneros. El caritativo apostolado que con tanto amor é inteligencia ejercen las manos de la mujer, *in intellectibus manuum suarum*, prepara el camino á la verdad. La siguiente correspondencia, escrita por sor San Pedro Claver, en Elmina, y dirigida al reverendo Padre Superior general de las Misiones africanas en Lyon, da nueva prueba de lo que gustosos hacemos constar.

COMPLÁZCOME en comunicarle algunos pormenores referentes á lo que constituyen nuestras ocupaciones cotidianas.

Treinta enfermos aproximadamente acuden todos los días al dispensario para que les sean curadas llagas horribles causadas por su gran falta de limpieza ó por la lepra.

Guía repetidas veces la triste comitiva un gigantón de seis piés y seis pulgadas al que llamamos Jaime. Tiene el pobre una pierna cubierta de espantosa llaga que exhala insoportable hedor. A pesar de ello ¿creerá usted que el buen hombre comunicóme ayer que estaba próximo á contraer matrimonio? Triste cosa es ver estos infelices negros, cuya carne cae á pedazos, unir su existencia á otra existencia, y empezar una vida doblemente desgraciada.

Los indígenas de Costa de Oro poseen una receta curiosa y al parecer excelente para curar muchas enfermedades. Recientemente vi aplicarla. Una joven negra padecía fuerte jaqueca, y su aspecto era enfermizo. Compadecida su madre díjola:

—Ven, hermosa, quiero curarte.

Entre dos gruesas piedras desmenuzó la anciana pedazos de corteza de mango, llenó su boca con el polvo resultante, y sopló suavemente sobre el rostro de la enferma hasta cubrirlo por completo. El efecto fué instantáneo y absoluta la curación. Un minuto después la hermosa danzaba con toda su alma á la felicidad de la buena *mami*.

Al trabajo del dispensario síguenle forzosamente las correrías por los pueblos. Preciso es salir en busca de los infelices ancianos, que imposibilitados de moverse, son arrojados por sus propios hijos al fondo de espesos matorrales, y que se verían privados de la gracia bautismal si nosotras no procurásemos descubrir los lugares donde yacen abandonados. Desgraciadamente cuéstanos no poco trabajo el convencerlos de que nuestra Religión es la verdadera: tienen en sus fetiches tan ilimitada confianza que se niegan obstinadamente á recibir el santo Bautismo.

Dios, sin embargo, dignase repetidas veces derramar á manos llenas su santa gracia, la cual obra prodigios, alguno de los cuales paso á relatar.

Pocos días han transcurrido: una de las pobres ancianas que acostumbramos visitar algunas veces, cayó gravemente enferma, y nos apresuramos á llevarle algunas golosinas para con este medio tener ocasión de decirle que su fetiche no quería á nuestro Dios.

—Bien, bien, *sister*, nos contestó, volved á verme para curarme.

Continuamos visitándola; la enferma empeoraba visiblemente, y temiendo que su familia no se deshiciera de ella envenenándola, atrevímonos á preguntarle si quería bautizarse.

—No, *sister*, no necesito ir al cielo para ser feliz: si yo hubiese querido ser cristiana, ¿me entiendes? sabía el camino que conduce á vuestra iglesia, y hubiera venido, pero no quiero.

—*Mami*, ¿por qué no quieres?... ¿por qué?

—Porque no quiero, y basta.

—Vamos, *mami*, ya sé yo el por qué: temes á tu fetiche: cuando seas hija de Dios tu fetiche te temerá á ti.

—Dejadme tranquila, *sister*.

Y murmurando algunas injurias *mami* nos volvió la espalda.

Sor María quiso intentar un postrer esfuerzo; arrojóse y dijo:

—*Mami*, querida *mami*, te lo suplico, escúchame.

Mami volviéndose hacia nosotras con tanta cólera que casi imposibilitaba su respiración...

Pasados dos días presentámonos otra vez: la empedernida vieja había desaparecido: «sus hijos la arrojaron á la maleza», decían los vecinos.

Honda pena causábanos la nueva conquista de Satán

cuando, al pasar el siguiente día por delante de la choza, vimos á *mami* recostada cómodamente sobre una estera. Esta vez no intentó esconderse á nuestras miradas; la gracia de Dios empezaba á conquistar aquella alma: la pobre anciana nos llamó.

—Blanca, ven, apresúrate, que voy á morir: dame el agua que lleva al Gran Espíritu.

Fácil es comprender con cuánta alegría instruimos á esta nueva obrera que llegaba á última hora, momentos antes de comparecer ante el divino tribunal.

Un día al dar sor María la acostumbrada vuelta, descubrió en miserable choza un pobre joven gravemente enfermo del pecho. Cautivó su voluntad haciéndole algún regalito, y pudo preguntarle y adquirir el triste convencimiento de que aquel hombre apenas conocía el nombre de Dios. Ocho días después recibió el bautismo, y feliz partió de este mundo para la eternidad.

Esta conversión no bastó para contentar la misericordia divina.

La madre del difunto joven, anciana fetichista, cuyos hijos frecuentaban la Misión, trabó amistad con nosotras, y un día preguntámonosle si le gustaría volver á reunirse con su difunto hijo.

—¿Si sería feliz de reunirme con mi querido Koudjoe? mucho, muchísimo; ¡era tan bueno!

Principiamos á instruirla. Una tarde llegó presuroso uno de sus nietos á decirnos que su querida *mami* se estaba muriendo. Corriendo nos dirigimos á casa de la anciana. Llenaba de agua una calabacita en tanto que sor María hacía repetir actos de contrición. De súbito ábrese la puerta con fuerte estrépito y aparece la hija de la moribunda, terrible fetichista, á la cual temíamos muchísimo.

—Dejad á mi madre: ella ha servido al diablo y se irá con el diablo.

—Tranquilizaos: vuestra madre quiere ser bautizada, y vos no tenéis derecho para impedirselo.

Al oír nuestra contestación, furiosa, altos los brazos y cerrados los puños, precipitóse contra nosotras diciendo:

—Salid, si no queréis que os despedace.

Y juntando la obra á la amenaza cogíame el brazo y me sacudía violentamente.

Ardiendo en ira, embrutecido su rostro con tiza y ocre, era viva y repugnante imagen del diablo. Sus aullidos debían oírse media hora de distancia, y nosotras nos vimos obligadas á salir.

Al siguiente día uno de los Padres intentó la entrada.

—No te acerques, grítóle la malvada mujer; es inútil: mi madre ha sido lanzada en la maleza.

—Mientes, contestó el Padre, y abriendo el postigo vió á la moribunda tendida en el suelo. La furiosa hija lanzóse sobre él, y mal librado saliera de sus manos si no tomara la resolución de retirarse.

Al siguiente día volví á la carga llevando escondida sobre mi pecho una botellita llena de agua. Salíome un niño al encuentro, y díjome:

—Corre, corre, *sister*. Mami se muere.

¡Omnipotente es Dios! La furia de la víspera convertida en manso cordero corrió á mi encuentro y

—Perdonadme, díjome, conozco que obré mal: venid á administrar á mi madre el agua santa.

Conmovida acerqueme presurosa á la buena anciana: un minuto después entraba en el cielo un nuevo bienaventurado.

Vivía en el mismo pueblo otra mujer tan vieja y fea que ¡Dios mío! daba miedo mirarla... Conociámosla largo tiempo había, y gustaba de conversar con nosotras de cosas indiferentes: si intentábamos hablarle de Dios cambiaba de conversación con increíble maestría. Un día cayó gravemente enferma.

—Pobre mami, ¿sufres mucho?

—Sí, mucho.

—¿Tienes medicina?

—No.

—Yo te mandaré una, ¿quieres?

—No, voy á morir.

—Si tomas medicina mejorarás. ¿Estás contenta de morirte?

—No, jamás comeré *ñames*.

—Mami, ¿dónde irás si mueres?

Ella señaló la tierra.

—Es verdad, tu cuerpo restará en ella; pero ¿y tu alma?

—No me importa.

—¿Cómo mami, te parece poco penar eternamente?

—Estoy enferma, dejadme en paz.

Salimos, pero el siguiente día nos atrevimos á suplirle lo más importante.

—¡Yo bautizarme! ¡no! ¡no!! ¡no!!!

—Piénsalo bien, mami; irás al infierno...

Al escuchar estas palabras los labios de aquella desgraciada mujer pronunciaron blasfemias tan horribles que sólo el demonio podía inspirárselas.

Esta escena repetíase todos los días. Intentamos el último esfuerzo.

—Mami, yo te compadezco muchísimo: ¿no quieres amar al amante Jesús que murió por nosotros?

—¿Murió por mí?

—Sí, el Hijo de Dios... quiere que seas dichosa. Mami, no tengas mal corazón, ama al que te ama.

Mami dejó caer su cabeza entre sus manos: gruesas lágrimas rodaron por sus negras mejillas.

Amaneció la siguiente mañana, y el agua santa cayó sobre su arrugada frente. ¡Ya era tiempo! Un numeroso grupo de fetichistas abrieron con furia la puerta, deseosos de impedirnos cumplir nuestro santo ministerio. Cual espesa lluvia lanzaron sobre nosotras las más groseras injurias de su vocabulario, pero era tan grande la alegría que experimentábamos que apenas oíamos cuanto decían. Al día siguiente Dios recibía en el cielo un nuevo bienaventurado.

Las relatadas conversiones, elegidas entre muchas, prueban el bien que con la ayuda de Dios podemos hacer en estos países. Mayor sería si pudiéramos reunir á nuestro alrededor á los infelices ancianos de Elmina, de los cuales unos viven escondidos á las miradas de todo el mundo en el más oscuro rincón de miserable choza, al extremo de una escalera poco menos que inaccesible á humanos piés, y con mayor razón á nosotras,

y otros lanzados sin piedad en espesos matorrales, á merced de feroces animales ó expuestos á los ardientes rayos del sol de los trópicos. ¡Ah! ¿Dónde hallar recursos para edificar algunas casas al rededor de la Misión? A ellas trasladaríamos los enfermos más graves, los cuales al partir para el cielo cederían á otros su sitio, estableciéndose de esta manera un viaje constante de nuestra casa al cielo... Hermosa es esta ilusión por mí tantas veces acariciada, y que confío al papel con la esperanza de que los católicos de Europa me ayudarán con sus limosnas á convertirla en bella realidad.

Réstame sólo decir dos palabras de las escuelas y de los queridos niños esclavos rescatados con las limosnas de nuestros bienhechores. ¡Con cuánta alegría contemplarían mis lectores el día del reparto de premios las negras manecitas gesticular alborozadas, y los blancos dientes mascar los bombones venidos de Europa! ¡Si viesen cuán grande es el placer de este pequeño mundo que salta lleno de singular alborozo; su gritería es horrible!... Doscientos es el número de niños bambis que actualmente tenemos. Es necesario verles el domingo por la tarde reunidos en la iglesia. Rezamos el santo Rosario, y en tanto los restantes asistentes cierran sus ojos vencidos por el sueño, las claras y argentinas voces de estos tiernos niños contestan al unísono las *Ave Marias*, formando grato concierto que de lo alto de los cielos escuchará la Virgen con sonrisa maternal.

Por desgracia no sin penas y fatigas conseguimos reunir nuestro pequeño mundo. Menester es recorrer por la mañana el pueblo para estimular á los padres, sacudir los perezosos y mostrar á todos no las manos vacías sino llenas de chucherías ó golosinas: sin esto los niños no cumplen, y restan en poder de la *señora* pereza, reina por excelencia de todos estos negros. Los niños bambis son la esperanza del porvenir de la Misión, y aún cuando nos cuesten no pocos sudores y fatigas queremos conservarlos á nuestro lado.

TERRITORIO DE LA PAMPA CENTRAL

Excursión apostólica del Ilmo. D. Juan Cagliero (conclusión)

(Correspondencia del R. P. Vacchina)

NADA le digo, amado Padre, de nuestra llegada y permanencia en General Acha, capital del Territorio. Si entusiastas y espontáneas fueron las acogidas que en los demás puntos se nos dispensaron, la de la capital fué superior á todo encarecimiento. Diez días nos detuvimos aquí, y durante ellos fueron grandes los frutos de vida eterna que pudimos recoger.

Los ejercicios todos de la Misión se vieron muy frecuentados, y en todos los asistentes se traslucía el empeño y afán, con que procuraban no desperdiciar aquellos días de bendición, que el Señor en su infinita misericordia les deparaba.

Salida de la capital.—Necesidades de la Misión.—A Bahía Blanca.—Arideces y monotona del desierto.—«Nueva Roma»

Establecimos salir el día 12: á pesar de lo intempestivo de la hora, nos esperaban muchos en la estación



R. P. FR. URBANO ALVAREZ, *agustino*
Misionero de Filipinas, á quien cautivaron los rebeldes cebuanos en 5 de Abril del próximo pasado año. (Pág. 488 del tomo VI).



R. P. FR. UBALDO GARCÍA, *agustino*
Misionero de Filipinas, á quien hicieron prisionero los insurrectos cebuanos en 5 de Abril del próximo pasado año. (Pág. 488 del tomo VI).

para despedirnos, y tanto S. S. como todos hubiéramos querido estrechar con un fuerte abrazo de caridad á todos aquellos buenos amigos, á quienes recordamos siempre con cariño: son comedidos, generosos y hermanos de los pobres Salesianos. ¡Dios se lo pague!

También el P. Orsi hizo sus peticiones: se hallaba solo á la cabeza de la parroquia del colegio y de un dilatado distrito. Está pálido, demacrado y triste. Necesita verdaderamente de un ayudante para no sucumbir. No pudiendo S. S. complacerle, me encargo de instar *oportune et importune* á V. R. para que provea. ¡Ojalá que pueda ser pronto y bien atendido!

Por atención del Sr. Green, director de la Compañía de estos ferrocarriles, nos instalamos en un coche reservado. Nos abrazamos una vez más con el P. Orsi, pitó la máquina, y partimos de General Acha. ¡Quiera Dios engrandecer á esta población con la verdadera civilización cristiana, para que sea digna capital del nuevo Estado Federal de la Pampa Central!

El viaje desde Acha á Bahía Blanca es de dieciséis horas: inútil y estéril sería la más artística pluma para poetizar sobre este tirón de ferrocarril; es la cosa más aburrida del mundo. La monstruo-

sa serpiente de coches, ora devorando inmensas llanuras solitarias, ora arrastrándose penosamente por la empinada rampa de áridas colinas, halla siempre la misma uniformidad desoladora. Sólo de trecho en trecho se descubren algunas manchas negras, coloradas y blancas: son manadas de caballos, ovejas y vacas; ó bien se oyen

repetidos y extraños relinchos de guanacos que huyen despavoridos delante del monstruo con ojos de fuego que va vomitando negras columnas de humo: también se encuentran bandadas de avestruces que huyen á la desesperada; pero todo tan monótono y fastidioso que termina uno por aburrirse, ganar un rincón y entregarse en brazos de Morfeo. No le digo nada á V. R. de las estaciones del trayecto, porque todas pertenecen á pueblecitos insignificantes, de los cuales no me vino en ganas de recoger noticias. Digo mal: al llegar á la penúltima estación que hay antes de Bahía Blanca, oí gritar *Nueva Roma*. Picado de la curiosidad, quise conocer su historia, que es la siguiente: Un napolitano llamado Bianchieri, allá por los años de 1854 y 55, reunió á unos 300 calabreses con y sin familia, y fundó esta colonia agrícola, que en un principio prosperó mucho. En



R. P. FR. JOSÉ BAZTÁN, *agustino*
Misionero de China en 1890, asesinado por los rebeldes cebuanos en Filipinas en la Semana Santa del próximo pasado año. (Pág. 488 del tomo VI).

aquel entonces las comunicaciones no eran tan fáciles como ahora; Bahía Blanca era pueblo fronterizo con los pueblos salvajes de Calfucurá, Catriel y otros, y *Nueva Roma* no se hallaba en mejores condiciones. Bianchieri estableció un Gobierno provisorio con sus cárceles y polizontes para el orden interior y exterior. Los calabreses, aun en América, calabreses quedan. Sin un sacerdote que pudiera enfrenarlos con la Religión, comenzaron á cometer algunas fechorías, que fueron reprimidas y castigadas tal vez más de lo justo. Estos castigos repetidos con severidad rompieron las buenas relaciones entre el empresario y los colonos, y el Gobierno se transformó en tiránica dictadura. Al fin, un día se rebelaron, fusilaron al jefe del Gobierno y á sus adictos, y resolvieron retirarse á Bahía Blanca, que creyendo deber habérselas con una cuadrilla de bandoleros, se preparó á la defensa; pero no sucedió nada. Los caudillos de la rebelión, reunidos en consejo, decretaron pena de muerte para los tiranos de *Nueva Roma*, que pudieron refugiarse en Bahía Blanca. Esta sentencia ejecutada en algunos, restableció el orden y la paz para todos.

Como se ve, la *Nueva Roma* tiene su historia de sangre como la antigua; lo que importa ahora es que imite en su grandeza y no en su desventura á la Ciudad Eterna; pero esto no lo he de ver yo, ni la nueva, ni probablemente la quinta generación.

A las cinco llegamos á nuestra casa de Bahía Blanca, donde fuimos recibidos con mucho amor por todos nuestros hermanos y sus trescientos alumnos, que vestidos de uniforme nos honraron con hábiles evoluciones ordenadas por competentes oficialitos y prescritas por el programa gubernativo de gimnasia. Suspendo por ahora esta desaliñada relación en la expectativa de otras noticias que no dejaré de enviar á V. R. y demás superiores.

Bahía Blanca.—La Obra salesiana en esta ciudad.—Pasado y presente de Bahía

Revisando el *Boletín* de estos últimos tiempos he notado que se ocupa demasiado poco de nuestra Misión de Bahía Blanca, que es, sin embargo, de las más importantes y en donde la Obra salesiana ha sido y es muy eficaz, como comprobará V. R. por los siguientes datos. En 1885 el Ilmo. Sr. Cagliero se encontró de paso en Bahía Blanca en la festividad de la Epifanía. Después de muchos repiques de campanas y de esperar mucho tiempo, asistieron á su Misa media docena de personas. En 1887 el señor arzobispo Aneiros, con varios misioneros intentó dar una Misión: el señor Arzobispo fué recibido con la mayor indiferencia y los misioneros no tuvieron auditorio. En 1891, habiendo estado yo dieciséis días en Bahía, en tan poco tiempo tuve noticia de ¡once homicidios!! Las logias masónicas y las Sociedades obreras laicas abundan mucho, y laicos son el hospital y la enseñanza. En fin, era una Misión de las más arduas y peligrosas.

Nuestra Congregación se hizo cargo de ella en 1889, y el Ilmo. Sr. Cagliero la puso bajo la dirección del R. P. Miguel Borgherino, que fué el hombre de la Providencia. Juntamente con la carta de obediencia, su señoría le envió una hermosa cruz con el conocido lema

In hoc signo vinces; y las victorias fueron verdaderamente muchas y espléndidas contra manejos de las sectas é ilusiones de alguno que otro católico liberal. La Obra salesiana, mediante el favor divino, obtuvo excelentes resultados. Las Hijas de María Auxiladora tienen un grandioso colegio con 400 niñas internas y externas, pasando de 500 las que asisten al Oratorio festivo. Los Salesianos, además de la iglesia parroquial y otra sucursal y escuelas externas en el Puerto, tienen el «Colegio D. Bosco,» con más de 300 alumnos y un floreciente Oratorio festivo. La iglesia y el colegio fueron donados á nuestros hermanos por el Sr. D. Luis A. D'Abreu y señora. Los estudios van cada día ganando terreno á la enseñanza oficial, que como he dicho es laica. Las Asociaciones católicas son bastante numerosas, pues existen la Asociación de Obreros, las Conferencias de San Vicente, la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, la de las Hijas de María y la de San Luis, todas muy prósperas.

En 1894 el Ilmo. Sr. Espinosa, obispo auxiliar de Buenos Aires, intentó dar una Misión, y las Comuniones de hombres solos, sin contar las mujeres y niños, pasaron de 500. Yo tengo fe en la autorizada palabra del virtuoso misionero el P. Lapizt del Sagrado Corazón, que coloca á la parroquia de Bahía Blanca entre las de un porvenir más risueño y lisonjero de la diócesis de La Plata. ¡Dios lo haga!

De nuevo en viaje.—Fortín Mercedes.—La protección de María Auxiliadora.—La tierra de Jauja.—Llegada á Viedma

Después de ocho días de descanso emprendimos nuevamente el viaje, siempre en galera, para *Fortín Mercedes*, con el fin de visitar el nuevo «Colegio San Pedro» sobre el río Colorado.

Esta pequeña casa me trae á la memoria los primeros días del Oratorio de Valdocco; personal muy limitado, pocos niños y pobreza soberana; pero su posición topográfica, importante y acertada, promete un grandioso y risueño porvenir. Está situada sobre un cerro á cuyos piés corre juguetón el río Colorado, orlado de sauces y álamos, y desde el patio se goza de un magnífico golpe de vista. ¡Lástima que el viento, á veces sofocante y á veces helado, azote con espantosa frecuencia! Las Hermanas de María Auxiliadora tienen también sobre el Colorado un pequeño orfanotrofio, y son como en todas partes los ángeles tutelares de la Misión.

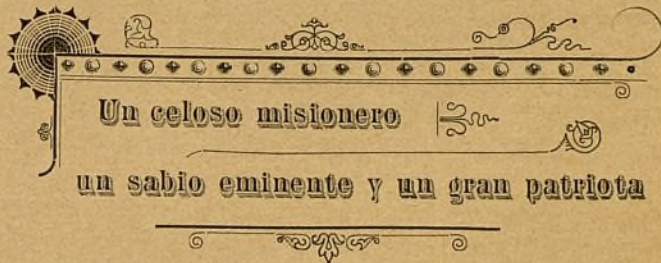
Nuestra permanencia en el Colorado fué de cinco días, y si pudimos salir con vida lo debemos á la protección de María Auxiliadora, como verá V. R. por el siguiente hecho. El día de la Presentación de María Santísima, un hombre de formas atléticas y de sombrío aspecto, asomándose al tapiado del patio de las Hijas de María Auxiliadora, principió á insultarlas con palabras groseras é indecentes. Se hallaba presente tan sólo la directora; las demás con las niñas estaban en la iglesia. Agotados todos los medios pacíficos, la directora echó mano del agua fresca, por lo que enfurecido aquel hombre, de un brinco saltó al patio y empezó á golpear bestialmente á la pobre é indefensa Religiosa. A los gritos acudió el peón de la casa y S. S., que acababa de predicar, logrando contener al criminal; pero re-

pitiéndose poco después la escena, una de las Hijas de María Auxiliadora corrió desolada al colegio de los Salesianos pidiendo socorro. Acudimos el director y yo, y conseguimos domar á la fiera; lo sujetamos con cuerdas, y así lo entregamos á un oficial de policía que providencialmente se hallaba en la localidad, pues los puestos más cercanos de policía distan unos 200 kilómetros. Inútilmente aconsejé al oficial que no lo desatara; embaucado por engañosas promesas, después de registrarlo, lo soltó. Entonces el asesino, echando mano de un bien afilado puñal, que llevaba oculto, comenzó á perseguir al funcionario público, y hubiera ciertamente acabado con él si éste no hubiera disparado al criminal dos tiros de revólver, que le penetraron uno por la mandíbula inferior y otro en el bajo vientre, dejándole tendido en el suelo sin sentido. Actualmente el herido se halla en Bahía Blanca, y su estado es grave. Todos reconocimos en este suceso la poderosa mano de Dios. ¿Qué hubiera sido de nosotros si el asesino hubiera hecho uso del puñal en los primeros momentos ó cuando le acometimos? ¡Cuán oportuna y eficazmente colocamos nuestra Misión bajo la protección de María Auxiliadora! La noticia de semejante atentado cundió por las *estancias* próximas, y fueron muchas las personas que vinieron á protestar y lamentarse de tal atropello.

Nuestra casa se halla situada en los terrenos de un establecimiento pecuario que tiene la extensión fabulosa de 45,000 Km.², en donde pacen más de 100,000 ovejas, 15,000 caballos y vacas, y sinnúmero de piaras de puercos. Estando prohibida la caza, á cada momento se ven grupos de guanacos, gamuzas y bandadas de avestruces que pacen tranquilamente. En 1892 estuve unos quince días en este establecimiento para comodidad religiosa de los quinientos pastores que lo atienden, y quedé edificado de la caridad y llaneza de sus dueños. Allí hallan protección y trabajo todos los obreros que se presentan, y la carne se distribuye *gratis* á todos los que pasan por el establecimiento. Nuestros hermanos no tienen que hacer más que elegir las reses que desean, proveyéndose del mismo modo de leche y de cuanto necesiten, pues el Sr. D. Pedro Loyato, mayordomo de los Sres. Luro, dueños de tantas riquezas, es amigo y decidido protector de los huérfanos del «Colegio de San Pedro.»

El día 24 salimos para Viedma, llegando al amanecer del día siguiente, siendo recibidos en el muelle por las Autoridades, por una buena parte del pueblo y por los niños de nuestras escuelas. Acompañados por las armonías de la banda y por el estruendo de las bombas, nos dirigimos á la iglesia para cantar un *Te Deum* en acción de gracias. A continuación, con los amigos más íntimos, nos trasladamos á los amplios salones de la casa central de la Misión, para manifestarnos nuestros recíprocos afectos después de una separación tan larga. El Ilmo. Sr. Cagliero había estado ausente siete meses en continuos viajes entre civilizados y bárbaros, y en medio de grandes fatigas y peligros, y yo no había visto á nuestros queridos hermanos de Viedma desde hacía más de un año. *Oh, quam bonum et jucundum habitare fratres in unum!* Es preciso experimentarlo después de haber andado vagando por este pícaro mundo, siempre entre caras nuevas y desconocidas.

He aquí, amadísimo Padre, la fiel narración de nuestra excursión apostólica, que ardientemente deseo que sirva de consuelo á su paternal corazón y al de nuestros queridos superiores.



Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

PARA todos los que hayan visitado el Archipiélago Magallánico, y observado detenida é imparcialmente la profunda transformación obrada por nuestros misioneros en aquellos extensos territorios, en todas las manifestaciones de la vida social, es indudable que la historia de las Corporaciones monásticas en aquellas islas es la página más brillante que se conoce de las Misiones católicas, y que la inmensa mayoría de los Religiosos que allí han arribado han sido verdaderos héroes de la Religión, de la patria y del legítimo y bien entendido progreso.

Pero no son pocos hoy día los que, obcecados por la pasión ó por la ignorancia, desconocen esta verdad, y calumnian descaradamente á los Religiosos, culpándoles de haber sido no solamente la rémora de ese mismo progreso en aquel país, sino también la causa de otros males que actualmente lamentamos, entre los cuales mencionan las pasadas insurrecciones y los trastornos presentes.

Hemos de confesar que en este extravío de una parte de la opinión han tenido también su tanto de culpa los mismos misioneros, quienes más cuidadosos de que sus nombres fuesen inscritos en el libro de la vida que en las páginas de la historia, y tan pródigos en ejecutar obras heroicas, como avaros en manifestarlas á la faz del mundo, han permitido que no pocos hechos gloriosísimos para ellos queden completamente ignorados, y que muchos nombres que merecían haber pasado á la historia, coronados con la aureola de la inmortalidad, apenas figuren en ella.

Bien es verdad que á los que ciega la pasión sectaria y el odio contra todo lo que representa la manifestación más genuina de la vitalidad de la Iglesia, no sería fácil convencerlos, aún sacando á luz, con sus más insignificantes pormenores, todos y cada uno de los sucesos dignos de eterna memoria que han realizado las Ordenes religiosas; pero á pesar de esto, bueno hubiera sido que no fijándose éstas tan solamente en aquella sentencia del Salvador que aconseja ocultemos á la mano izquierda lo que hace la derecha, sino también en la otra en la que se nos dice que procuremos brille nuestra luz á los ojos de los hombres, para que viendo nuestras buenas obras, se animen á glorificar á nuestro Padre que está en los cielos, se hubiesen esmerado más en vindicar su honra publicando sus glorias, y hubiesen sido más diligentes y solícitas de su buen nombre social.

Ocurrensenos estas reflexiones á propósito de uno de los hombres más eminentes que ha producido la Orden Agustiniiana en las islas Filipinas. Misionero celosísimo, bibliófilo incansable, poliglota eminente y gran patriota, el P. Agustín María de Castro, que es el sujeto á quien aludimos, merecía sin duda alguna ocupar un lugar muy distinguido en la historia de los españoles ilustres; pero por nuestro abandono é incuria ha permanecido hasta el presente casi ignorado, aún para muchos de sus propios hermanos.

La provincia de Filipinas ha cometido, como dice con mucha razón el Sr. Retana, una injusticia imperdonable con este su hijo, dejando que duerman el sueño del olvido entre el polvo de los archivos sus preciosos escritos, y exponiéndose á que cuando trate de darlos á luz, los encuentre ya inutilizados (1). Con respecto á su biografía, baste decir que con doce líneas la despacha el P. Cano, único autor nuestro que de él hace mención (2).

Nosotros mismos, aunque algún tanto aficionados á las cosas de la Orden, y admiradores entusiastas de los Religiosos de Filipinas, por haber presenciado el teatro de sus hazañas y visto por nuestros propios ojos la inmensa labor allí aportada por los misioneros, desconocíamos en gran parte el valer de este hombre por múltiples conceptos insigne, hasta que una circunstancia al parecer desfavorable nos ha ofrecido ocasión de adquirir de él mayor número de datos y admirar sus hechos y sus escritos.

Visitados por Dios con una penosa y prolongada enfermedad, que nos ha tenido inutilizados durante algunos meses para todo trabajo serio, y de la cual aún no hemos logrado reponernos por completo, pedimos al M. R. P. Eduardo Navarro las obras, ó mejor, la copia de las obras que de este ilustre hijo de San Agustín guarda, como oro en paño, en los estantes de su rica biblioteca filipina, para dedicarnos algunos ratos, por vía de distracción y pasatiempo, á su lectura, y habiéndonosla cedido generosa y galantemente, comenzamos á hojear sus páginas. A medida que avanzábamos en la lectura, iba creciendo el interés y entusiasmo que experimentábamos por su autor, tanto por las noticias raras y curiosas que acerca de otros Religiosos encontrábamos, como por los muchos datos que con respecto á su propia biografía estaban esparcidos por dichas obras. Fuimos anotando poco á poco los lugares en que se encontraban, y cuando terminamos de leer las obras mencionadas, observamos con placer y sorpresa que eran tan numerosos los datos que acerca de nuestro Religioso poseíamos, que casi resultaba completa su biografía.

(1) Las palabras del eminente filipinólogo Sr. Retana son las siguientes: El P. Cano «tuvo por guía al P. Agustín María, cuyas obras permanecen todas inéditas (gran injusticia que la Orden debe cuanto antes remediar), entre las que descuella el *Osario venerable*, ó sea un Catálogo de los Agustinos fallecidos.» Véase el *Estudio de las islas Filipinas, ó mis viajes por este país*, por el P. Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, agustino calzado. Anotado por el Sr. Retana. Madrid, 1893. Tomo 2.º Apéndices, pág. 152.

(2) Habla también de él el P. Bonifacio Moral en su *Catálogo de escritores agustinos españoles, portugueses y americanos*; pero sin añadir ningún dato nuevo á los que trae el P. Cano.

En vista de esto nos decidimos á ordenarlos y presentarlos al público, para que admire la singular figura de un misionero ilustre que hasta la fecha apenas era conocido.

Y basta ya de introducción, la cual, sin darnos cuenta, se ha prolongado más de lo que corresponde á un sencillo artículo bio-bibliográfico.

I

Dentro de los términos de la provincia de León, y á siete leguas de distancia de la capital, por la parte Sud-Oeste, perteneciente en lo eclesiástico al obispado de Astorga, de cuya sede la separa el espacio de cuatro leguas por la región Sudoeste; bañada por las aguas del célebre río Orbigo, y atravesada por la carretera general que partiendo de Madrid, y cruzando las provincias de Segovia, Valladolid y León, va á morir en la Coruña, álzase, en el extremo de una llanura coronada por una serie de colinas la antigua villa de Bedunia, título y nombre que ha cambiado hoy por el de la ciudad de *La Bañeza*. Cuenta en la actualidad 4,000 habitantes, y su caserío nada de particular ofrecía que admirar al viajero hasta hace no muchos años en que, merced á las nuevas y hermosas obras llevadas á cabo en la población, y á las reformas y mejoras introducidas en los edificios antiguos, presenta ya un aspecto muy agradable. Sus alrededores y campiña son también sobremanera pintorescos; pues fertilizadas las tres vegas, en cuyo punto de convergencia está situada, por las aguas del Orbigo y las de los riachuelos Tuerto y Duerma, tributarios del mismo, posee una espléndida vegetación, produciendo su terreno toda clase de cereales y hortalizas, y gran variedad de frutos. Su mercado es el más concurrido de toda Castilla, viéndose en los sábados á innumerable multitud de traficantes, no sólo de los pueblos limítrofes, sino también de puntos lejanos, acudir allí, en confusa mezcla de tipos, trajes y costumbres, á cambiar los productos de la agricultura é industria, y á proveerse de todo lo necesario para su subsistencia y usos particulares. No carece, finalmente, esta ciudad de importancia histórica; sobre todo después de la guerra de la Independencia, durante la cual se verificaron en ella notables acontecimientos.

En esta importante ciudad vió la luz primera, en 16 de Agosto de 1740, el M. R. P. Fr. Agustín María de Castro. Al ser regenerado en las aguas del bautismo en 21 del mismo mes, en la parroquia de Santa María, pusiéronle por nombre Pedro, el cual cambió nuestro Religioso por el de Agustín, cuando hizo su profesión en la Orden Agustiniiana.

La educación que recibió desde niño no pudo ser más esmerada y cristiana, pues al cuidado y diligencia de sus padres, D. Pedro Andrés de Castro y D.^a Juliana de Amuedo, quienes, como personas de reconocida piedad, procuraron inculcar á su hijo las máximas del Evangelio y la práctica de la virtud, tenemos que añadir el celo y vigilancia de dos venerables sacerdotes, hermanos respectivamente de los progenitores de nuestro biografiado. Eran estos dos piadosos presbíteros D. Francisco Andrés de Castro, que administró al niño Pedro las aguas del bautismo, y D. Luís de Amuedo,



SUDÁN FRANCÉS.—LOS TROMPETEROS DEL REY DE ILO. (Pág. 9)

padrino que fué del mismo en el Sacramento de la regeneración (1).

Debido á estos cuidados, á la buena índole natural que recibiera del cielo, y á la gracia que obraba en su corazón, sintióse siempre el joven Pedro inclinado á la virtud y al recogimiento, y cuando el desarrollo de su inteligencia y la edad le colocaron en condiciones de elegir estado, se decidió sin vacilación por el de religioso, como el más perfecto y más á propósito para conseguir el último fin.

Dieciséis años contaba, en efecto, cuando pidió ser admitido en nuestro colegio de Valladolid, que á la sazón acababa de fundarse (2). Despachada favorablemente su petición, recibió el santo hábito en el mismo

(1) Debemos copia de la partida de bautismo de nuestro biografiado á la amabilidad y diligencia de D. José María San Román, actual curapárroco de Santa María de La Bañeza. La partida, tal cual se halla al folio 256 del libro correspondiente á aquella época, dice así:

«En veintiuno de Agosto de mil setecientos y cuarenta años, como Rector que soy de la parroquia de santa María de esta villa de la Bañeza, bapticé solemnemente y puse los santos óleos á un niño que se llamó Pedro, hijo legítimo de Don Pedro Andres de Castro y Doña Juliana de Amuedo; feligreses de dicha parroquia, fué su padrino su tío Don Luis de Amuedo cura de Sacaños, y lo firmé—Francisco Andres Castro.—Nació en diez y seis deste mes —Castro—»

(2) El colegio de que hablamos no era el grandioso edificio que actualmente habitan los Padres Agustinos de las Misiones de Filipinas, el cual aún no se había levantado en la fecha arriba mencionada; sino otro provisional, situado no lejos del hoy existente. «En 1745 (dice mi querido maestro el Rmo. P. Tirso López) los M. R. PP. Fr. Miguel Vivas y Fr. José González, compraron á la Sra. D.^a Teresa Carvajal, viuda de D. Jerónimo Estrada, en sesenta mil reales, la huerta, casa y jardín que dicha señora poseía junto al portillo que daba salida al camino de Puente duero, por el Oriente de la huerta de los Padres Carmelitas Calzados, que hoy es vivero. Y poco después adquirieron por el valor de treinta y siete mil reales tres casas con sus corrales á la Hermandad de San Juan de Letrán, no lejos de la iglesia del mismo nombre, y

de manos del primer rector, V. P. Fr. José González, en 29 de Septiembre de 1756. Así lo manifiesta el mismo P. María en el *Osario venerable* (obra que después reseñaremos más largamente), por estas palabras: «Hacen memoria de este gran varón (el susodicho Padre González), nuestro Mozo en su libro de Misiones, folio cuarenta y seis y siguientes; las Crónicas de San Francisco, de Filipinas, parte 2, cap. v, n.º 67; y fray Miguel Vivas en sus memoriales impresos en Madrid. *F yo como hijo suyo de hábito, el que recibí de su mano en el Seminario dicho, á 29 de Septiembre de mil setecientos y cincuenta y seis, debo hacer esta tier-*

en una de ellas se instalaron muy pobrememente, por no dar más de sí el edificio, que los que alcanzamos á ver parte de él en pie, contemplábamos no sin admiración, por su pequeñez y falta de comodidades.

«No se sabe de cierto el año en que se comenzó el actual edificio; pero de los documentos que obran en el archivo del mismo, consta que en el Capítulo Provincial de 1755, exhortaban á los Padres comisarios y rector á que diesen principio cuanto antes á la edificación; y de otros documentos se deduce que la causa de no haberlo comenzado, eran las demandas que habían entablado contra la erección algunas Comunidades, por creer que se hallaba dentro de los quinientos pasos de distancia de otros conventos, en que los cánones prohíben nuevas edificaciones. Zanjáronse estas dificultades después de visitas y reconocimientos de las Autoridades, y previas algunas indemnizaciones; y en 1759 y 1760 firma D. Ventura Rodríguez los planos, y entonces debió comenzar la edificación.» Véase el artículo histórico-descriptivo de dicho colegio, que el hoy exasistente general, maestro y doctor en sagrada teología, Rmo. P. Tirso López, publicó en la *Revista Agustiniana*, vol. 7, pág. 453, reproducido después con algunas adiciones y variantes en el folleto titulado: *Documentos y estados relativos al Real colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid*. Valladolid, 1889. Véase también el *Nomenclator de Religiosos Agustinos de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, y breve reseña de sus colegios y conventos en España, China y Filipinas, con los datos referentes á su administración espiritual en dichas islas*. Bienio de 1896-97. Madrid, 1897. Folleto publicado por el M. R. P. comisario Fr. Eduardo Navarro.

na *agradecida memoria* (1).» En otro lugar de la misma obra dice también: «El duodécimo convento (de los erigidos por esta provincia de Filipinas), es el Colegio-Seminario de Valladolid, en Castilla la Vieja, fundado el año de mil setecientos treinta y seis por el R. P. Fr. Miguel Vivas, comisario de esta provincia. Su titular el dulcísimo Nombre de Jesús. Su primer rector fué el Rdo. P. Fr. Joseph González. No tiene renta alguna, ni está concluido hasta ahora, sino que todo lo necesario se le envía desde acá. *Alli recivi* (sic) yo el santo hábito á 29 de Septiembre de 1756 con otros muchos sujetos (2).»

* EN LOS RÍOS DE MORDI *

POR EL R. P. TRILLES

XXII

Continuamos en el Ikoi

HABÍAMOS resuelto pasar en Ikoi el día siguiente, lo que harto necesitábamos para reponernos algo de las anteriores fatigas.

Hace algún tiempo el conocido explorador Fournau se detuvo en este lugar para levantar el plano de los ríos de la región. Así es que los negros son algo civilizados, por no venirles ya de nuevas los blancos. En torno nuestro, en la casa hospitalaria, agrúpanse para hablarnos y preguntarnos; pero no se advierte esa indiscreta curiosidad que en todas partes nos abrumaba, no dejándonos un momento libre.

El pueblo es grande, rico y bien edificado. Lo habitan esamekos y se llama Enkumanza.

Entre los jóvenes, muchos han servido en Gabón como soldados, y déjase sentir su influencia bajo el punto de vista de la civilización. A pesar de su belleza aparente, el pueblo es malsano, por terminar en un pantano vastísimo, derivación del río; además hay que ir muy lejos para buscar el agua potable, y aun ésta es poco agradable.

Resueltos como estábamos á explorar el Ikoi hasta su término, partimos el día siguiente guiados por dos indígenas.

A la derecha sepárase del Ikoi un río, casi inmediatamente á la salida del pueblo, y va en derechura hacia el pueblo de los esamekos, en el Ndjembé.

—Allí donde termina, nos dicen los negros, óyese hablar á las gentes del pueblo.

Esto indica una distancia muy limitada: falta, sin embargo, cruzar el río.

Continuamos nuestro viaje, dejando á derecha otro río, que va hacia Sibang. Cierran el horizonte elevadas colinas cubiertas de bosque, en los que abundan árbo-

les magníficos. El río angóstase sin cesar: á trechos encuéntrase empalizadas para coger á los peces. Como yo sumergiera una mano en el agua, el guía me advirtió que había en eso peligro, á causa de abundar allí los tiburones.

Poco á poco el río transfórmase en arroyo, disminuye cada vez más, las colinas se acercan, y apenas puede maniobrar nuestra canoa en las numerosas sinuosidades del Ikoi, teniendo el agua menos de un pie de profundidad: por fin aparece el arenal: hemos llegado á donde apetecíamos. Todo el mundo salta á tierra, pero resta la gran cuestión que resolver: ¿podremos hacer pasar nuestra piragua?

La subida es áspera, pero corta, felizmente; ciento cincuenta metros escasos. Henos ya en la espesura.

Luego súbitamente, por un cambio de decoración instantáneo, rásgase el velo de los árboles, é iluminado por el sol de la tarde vese á lo lejos el rutilante mar.

¡El mar, Gabón, Librevilla, á pocas leguas de nosotros! A nuestros piés surgiendo de debajo las rocas, saltando entre los guijos, manan las fuentes del otro río Ikoi, el bueno, el deseado, el del Gabón. Mas ¡ay! transportar nuestra pesada piragua los dos kilómetros de bosque que de aquél nos separan, es sueño imposible de realizar. ¡Preciso nos fué retroceder!

Quédannos, no obstante, de nuestra excursión por el bosque, dos puntos que conviene tener presentes: el primero es que, después de todo, el paso entre los dos ríos, de mil quinientos á dos mil metros de longitud, es hacedero, estando el camino poco menos que practicable, y el segundo, que para el efecto requiérese una piragua ligera.

Nos volvemos tranquilamente á través del bosque. A trechos hay grandes árboles de majestuoso ramaje. En general, encuéntrase más bien arbustos, lanzando al cielo su tronco débil y recto, como queriendo recibir un poco de sol y de aire. Por el suelo tropiézase con plantas rastreras, abundantes lianas, muchos licopodios y musgo, y gran cantidad de hierbacana. Los breñales ofrecen ya el carácter de todos los cercanos al Gabón. La hierba corta, afilada como navaja, se nos enreda á nuestras piernas, y desgarrar sin piedad todo aquello á que se enlaza.

¿Este desencanto es todo el fruto de nuestros descubrimientos? Deseaba salir pronto de allí. Así es que con verdadero gozo montamos nuevamente en la canoa, y... vogamos hacia atrás, en camino para la aldea de que habíamos salido con tan halagüeñas esperanzas.

Así sucede con frecuencia en la vida: por la mañana todo está alegre y lleno de confianza, rebosando salud y mostrándose el cielo de color de rosa; por la tarde ¡ay! ¡ilusiones perdidas y esperanzas frustradas!

XXIII

Bueno es todo lo que acaba bien

Ea, tengamos un momento de deliberación. Frente á frente en nuestros asientos curules (dos cajones de madera), graves como senadores, el P. Monnier y yo deliberamos.

¿Qué hacer? Dos partidos podíamos tomar. Ó volver simplemente por la ruta que habíamos tomado al

(1) Página 178.

(2) Páginas 333-34.

venir, hollar el camino ya trazado, renovar la homérica travesía de las llanuras de Guegue, ó bien desde Nende darnos á la vela hacia alta mar, y abordando en el cabo Esterias, estrechar la mano de nuestros compañeros que evangelizan la Misión de los bengas. Luego desde allí bogar tranquilamente hacia el Gabón, tras una jornada de descanso, he aquí el segundo proyecto. El P. Monnier opta por los bengas, y yo también soy de su parecer.

Y como el sol de medio día nos había acariciado excesivamente en la reciente travesía de Nende, preferimos por unanimidad el sol de media noche.

A esto se debe que aquella misma noche, habiendo partido del pueblo de Ikoi á las siete, con la marea, nuestra piragua, deslizándose en las tinieblas y semejante á un fugitivo que huye sin volver la cabeza, alejámonos á toda vela del agua salobre y pestífera de aquel ancón horrible. Las tres daban en el único reloj de Nende cuando abordamos delante de la hospitalaria vivienda. De lejos el amable jefe del puerto nos había oído, y estaba ya en la playa, dispuesto á recibirnos cordialmente.

En lo sucesivo nuestro viaje ofrece poco interés, pues estábamos en pleno país civilizado. Ciertamente que el día siguiente tuvimos que pasar todavía cinco mortales horas, de las diez á las tres, en los pantanos de Moka, en baja marea, sin poder adelantar ni retroceder. Sorprendidos por la tempestad, tuvimos que pernoctar en la maleza.

A las seis de la mañana siguiente el sol levantóse pausadamente en el horizonte; la fresca brisa era favorable. A las once estrechamos la mano de nuestros compañeros del cabo Esterias: estábamos nuevamente en familia.

El P. Durón nos recibió cordialmente: con él examinamos la iglesia que será pronto reconstruida desde sus cimientos.

Después de breve, pero memorable excursión en canoa en que el P. Monnier, á pesar de ser bretón hijo del Océano, se mostró tan detestable piloto como pésimo canotero, visitamos las aldeas de los alrededores.

Como coronamiento de una jornada tan bien aprovechada, subimos á una colina, y nos arrodillamos en la modesta lápida donde duerme su último sueño uno de los misioneros del Gabón, el P. Poulard, muerto como puede muy bien decirse, en el campo de honor de la cruz y de la civilización. Descansa allí, mecido por el rumor de las aguas, esperando la resurrección, aguardando el día en que se levantará en medio de sus amados bengas, á quienes había venido á salvar.

Y mientras que á lo lejos, en el horizonte, el sol descendía lentamente en su lecho de oro y púrpura, bajábamos en silencio, diciéndonos que, después de todo, bueno es morir aquí, en medio de los pobres negros por los cuales todo lo hemos sacrificado. Bueno es dormir aquí, al pie de nuestra bandera, la cruz de Cristo Redentor.

El día siguiente proseguimos nuestro camino hacia la Misión (*V. el grabado de la pág. 12*), á donde llegamos la misma noche, fatigados, más aún, rendidos;

pero en lo íntimo de nuestra alma nos considerábamos felices por haber salvado algunas almas.

Y ahora no deseo más que una cosa: visitar de nuevo á aquellos queridos negros entre quienes tanto bien puede hacerse; cumplir lo más pronto posible la promesa que hicimos en cada aldea al contestar á tantas solicitudes: *Hen! m' aké sho n' oyon!* (¡Sí, volveré en la estación seca!)

Nuestro viaje estaba terminado.

En otra excursión próxima espero completaremos la visita de Monda.

Al dar cuenta al Ilmo. Le Roy de los incidentes y accidentes de esta breve expedición apostólica, no podíamos menos de pensar en el porvenir de estas fuertes poblaciones pahuinas, en esa emigración continua, que viene copiosamente á extinguirse en la playa gabonesa.

En otro tiempo fundáronse en ella grandes esperanzas. Forzoso es confesar que no se realizan, y los pahuinos establecidos en la costa no valen más que los gaboneses de moral acomodaticia. Con su contacto adquieren sus vicios y pierden sus cualidades nativas.

¿Sucederá lo mismo en el porvenir? ¡Por desgracia es más que probable!

A no ser, sin embargo, que el Cristianismo se apodere de esas masas, las moldee con su influjo poderoso, y las humille á los pies de Cristo-Rey, para que luego levanten de nuevo la cabeza más dignos y mejor templados, ante esa civilización corrompida, que los abraza para ahogarles, y les enlaza para hacerles perder toda fuerza.

Mas, para obtener este apetecido resultado, objeto de nuestras súplicas y oraciones, requiérense dos cosas: hombres primero, y sobre todo hombres dispuestos á hacerlo todo, á sufrirlo todo, y luego, forzoso es pedirlo, dinero para vivir.

Ea, jóvenes de animoso corazón, que sentís en el fondo del alma la aspiración del sacrificio, jóvenes embriagados de la locura de la cruz y la inmolación, ¡cuándo las fibras más íntimas de vuestro corazón resonarán al llamamiento del buen Jesús!

Obreros del buen combate, la lucha será larga: en este clima de fuego, muchos quedan pronto quebrantados. ¡Qué importa, mientras que, á costa aun de la propia vida, se ganen almas á Cristo! Para centenares de millares de hombres, para un territorio mayor que el de Francia, somos aquí sólo treinta. ¡A la obra! Cuando llegue la hora de tenderos en el sepulcro, habréis sufrido bastante, yo os lo aseguro, pero también habréis salvado muchas almas.

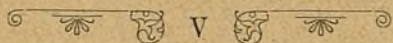
Necesítase asimismo el óbolo del pobre y la ofrenda del rico. Tardará mucho tiempo el salvaje hasta que sustente á aquel que viene á hablarle de Dios. Y no obstante hay que trabajar mucho y es preciso vivir.

Y entonces ¿á quién dirigirse sino á la generosa Europa, que prodiga constantemente su sangre y su oro, y es la primera en ese torneo divino de la generosidad y la abnegación?

Pedimos, pues, hombres, hombres primero, y después la ofrenda de la caridad.

¡Por Cristo y por la Iglesia!

De Tombuctu á las bocas del Níger



Desde el fuerte Archinard á las rápidas de Bursa

Por inconvenientes que ofrezca la ausencia de un guía, el Sr. Hourst resolvió prescindir de él. Después del territorio de Say y de Kibtachi, éntrase en el de Bendi, enemigo de la confederación que dominan los tuculeros, y es verosímil que viniendo con un guía, éste aprovechara la ocasión para prevenir á los bendis contra nosotros y provocar una colisión.

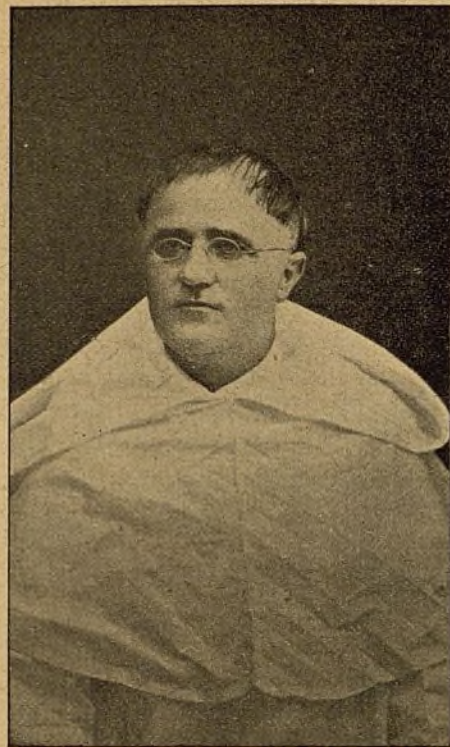
Seguimos, pues, durante dos días y medio las sinuosidades del río, entre riberas é islas cubiertas de una vegetación extraordinariamente rica, sin encontrar un solo pueblo. Las partidas de tuculeros han pasado por allí: desde que están en el país, todo lo que no se les somete es tratado como enemigo: saquean los pueblos, queman las casas, y matan ó esclavizan á los habitantes: en pocos años despueblan un país: han asolado muchos centenares de kilómetros cuadrados; llegando su aulacia hasta atacar la importante población de Compa, á donde llegamos el día 19; pero fueron rechazados con pérdidas. Así los bendis nos dispensan entusiasta acogida, y nos invitan á remontar juntos para incendiar á Dunga; pero no es este el objeto de la expedición hidrográfica, y nos apresuramos á aprovechar la subida de las aguas para franquear las famosas rápidas de Bussa.

También aquí el río es rocalloso; mas sondeando los remolinos, encuéntrase regular altura de agua sobre la superficie de las rocas, y aun en ciertos puntos no llega al fondo una sonda de veinte metros.

Después de Compa se presenta Tenda, donde reside uno de los dos reyes de Bendi. Visitanos con toda su corte, y nos conduce el hermano del Serkin Kebbi. Las poblaciones son ricas y los indígenas van bien vestidos, y son alegres, francos y muy simpáticos.



MONDA.—LA CASA DE SAN JOSÉ. (Pág. 11)



R. P. FR. ANGEL ABASOLO, *agustino*
Misionero de Filipinas y primer Provicario de las Misiones agustinianas de China. (Pág. 510 del tomo VI).

Lo mismo debe decirse de Madecali, donde reside el segundo soberano del país.

Maravillan á sus majestades los cañonazos, la caja de música, etc. Las descargas de las armas de fuego les arrancan gritos de admiración, pero no manifiestan temor ni desconfianza, lo que prueba su rectitud: toda la población viene á fraternizar con nosotros.

Los días transcurren placenteros, y todo nos iría perfectamente si nouviésemos uno ó dos tornados por día: el invierno, que tocaba á su término en Say, está aquí en su apogeo, y nos calamos hasta los huesos.

El 24 echamos el ancla en Giris, puerto de Ilo.

Estamos en país haussa: á ejemplo del *tío*, tiene que parecernos encantadora la lengua de haussa, que prefiere á todas, excepto el alemán. Si la lengua ha de juzgarse por la raza que se sirve de ella, me asocio sin dificultad á las predilecciones de Barth, pues nada puede imaginarse más amable que las gentes de Bendi y de Haussa: sencillos, alegres, generosos y prudentes. Sin ser deformes, nada tienen de bellos; pero sus maneras son tan afables y respiran tanta bondad, que aunque fuesen feos no lo advertiríamos. ¿Queremos dar un paseo por la población? nos hacen entrar en las chozas, y nos muestran todo lo que ofrece algún interés. Si examinamos con atención un objeto, nos lo ofrecen con tanta insistencia y buena voluntad, que obligan á aceptarlo. Por último, al anochecer encontramos nuestros bolsillos llenos de nueces de kola, sin que sepamos como los hemos adquirido. ¡Y eso que sólo permanecemos tres días en Giris!

El rey de Ilo quería honrarnos con su visita, y nos lo participa por medio de la reina, que nos trae un gran cesto de ñames. Desde la mañana del gran día, brigadas de trabajadores quitan las empalizadas y allanan el



LA GLORIA DEL TRABAJO
(Cuadro del pintor español Sr. Estruch)

Ayuntamiento de Madrid

terreno en donde debe efectuarse la recepción. Nosotros plantamos simplemente una tienda, en la que ponemos la única silla de la Misión. Mas evidentemente somos nosotros de una civilización muy inferior.

Preceden al soberano portadores de esteras y tapices. Luego vese la escolta real, anunciada de lejos por los acordes de su música, acordes especialísimos y tan imprevistos, que el comandante pretende que imita á Wagner. He ahí un magnífico almohadón de terciopelo bordado de seda; siguen la guardia á caballo, los grandes dignatarios de la corona, y por fin el rey en un caballo con espléndidos arneses, cubriéndose con un magnífico manto de brocado de plata: cubre su cabeza un *chechia* de Túnez con un botón de seda azul. Rodéanle multitud de reinas ó damas de honor; una de ellas con pañuelo de seda enjuga el sudor de la cara de su augusto esposo, otra le abanica, otra le lleva su provisión de kolas y nos las ofrece generosamente. Los músicos, provistos de largas trompetas de cobre (*V. el grabado de la pág. 9*), se nos acercan, nos meten sus pabellones en la oreja, y soplan con fuerza desgranándonos el tímpano.

En medio de este estruendo hay que hablar: así es que el rey pronto no puede más, muérese de sed, y manda traer cerveza (hay una cervecería en Giris) y agua de sorgo, y todos bebemos, reyes, reinas y ministros; negros y blancos fraternizan; es un contacto africano. Su majestad promete todo lo que se le pide: cambianse regalos: luego viene el inevitable cañonazo y la caja de música; en una palabra, la fiesta es completa y el rey se retira. Reconozco que su conducta fué irreprochable; mas no puedo decir lo mismo de algunos de su séquito, que por haberse excedido midieron el suelo, teniendo el Dr. Taburet que cuidar á uno de ellos.

No nos falta más que un guía que nos conduzca á Bussa; pero pasa el día, y no lo encontramos. El rey, vuelto á Ilo, regocíjase en libaciones tan reales, que se embriaga completamente, y ya nada entiende. Toda la corte se halla en el mismo estado. Por la noche, el monarca recobra un poco de lucidez: conoce su falta, y viene á prometernos un guía para el día siguiente; mas recibe por el camino un fuerte tornado, y de vuelta á Ilo, experimenta la necesidad de prevenir los efectos de esta funesta humedad, y restablece el equilibrio de los humores bebiendo otra vez copiosamente. El comandante, que conoce mucho la Bretaña, dice que los borrachos son incorregibles, que por lo tanto nada podemos esperar, y así partimos sin guía.

Aquí comienza la serie de las rápidas conocidas con el nombre de Rápidas de Bussa: nada tienen de halagüeñas estas rápidas de arriba; pero hay allí mucha agua, y con auxilio de Dios y teniendo á Digui en la barra nada tememos. Vemos sucesivamente Rafia, el mercado más importante de la región: más de cien piraguas se dirigían á él por grupos: un tambor daba la cadencia, y los remos maniobraban al unísono. Más lejos Fogné, uno de los sitios peores, que pasamos sin accidente.

Es muy curioso el modo de saludarse más allá de Ilo: cuando dos personas se encuentran, hincan una rodilla,

y cambian, sin mirarse, las acostumbradas fórmulas de saludo, que son muy largas. Es una postura incómoda para las señoras, que, allí como en todas partes, no pierden ocasión de dar suelta á la sin hueso, sin dejar la misma postura. Un explorador vió en esta genuflexión un vestigio de Cristianismo: diéronle también noticia de la veneración de las gentes de Bussa por cierto Kesra, que era para él el nombre desfigurado de Cristo. Podía esperar, pues, hallar cristianos en Bussa: llegamos á ella en sábado, y había casi preparado una plática para el día siguiente, esperando que el señor párroco tendría la atención de invitarme á celebrar en su parroquia. ¡Grande decepción! Bussa es pagano: según su tradición, procedían del Este, y habían sido gobernados, en su país de origen, por el gran Kesra (Cosroes). Los bardos de la corte cantan, en los días de fiesta, las luchas victoriosas sostenidas por Kesra contra las tropas del Profeta: nos hallamos, pues, muy lejos de Cristo y de su santa Religión.

El rey nos envía á su ministro para que nos salude en su nombre: concede todo lo que deseamos, nos recibe en audiencia solemne, y pide una audición de fonógrafo: todo va muy bien. Pero por influencias que no pretendo investigar, nos es imposible obtener un guía: al cuarto día de tratos y promesas que no tienen ningún efecto, tenemos que resolvernó á afrontar solos los terribles rompecabezas reputados infranqueables.

Como nuestro viaje toca á su fin, y ha sido pacífico, tenemos exceso de municiones. Después de reservar las convenientes, el Sr. Hourst mandó sumergir á doce metros de fondo algunos millares de cápsulas de fusil, algunos centenares de tiros de cañón, un número respetable de kilos de algodón-pólvora, y partimos con nuestros propios medios, y bajo la protección de los santos Angeles y de Nuestra Señora del Rosario.

VI

El regreso.—Las cataratas de Bussa en el Dahomey

Incolumes ad propria rodeamus!

Los saltos de agua de Bussa están diseminados en sesenta kilómetros. Sin hablar de los más comunes, que no se cuentan, los obstáculos mayores estarán en Garifiri, Patachi y Urú: la corriente es formidable, y pronto llegamos á Garifiri: no navegamos, sino más bien caemos.

A Digui no le basta toda su fuerza muscular para manejar la barra. El gran empeño consiste en arrostrar la corriente de frente, pues si la embarcación estuviese de lado, inmediatamente zozobraría, y ningún nadador podría luchar contra el furor de las olas. ¡Qué presencia de espíritu y qué sangre fría son necesarias para gobernar en esos meandros tortuosos donde el agua muge contra las rocas, y os cala como un chubasco! Las embarcaciones pasan sucesivamente sin avería.

Sigue un poco de descanso, y mientras recalentábamos el arroz cocido la víspera, Digui fué á reconocer á Patachi. Al cabo de una hora está de vuelta, y cuadrándose, saluda militarmente y dice:

—¡Comandante, estamos ya aquí!

—Y bien, ¿cómo se presenta la rápida?

—Mal, comandante, mal.

—¿Tan mala como la de Lapsanga?

—Lo malo de Lapsanga y todo lo malo que hemos visto hasta ahora, es nada: lo que se nos viene encima es mucho peor, y eso que sólo he visto el principio. Con mi piragua no he podido reconocerla.

—Entonces ¿qué hacer?

—Hay que tantear, he aquí todo. ¡Ea, muchachos, cada cual á su puesto!

Una cosa me inquietó un momento: Digui parecía preocupado. ¿Tendría bastante dominio sobre sí mismo para no vacilar? Mas esto sólo duró un instante. Puesto en marcha acto continuo, volvió á ser el mismo: ojo firme y voz segura.

—¡Doblad á babor, á estribor! ¡Bien, adelante; ahora una pausa!

No tardó mucho tiempo en franquear la rápida, que no tiene menos de quinientos metros: allí dos brazos se precipitan á derecha é izquierda en la depresión. El empuje de estas dos masas es tal que la embarcación cruje, los costados amenazan estallar por el violento esfuerzo, las riberas pasan con la rapidez de un ferrocarril; por fin cálmase la desatentada carrera, y encuéntranse mecidos en un lecho de espuma. El *yuyu* que remolcábamos, lo dejamos libre porque nos impedía gobernar con precisión; pero á los pocos minutos se nos vino por sí mismo.

Al anochecer nos hallamos frente de Uru. El río principal forma una verdadera catarata, de la que se levanta una espesa niebla: el brazo practicable sepárase á la derecha, y únese nuevamente debajo de la catarata. Habíamos ya pasado la entrada del canal de la derecha, cuando fuimos advertidos del peligro por la velocidad inquietante que nos arrastraba, y por un anciano pulo, que había visto estos parajes veinte años antes.

Al momento echamos el áncora, y nos acercamos á la isla formada por la separación de los dos brazos: esta isla está casi por todas partes inundada; navegamos entre las ramas, y al cabo de dos horas de esfuerzos pudimos amarrarnos sólidamente á un árbol: sólo el *Dantec* no ha podido remontar. Digui y dos marineros toman la piragua para acudir en su socorro. Cierra ya la noche, y no se ve ni oye nada. Llenos de inquietud, gritamos:

—¡Digui! ¡Digui!

Una voz responde á lo lejos:

—¡Hemos ido á pique!

Que el *Dantec* y su cargamento hayan zozobrado, no es grave daño; ¡pero los seis hombres y Digui! ¡Y sin una embarcación para acudir en su socorro!

Esta tarde y esta lúgubre noche son el más punzante recuerdo de la expedición.

De vez en cuando llamamos aún: á veces parece que nos contestan; otras veces dudamos: ¿es acaso la voz de Digui, ó el mugido de la catarata, ó el tumulto de la rápida, ó los mil choques del río con las rocas, los troncos y las ramas de los árboles? Por fin óyese ruido de remos, y vemos la piragua con tres hombres: inexplicable angustia nos deja casi sin voz, y el comandante apenas puede preguntar:

—¿Y los otros?

—¡Los otros, responde Digui, están allá abajo!

—¿En donde?

—En el *Dantec*. He aquí lo sucedido, comandante: el *Dantec* ha sido apoyado por la corriente contra una roca; y llenándose de agua se ha hundido, mas una rama lo sostuvo, nosotros nos hemos acercado al árbol, hemos amarrado la piragua, y vaciando el barco, lo hemos puesto á flote.

—¿Nadie ha sufrido daño?

—Los hombres se han mojado; yo también; pero mañana nos secaremos.

Bien hubiéramos podido dispensarnos de hacer la guardia esta noche, pues no había peligro de que nadie viniese á inquietarnos; pero nuestra situación era tan anómala que no hubo quien recordase las fatigas del día.

Repetidas veces oímos voces que reían con aire burlesco, que cuchicheaban ó disputaban. Cada uno de nosotros, al hacer la hora de guardia, sorprendido del caso, preguntaba al contramaestre:

—¿No oyes hablar?

Y recibía esta respuesta invariable:

—No, nada hay de eso: crees que hay hombres que hablan, y no son hombres, sino el río.

Ora oíase un canto que se aproximaba y se hacía oír á derecha, y súbitamente á izquierda, merced á un soplo de brisa ó á un eco. Por primera vez comprendía la creación de las hadas, de los genios y de los aparecidos por imaginaciones sobresaltadas. ¡Ah! ¡la prolongada y triste noche inspiraba reflexiones sombrías!

Lució por fin el día. Dejamos al *Dantec* suspendido del árbol, y el *Davoust* emprende la carrera, de rama en rama, y después en el brazo del río que nos conduce á la rápida.

Momento hubo en que nos creímos perdidos sin remedio; pues el canal angostísimo en que habíamos entrado, bruscamente da vuelta á la derecha formando ángulo recto. Evidentemente, con la velocidad que llevamos, vamos á estrellarnos contra el muro de piedra que tenemos al frente... El tiempo de ver el peligro y de recordar el pensamiento supremo con que uno quisiera morir, fué suficiente para que quedase conjurado el peligro: el ímpetu mismo de la corriente, rechazada por el muro que se le oponía, nos empujó hacia atrás. Al mismo tiempo Digui dió las órdenes oportunas, y he aquí que volamos por el segundo brazo del compás con una velocidad de quince millas por lo menos, como dicen los marineros.

Un instante después encontramos, como señal libertadora, una banda de caimanes que frecuentan siempre las aguas tranquilas debajo de las rápidas, aprovechando el aturdimiento de los peces, que les ofrecen en tales sitios fácil presa.

Hacia cuarenta y ocho horas que habíamos salido de Bussa. ¡Estábamos en salvo!

Hay momentos en que, como al salir de ejercicios espirituales, no se rehusaría á Dios sacrificio alguno; tan vivo es el reconocimiento que se experimenta por una

protección visible. Morir en una rápida, ya lo teníamos previsto, y cien veces hemos estado dispuestos á ello; pero ¡ahora que deseamos vivir para que se aprovechen nuestras fatigas y peligros!

Carecería de interés relatar nuestro descenso del Níger, puesto que al día siguiente estrechamos en Gelba la mano del simpático capitán Caroll y del mayor Festing, oficiales católicos de la marina inglesa. Hanse mostrado para los oficiales de la expedición excelentes camaradas, sin que su buena voluntad se desmintiera un solo instante.

El 20 de Octubre el P. Arti, de las Misiones Africanas, de Lyon, nos dió en Absala el fraternal abrazo, y el 1.º de Noviembre cantamos en Porto Novo una Misa solemne en acción de gracias á Aquel que puso un freno á las aguas del Níger y desbarató las tramas urdidas contra nosotros.

No me corresponde á mí dar noticia circunstanciada de los resultados científicos, políticos y religiosos de la expedición: fácilmente se adivinan, y están en poder de los depositarios de la Autoridad, únicos que pueden hacerlos eficaces. Séame permitido, no obstante, felicitar una vez más á aquellos que me han admitido á compartir sus trabajos, y que han querido asociar la Iglesia á su valerosa empresa: ellos han sido los auxiliares de la evangelización del Africa, y han sido y serán siempre para el misionero amigos apreciados; han sido objeto de edificación espiritual por su actitud constantemente cristiana, por su espíritu de unión fraternal y su abnegación sin límites. La expedición hidrográfica no ha tenido más que un corazón y un alma, pues el espíritu que la animaba era el alma de la patria católica.

La isla del diablo y la isla de Dios

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO
DEL TCHÉ-KIANG

III

Victoria

CON paternal amor Dios guió á esta isla este buque, rodeado aún de la gloriosa aureola que supo conquistarse en las exploraciones de Bangkok. Durante largos años paseó orgulloso la bandera francesa por los mares que bañan las inmensas costas del imperio chino. En la época de las revueltas populares veíasele aparecer por todas partes, siendo la salvación de numerosos pueblos que sin su activa vigilancia hoy serían montones de ruinas. Venía directamente de Corea, cuyas costas había recorrido en busca de un misionero francés que andaba fugitivo de sus verdugos. Enterado de nuestra situación el valeroso comandante del *Inconstant*, pidió órdenes, pues llegó á estas aguas sólo

de paso, al azar, ignorando nuestras penalidades y peligros. De acuerdo con el almirante de Beaumont, el cónsul general de Francia en Shanghai, contestóle enterándole de cuanto le convenía saber, y dejándole completa libertad en sus movimientos. Permaneció quince días en estas aguas, y tengo la esperanza de que no le parecieron largos, amenizados por las excursiones al interior de la isla y las distracciones del pequeño seminario, lugar en el cual gustaba de reunirse la oficialidad. Para nosotros su presencia fué una no interrumpida fiesta, cuyo grato recuerdo animará largo tiempo nuestras conversaciones. Con la bandera tricolor y nuestros huéspedes, Tcheou-san habíase convertido en un pequeño rincón de Francia.

Poco después juntóse al *Inconstant* el *Forfait*, soberbio crucero de primera clase, que llegó á Fou-tchesu procedente del Japón y dirigiéndose á Formosa. Esta era la segunda visita que en tres meses nos hacía, pues en Julio graves acontecimientos motivaron su presencia en las aguas de Tché-kiang, siendo su permanencia en las mismas el principio de una era de paz y prosperidad para nuestras Misiones.

En la actualidad marcharon ya, llamados por la madre patria, á la cual regresan sus valientes tripulantes. ¿Tendremos la alegría de volverlos á ver? ¿Quién sabe! Nuestras bendiciones y súplicas, muestra de agradecimiento sincero, les acompañarán por donde quiera que vayan, y ciertos estamos de verles figurar en primera fila, al lado de sus hermanos de la China, el día en que Francia dirija un llamamiento á la abnegación generosa.

La presencia de los valientes marinos franceses acalló como por encanto los siniestros rumores y violentas amenazas que salían de Pou-tou. El pánico se apoderó de los bonzos, creyendo que íbamos á saquear sus pagodas. Notóse gran movimiento de embarcaciones que trasladaban y ponían á salvo los pequeños tesoros de cada mandarín. El diablo cambiaba de domicilio; los bonzos abandonaban los ídolos para salvar el dinero.

Al salir de Ning-po para regresar á las islas, el *ting* hallóse con los dos buques franceses anclados en el puerto de Tcheou-san; á ambos costados de uno de ellos veíanse lucir, heridos por los rayos del sol, seis hermosos cañones de pulido acero; el otro era más pequeño, pero rodeábale la brillante aureola de un heroico hecho de armas que acababa de admirar al mundo entero.

Cambiáronse las visitas de rúbrica entre los comandantes acompañados de los misioneros, y el mandarín civil. Fueron cordiales en extremo; el mandarín pagó el champagne y admiró á todos por su fina amabilidad. No era ya el funcionario de la víspera fuerte contra los débiles, oponiendo á nuestros argumentos audaces embustes ó fútiles pretextos. No, él afirmaba hallarse plenamente convencido de la verdad de todos nuestros derechos; nunca dejó de dudar de la culpabilidad de los bonzos, era evidente.

—Estos hombres son, añadía, entes á los que todo el mundo, y yo el primero, aborrece y desprecia. ¿Qué aprecio se puede tener, por ejemplo, á Houa-wen, su jefe, si ha cometido tal y tal otro crimen?

Y hacía acerba crítica de sus vicios, revelándonos



EL NIGER MAS ARRIBA DEL BOUSSA (Pág. 12).

hechos que nosotros nos resistíamos á creer, á pesar de imaginarnos conocer todos los crímenes de los bonzos de Pou-tou.

—Siendo todo ello como vos decís, objetóle M. Ferrant, delegado mío por tercera vez cerca de él, ¿por qué oponer la prolongada resistencia que por largo tiempo ha comprometido el buen resultado de reivindicaciones que os consta son justas y legítimas?

—Yo carecía de libertad, contestóle en seguida. ¿No me comprendéis? El *tao-toi* de Ning-po jugóme una mala partida al cargar sobre mí todo el peso de este asunto. ¿Cómo resolverlo según exigía la justicia sin hacerme odioso á los culpables y poner en peligro mi bastón de mando? ¿Ignoráis por ventura la influencia y malicia de los bonzos?

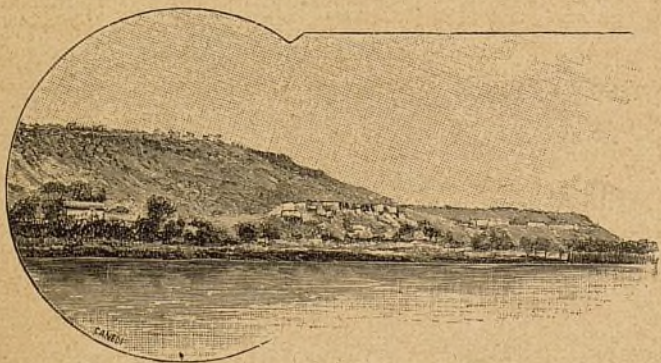
Y añadió, para aliviar su mal humor, una violenta diatriba contra las depravadas costumbres, intrigas, venganzas, avaricias, etc., de aquellos señores. Era más sincero al decir esto que no en otro tiempo, pretendiendo defender con desvergonzados embustes la causa de sus depravados clientes.

Remitiéronos el siguiente día, suplicándonos la examináramos, una hoja redactada por él y escrita por su propia mano, pues no gusta servirse de secretarios cuando se trata de asuntos importantes. Era el reconocimiento de todos nuestros derechos. Contenía siete artículos, cuyo resumen es como sigue:

1.º Los bonzos devolverán gratuitamente todos los terrenos que comprendía el dique trazado por nosotros.

2.º Los calumniadores serán castigados con todo el rigor de la ley.

3.º Los que incendiaron la capilla sufrirán el castigo señalado por el código.



ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑIA DEL NIGER. (Pág. 12)

4.º Sufrirán suerte igual los que violaron las tumbas.

5.º Los bonzos pagarán una indemnización para reedificar la capilla é indemnizar á los cristianos de las pérdidas sufridas.

6.º Se erigirá una piedra monumental con una inscripción sellada con el sello de los mandarines, para perpetua memoria de este hecho.

7.º Los bonzos firmarán un documento en el cual se les hará responsables de cuantas desgracias puedan sobrevenir á los cristianos N. y N., cuya muerte habían tramado.

Nunca soñamos pedir tanto: estas condiciones excedían á nuestras más lisonjeras esperanzas, y firmóse la paz con satisfacción de todos.

Por la tarde de aquel mismo día un hombre callado y fiel, el cobrador de impuestos, vino á comunicarnos en nombre de el *ting* que él estaba encargado de repatriar á los cristianos fugitivos, y examinar para recompensarles las pérdidas sufridas por cada familia. ¡Ah! no todos los cristianos se reunieron: siete dejaron de acudir á nuestro llamamiento: habían muerto en el destierro, unos de tristeza y añoranza, otras pobres muje-



EN LAS RÁPIDAS DE BOUSSA. (Pág. 14)

res obligadas á huir de noche después de penosa enfermedad. ¡Víctimas desgraciadas! ellos sólo contemplaron los días tristes llenos de sufrimiento y pena: nosotros debemos el triunfo á sus sacrificios.

Algunos paganos guardaron las desiertas viviendas de los cristianos, obligados á marchar de improviso, dejando sin cerrar las puertas de su casa. Nada faltaba en las pobres chozas distribuidas á los piés de las montañas y abandonadas por largo tiempo. Estos buenos vecinos recogieron y cuidaron los animales domésticos. Los cristianos daban las gracias más expresivas al que de nuevo les conducía á sus casas, y decíanle que ellos nada tenían que reclamar. El buen hombre asombrado no cesaba de repetir á cuantos querían oírle:

—Los cristianos son hombres honrados: en vez de abusar, como tantos otros, de su ventajosa situación para reclamar crecidas indemnizaciones fingiendo dinero perdido, ellos nada piden y añaden que nada les falta.

El *ting* conmovióse y se admiró ante este ejemplo de desinterés, y quiso satisfacer de su bolsillo particular

los gastos ocasionados por la permanencia de su enviado en nuestro establecimiento. Nosotros aceptamos, pero destinándola á otro objeto, esta cantidad que él se negó á recoger.

En Ning-po y poblaciones vecinas tuvo este hecho gran resonancia. Todo el mundo relataba y aumentaba los pormenores del mismo, exagerándolos cual suele hacerlo la crédula y exuberante imaginación de los chinos. En general tributábanse elogios á nuestra moderación, y á los pobres bonzos se les ridiculizaba é injuriaba de mil maneras.

El *tao-toi*, humillado al recordar el largo tiempo que éstos le retuvieron preso en sus redes, quiso dar pública muestra de independencia, obedeciendo, aunque tarde, á la voz de la justicia. Además sentía la necesidad de reparar hechos pasados. Escribióme una carta credencial de dos mediadores, elegidos entre los letrados más distinguidos de la población, y en la cual suplicábame nombrara dos cristianos, para que juntos los cuatro debatieran las cláusulas definitivas de un arreglo amistoso.

Al presentármese hube de decirles:

—¿Por qué molestaros si el *ting* de Tcheou-san dejólo todo arreglado?

—Preferible es, contestaron, ultimar estos asuntos con el *tao-toi*: el arreglo es más solemne y tiene mayor fuerza.

Asistíales la razón, y yo les dejé obrar, pues parecían orgullosos de representar su papel de embajadores de un *gran hombre*.

El *tao-toi* puso un vapor á su disposición, y marcharon con rumbo á las islas, llevando á bordo cuatro Hermanas de la Caridad, alegres de volver con tanta facilidad y economía á su residencia, después del anual retiro. Sus conductores dejáronlas en Fo-sin-shan, donde aquéllos reuniéronse con el *ting*, M. Ferrant y dos tribunallistas. Precisarón los límites respectivos de las propiedades de la Misión y de las de los bonzos. Resolvieron otros pormenores prácticos, para evitar en lo sucesivo todo motivo de discordia entre nosotros y nuestros vecinos. Hecho esto regresaron á Ning-po, seguidos siempre del pobre *ting* y de mi querido delegado.

Sentados al rededor de la mesa, hallándose presentes el mandarín y un viejo bonzo, representante de Pou-tou, tuvo lugar la última y acalorada discusión. Los mediadores, interpretando los deseos del *tao-toi*, habían escogido una colina para cementerio, y para poder extraer de ella la piedra necesaria para la conservación y aumento de nuestro dique. Era esta precaución indispensable para impedir enojosas cuestiones en porvenir no lejano, y nos aseguraba completa independencia frente á frente de los bonzos. Obstinábase el representante de éstos en negarse á comprender las razones de utilidad práctica que alegaban, hasta que el *ting* fastidiado levantábase, y cogiéndole por el brazo exclama:

—¡Vamos á ver el *tao-toi*! En vez de una montaña deberás cederles dos.

Este argumento convenció al bonzo, quien se abstuvo de hacer nuevas objeciones.

(Se continuará).



Burgos.—Se trata en dicha ciudad de establecer un colegio eclesiástico gratuito, destinado á formar buenos sacerdotes para las colonias que nos quedan, para las Américas de lengua española y también para «Misiones extranjeras.» Mucha satisfacción hemos tenido al saber que se ha adquirido ya el local, y que se hacen en él las obras necesarias. Así los jóvenes que se sientan con vocación para esos ministerios sagrados, hallarán unos ayuda y todos dirección para que puedan realizar su nobilísima aspiración, no dudando que en España abundan estas vocaciones aun más que en otros países católicos, donde florecen colegios como este que acaba de autorizar el excelentísimo señor Arzobispo de Burgos; y Cataluña bien creemos que no ha de negarle su contingente. Andando el tiempo esperamos poder dar á nuestros lectores algunos de sus principales Estatutos.



Filipinas.—Apuntamos algunas noticias referentes á la situación de algunos Religiosos, tomadas de dos cartas escritas desde el Archipiélago.

De la primera copiamos los párrafos siguientes:

«Aquí estamos seis Padres Recoletos, cinco Franciscanos, cuatro Agustinos y nueve Dominicos, desde el día 19 de Julio, después de haber estado en Cavite desde el 13 de Junio.

«Ahora estamos bien tratados, en Bulacán; pero hemos estado trabajando en las calles y edificios públicos, sin comer más que una pequeña cantidad de arroz malísimo, que nos daban para las dos comidas: la mitad á las diez de la mañana y lo restante á las cinco de la tarde.

«Edifica ver aquí tres definidores y un exprior de Recoletos barrer la habitación donde nos encontramos. Esta es un desván de 34 piés, de techo tan bajo, que muchas veces damos en él con la cabeza.

«Estoy contento con mi suerte, y espero en la misericordia de Nuestro Señor que nos librerá. Venga lo que quiera, que á todo estoy dispuesto.

«Cárcel de Bulacán, 1 de Octubre de 1898.—FR. J. DOMÍNGUEZ.»

En otra carta escrita en la misma cárcel, se nos dice lo siguiente:

«Aquí tiene V. á veinticuatro frailes: cuatro Agustinos, seis Recoletos, cinco Franciscanos y nueve Dominicos, todos curas, menos Fr. Felipe, Fr. Codina y este su servidor. Por la gran misericordia de Dios estamos buenos y muy contentos con nuestra suerte. Ahora, gracias á Dios, lo pasamos bastante bien, y Dios quiera que continuemos así. El primer mes que estuvimos en ésta, apenas comíamos para vivir, y además íbamos á los trabajos públicos, en donde nos cargaban de injurias. Pero Dios Nuestro Señor nos daba virtud para sufrirlo todo por su amor. Allí era de ver á todos estos soldados de Jesucristo, muchos de ellos ancianos venerables, con cajones de tierra en sus hombros, y caminar llenos de alegría, aunque muchas veces nos daban vahidos de cabeza, por la grande debilidad que teníamos. Pero ¡oh gran Dios! ¡qué contentos estábamos al ver que padecíamos algo por su amor! ¡Sea bendito y alabado por todos!—FR. P. M. MONFORTE.»

Debemos añadir que en la cárcel de Bulacán, y con una sola hora de diferencia, murieron el día 3 de Septiembre dos Padres nuestros, siendo tan poco humanos los carceleros, que ni siquiera les permitieron los Santos Sacramentos.



Natal (Africa).—El año de 1884 comenzó la obra de evangelización en Oakford, Natal, el P. Mateo, misionero del Inmaculado Corazón de María. Encontró un campo silvestre, pero su celo y energía incansables lo transformaron bien pronto en un paraíso terrestre: según le llaman ahora los innumerables visitantes de la Misión de los bancos de Umhloti. Donde no se divisaban sino muchas hectáreas de tierra inhabitable, y sábanas cubiertas de maleza, hoy se destacan bellos edificios y una población de cinco mil habitantes.

Es notable el convento de Religiosas Dominicas, llamado Priorato del Sagrado Corazón, con escuelas para los indígenas, criollos y europeos. La Misión en un principio se estableció tan sólo para los de Kaffir, cuando las Dominicas se encargaron de la enseñanza en 1889. A su llegada recibieron la más sincera bienvenida de parte de la población negra, especialmente de las mujeres, que en multitudes venían á dar la bienvenida «Saku Bona» á las blancas «Amakosazona», juzgándolas ángeles en forma humana enviados por el cielo; pues tal era la maravillosa impresión que les causó la presencia del hábito blanco. Mas cuando las Religiosas comenzaron á hablarles en su lenguaje zulú, entonces la admiración de aquellas pobres criaturas no conocía límites.

Pronto se reconoció que no podrían proporcionarse medios de subsistencia con sólo atender á los indígenas, por lo cual se prepararon escuelas para los hijos de europeos, las cuales han prosperado sobre toda esperanza. Se abrió la escuela en Abril de 1890 con solas dos discípulas, continuando así por tres meses, aumentando hasta trece en todo el año.

Por fin desapareció la nebulosa preocupación de los no católicos, animándose á poner á sus hijas bajo la tutela de las Religiosas católico-romanas; de modo que más de la mitad de las ciento cinco pensionistas pertenecen á sectas disidentes, hasta de padres judíos y wesleyanos.

La educación de la infancia no católica ofrece un campo especial y muy fructuoso en las Misiones; porque generalmente estas criaturas conservan los consejos y buenos ejemplos de su infancia, con no pequeña influencia en sus familias y en la sociedad en que viven. Muchas vencen, al fin, las dificultades más insuperables y abrazan el Catolicismo.

De tal manera se atiende á la educación de la infancia europea, que no se descuida la de las negras indígenas, puesto que más de setenta niñas negras asisten á la escuela, á quienes se les dá también alimento corporal, todo bajo el patronato de la Madre Santa Catalina de Sena. Aprenden á leer y escribir en inglés y en zulú; pero donde más sobresale su ingenio y entusiasmo es en la música, especialmente en el canto del zulú. Admira la fe con que estos pobres salvajes cantan en Misa y en la bendición del Santísimo. Millares de gentiles nos contemplan con admiración y respeto.

Todo este campo exige mayor número de operarios, y las pobres Religiosas están recargadas de inmenso trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

LA LÉYENDA DE ORO: *Vida de todos los Santos que venera la Iglesia católica.* Obra cuya reimpresión es oportuna en todas épocas y cuya lectura es no sólo saludable, sino también santa y necesaria en toda edad, es la cuyo título encabeza estas líneas. La lectura de novelas frívolas é insulsas, donde todo es mezquindad y pequeñez, donde no hay un ejemplo heroico que eleve el alma y la comunique santo vigor, y donde con desgraciada frecuencia la inmoralidad campea con maldita libertad, causa los desastrosos efectos que en la sociedad moderna todos lamentamos: degradación de carácter, ausencia completa de ideales grandes y de fe viva, profunda, la fe que salva los pueblos, todo lo arrebataron con su maldita propaganda el eterno sudar de las impías prensas. Ello es lo que dá singular carácter de actualidad á la reimpresión que de la obra del P. Rivadeneira, modelo de

castellana literatura, acaban de editar los Sres. González y C.^ª, con verdadero derroche de lujo en las cuarenta láminas en color y oro, que adornan los cuatro elegantes volúmenes en 4.^º mayor que constituyen esta nueva edición. Refutando los ímproos errores de Strauss, Renán, etc., y demostrando la divinidad de Jesucristo, síguele un importante trabajo debido á la erudita pluma del arcipreste de esta Catedral R. Dr. D. Eduardo M.^ª Vilarrasa. Complacémonos en recomendar á todos nuestros lectores esta importante obra, que hallarán en nuestra Administración.

—Ha visitado nuestra Redacción el *Almanaque de los amigos del Papa*, que viene publicando hace largos años y con general aceptación la *Revista Popular*. La amena é interesante lectura, original de los distinguidos escritores católicos F. S. y S., José Pallés, Norberto Torcal, Aurora Lista, etc., etc.; las artísticas y variadas ilustraciones, y su completísimo santoral, hacen de este *Almanaque* uno de los más hermosos y artísticos de cuantos netamente católicos publican en nuestra patria.—M. C. G.

VARIEDADES

El Vado

Episodio de la guerra franco-prusiana

Nos hallamos cerca de Froeshviller, en los últimos días del mes de Noviembre del año 1870.

Los franceses, con veinte horas de ventaja sobre el enemigo, retroceden hacia Chalons, para intentar la ofensiva por Montmedy. El grueso del ejército en retirada ha pasado ya el Mosa, y á lo largo del río saltan y se hunden los puentes.

Si esto significa una pérdida de tiempo para los alemanes, significa también la pérdida de soldados franceses que, heridos ó extraviados, llegan tarde y quedan separados de sus compañeros por la profundidad del ancho río.

Llega la noche. Por la orilla vagan sombras silenciosas; un grupo confuso y abigarrado se detiene frente á las ruinas de un puente: es un arco que ha resistido en el centro del río.

A medida que pasan las horas, las sombras se van haciendo más numerosas, los grupos más compactos; y en sus idas y venidas apresuradas, se ven militares de todas las armas, de todos los grados: pobres dispersos de la batalla, que se llaman, que se hablan, sondean el río, gritan, juran, se desesperan, levantan sus brazos impotentes, reniegan del destino, y después callan de improviso como resignados; pero lamentando no haber muerto por la mañana en el combate.

Se enciende una hoguera. Los heridos se encaminan hacia ella, y se forma un gran círculo, al rededor de un montón de arbustos encendidos. Pasa el tiempo y nadie habla.

De repente, una voz rompe aquel silencio abrumador.

—Río abajo, á ocho leguas de aquí, está el *Puente de la Horca*: tal vez existe todavía.

El que habla así es un teniente de infantería.

De pie al resplandor de la hoguera, consulta un mapa, y su dedo indica en él un punto, que es el *Puente de la Horca*.

Lo rodean otros oficiales, se entabla entre ellos un breve coloquio, y después exclaman:

—Es verdad... ¡Adelante!

Todos se incorporan.

Entonces se oyen algunos gemidos: son los heridos que tiemblan, que se quejan, que encuentran alivio al lado de aquel fuego, que no quieren caminar y que sin embargo no quieren quedarse atrás.

—¿Quién manda aquí? dice alguien. Los oficiales se preguntan con la mirada; después saludan militarmente al mismo que acaba de hablar.

Es un comandante de dragones, de formas hercúleas, el único oficial superior que hay allí.

—Gracias señores, contesta, y añade: Todos los de caballería que estén sanos ceden, sin excepción de grados, sus caballos á los enfermos, que se apague ese fuego, y ¡adelante!

Dando el ejemplo, aunque él tiene la frente ensangrentada, desata su caballo, coge á un pequeño cazador que gime, y lo sube como á un niño sobre la silla, diciendo:

—¡Agárrate bien, muchacho!

Después, tomando los riendas del caballo, rompe la marcha, á la cabeza de aquella columna de fantasmas que desfila en medio de la obscuridad de la noche.

La marcha es lenta, porque no hay caballos para todos los heridos; y muchos, levantados por los compañeros, adelantan quejándose, con el espanto y el dolor pintados en los ojos. Al principio la tropa avanza unida y compacta; pero pronto se divide en grupos, resultando el orden del mismo desorden; porque las más ágiles se ponen delante, formando como una vanguardia; vienen detrás los heridos, montados en los caballos, ó sostenidos por los más fuertes, formando el cuerpo principal; y la retaguardia en fin compuesta de mutilados sin amigos, que cojean, tropiezan, caen á cada instante, y sin embargo se obstinan en seguir.

Entre aquellos soldados de uniformes diferentes, extraños los unos á los otros, algunos se han agrupado espontáneamente, por este instinto que une á los desgraciados. Lejos de su regimiento, dispersos, muertos sus jefes, perdida toda dirección, se han reconocido por el acento de sus provincias.

A lo largo del camino, la columna va aumentando. A su paso salen nuevos dispersos de los matorrales y entran en las filas.

¡Ocho leguas!... Eso es nada para soldados que salen del campamento, después de un largo descanso; mas para aquellos fugitivos rendidos y ensangrentados, cada paso es un dolor, y la meta parece alejarse, á medida que avanzan.

Algunos han tirado lo que les quedaba de su equipo, y con el fusil al cuello marchan con los ojos semiabiertos, entre los balances y empujones de los que van dormidos ó están borrachos. Unos cuantos lanceros de elevada estatura caminan apoyados en sus lanzas.

Más tarde la inquietud se apodera de todos: hacia el

flanco de la columna, entre los matorrales, se oye un ruido... Es un ruido intermitente, parecido al galope de un caballo. El comandante vuelve la cabeza. ¿Qué será?... Sin duda exploradores enemigos ó espías.

Algunos zuavos se extienden en guerrilla, con el fusil preparado... El ruido cesa: después vuelve á oírse, pero no pueden averiguar su causa.

Entre tanto, detrás de las colinas empieza á extenderse un resplandor gris: pronto vá á amanecer.

A medida que la claridad aumenta, los fugitivos toman un aspecto más lamentable y más siniestro.

La noche ocultaba su miseria. Se miran entre sí con espanto. Los rostros están sucios, verdosos, los cuerpos doblados como si estuviesen rotos.

El polvo y el barro se han mezclado al sudor: manchas de sangre, ya ennegrecida, dan un aspecto más tétrico aún á sus uniformes desgarrados: la mayor parte tienen la cabeza ó brazos vendados; algunos han caído en el camino y están cubiertos de barro.

De repente el comandante grita:—¡Alto! pero con voz tan grave y melancólica que todos presienten una desgracia.

En las aguas del río se ven ruinas ennegrecidas. Allí estaba el *Puente de la Horca*. El río pasa por el punto que antes ocupaba, tranquilo, sin obstáculo.

Momentos después se oyen por todas partes gritos de desesperación. Unos tiran piedras al río maldiciendo; otros ríen con risa idiota, ante aquella burla del destino. Los oficiales bajan la cabeza en señal de impotencia.

Un dragón se desnuda, y todos creen que se ha vuelto loco. Pero no, entra poco á poco en el agua.

Otros veinte lo imitan, pero la rapidez de la corriente los arrastra, y se sumergen agitando los brazos. A pesar de esto, todos quieren intentar la aventura y llegar nadando á la orilla; todos, aún aquellos que no saben nadar; todos, hasta los heridos, que han perdido las fuerzas. Los oficiales mandan, suplican, amenazan, pero nadie los escucha. Unos tras otros, más de cien hombres mueren ahogados. ¿Es el instinto de salvación el que los guía? Es que se ha apoderado de ellos la monomanía del suicidio...

De repente, en medio de aquel vértigo de muerte, aparece á lo lejos un viejo aldeano con el pelo erizado, casi un salvaje, que grita con todas sus fuerzas:

—¡Aguardad! ¡Hay un vado!

Y centenares de voces repiten:

—¡Hay un vado!

Aquellos desesperados vuelven á reanimarse; rodean al aldeano, que llega sin aliento, y el comandante le pregunta:

—¿De dónde vienes?

—Soy del país.

—¿Eras tú el que nos seguía por el bosque?

—Sí.

—¿Sólo?

—Sólo.

—¿Dónde está el vado?

—A una legua, hacia allá.

E indicó el camino ya recorrido.

(Se continuará).

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

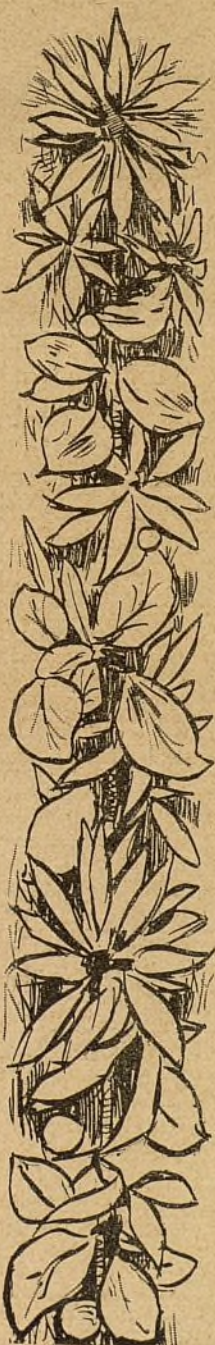


I

SOMADA á una ventana de su castillo, contemplaba Inés de Beaumont en una hermosa tarde del mes de Mayo el desusado movimiento que reinaba en las inmediaciones.

Hombres de armas, pajes, soldados, caballeros y criados iban y venían de una á otra parte, subían del inmediato pueblo á la plaza de armas del castillo, se distribuían en pintorescos grupos, conversaban alegremente y se mostraban los unos largas espadas y pesadas lanzas, y los otros sus ligeras ballestas y afilados dardos. Mujeres, niños y ancianos acudían en bandadas del pueblo y de las casas inmediatas á contemplar la reunión de aquella gente armada, que puede decirse formaba la juventud del país, pues entre los curiosos sólo figuraban menores de veinte años, ó gentes cuyos blancos cabellos demostraban haber pasado de los sesenta.

Evidentemente, todos los hombres útiles del señorío de Beaumont estaban aquella tarde con las armas en la mano, como en vísperas de una expedición guerrera. Y sin embargo, ni en los rostros de los armados, ni en los de la curiosa multitud que los rodeaba, ni en el de Inés, que desde su ventana miraba á todos, reflejábanse el menor asomo de temor, ni de intranquilidad. Todos, actores y espectadores, de la escena que describimos, demostraban gran satisfacción y desusada alegría; todos estaban contentos, y en los únicos semblantes en que podía observarse alguna sombra era en los de los jóvenes aún no bastante fuertes para empuñar la lanza, ó en los de los viejos, ya encorvados por el peso de los años y poco aptos para soportar el del



casco y la coraza. Sólo éstos miraban con cierta envidia á los otros; pero fuera de ellos, ni aún las mismas madres, que madres indudablemente había entre la concurrencia, sentían los preparativos guerreros de sus hijos, ni daban muestras de pena por la larga expedición que iban éstos á emprender.

Hubiérase dicho, por el aspecto de alegría que reinaba, que aquella gente se armaba y reunía sólo para acudir á alguna fiesta, ó para hacer alarde de su fuerza, si no se viera discurrir por entre los grupos de soldados al párroco del pueblo, el capellán del castillo y dos ó tres monjes de la abadía vecina, repartiendo cruces y medallas benditas, que los soldados besaban con piedad y colocaban con religioso fervor sobre sus pechos, y si al mismo tiempo no se notaran muchos signos de que todos ellos venían dispuestos para un largo viaje.

Y en efecto, aquella gente se reunía en Beaumont, en la Champagne, para ir á Jerusalén, en Asia. ¿Dónde estaba Jerusalén? ¿Por dónde se iba? Ninguno de ellos lo sabía, ni le importaba, pero sí sabían todos que en Jerusalén estaba el sepulcro del divino Redentor; que en Jerusalén fué crucificado, muer-



to y sepultado, y que, hacía poco tiempo, un piadoso ermitaño venido de allí recorría pueblos y naciones, exhortando á los fieles á empuñar las armas para reconquistar el sepulcro de Cristo. Sabían también que reyes, Prelados, nobles y pueblos se apresuraban á acudir á aquel llamamiento, y que su señor el barón Juan de Beaumont, en cuyo generoso pecho latía un corazón valeroso y magnánimo, no era de los últimos en tomar la cruz, y consagrar su fortuna y su vida á la santa empresa que por entonces conmovía al mundo. A la voz del Barón, que era grandemente amado de sus vasallos, todos ellos acudían presurosos á empuñar las armas, y se aprestaban á compartir con él los peligros y glorias de la Cruzada. A eso venían aquella tarde á reunirse á la sombra de su bandera, en la plaza de armas de su castillo.

Tenía Juan de Beaumont por entonces treinta y dos años; hacía cinco que había sucedido á su padre en el señorío, y llevaba siete de matrimonio con Inés de Ruan, de la que tenía un hijo y una hija. Sencillo, piadoso, magnánimo, dotado de una fe extraordinaria, aún en aquellos tiempos en que era tal virtud cosa corriente, distinguíase Juan por su bondad para con sus vasallos, por su amor á la familia, por su lealtad al rey, por su celo por la Religión, y su profundo respeto á la Iglesia. Modelo de caballeros, de señores y de cristianos, contentábase con lo que Dios le había dado, y ni molestaba á sus vecinos ni ambicionaba otra cosa más que la tranquila vida que en su castillo llevaba. No se crea por esto que el barón de Beaumont no hubiera vivido en la corte, ni frecuentado los ejércitos, ni visto el mundo. Nada de eso, pues antes de que se casara le mandó su padre á servir al rey, y á su lado peleó como bueno en varios combates, y adquirió fama de valeroso. Mas también vió en la corte no pocas intrigas y ambiciones, conoció multitud de señores que abusaban de su poder y tiranizaban á sus vasallos, y resolvió, ya que por sí solo no podía corregir los abusos que deploraba, retirarse á sus tierras y predicar desde ellas con el ejemplo de su conducta. En cuanto sucedió á su padre en el señorío de Beaumont, Juan mejoró la situación de sus vasallos, respetó la concesión de franquicias y privilegios que los reyes hicieran á algunos pueblos comarcas, y vivió en paz dos años. Pero tenía Juan un vecino poderoso y temible en el conde de Thiercy, enemigo de sus antepasados, quien de antiguo ambicionaba el señorío de Beaumont. Al ver el camino que Juan emprendía, el Conde, que era duro, ambicioso y altanero, censuróle agriamente, acusóle en público de que desprestigiaba la nobleza, y acabó por invadir su señorío á mano armada, llevando á sangre y fuego sus tierras. Juan, que había sufrido con paciencia las sinrazones y dictérios del Conde, no podía sufrir que éste maltratase á sus vasallos y sembrase la consternación en el país; así que, en cuanto supo la invasión, montó á caballo, reunió á sus huestes, cayó sobre las del Conde, las derrotó y cogióle prisionero.

Lejos de abusar de la victoria, Beaumont demostró en ella la grandeza de su corazón. Llevó

al Conde á su castillo, tóvole, no como prisionero, sino como huésped unos cuantos días, tratándole con el respeto que sus canas merecían, pues el Conde doblaba en años al Barón, y le dejó libre bajo la promesa de que no volviera á molestarle, y que reparara los daños que á sus vasallos había hecho su desatentada invasión.

Como casi siempre sucede, no logró tan generosa conducta ablandar el duro corazón del Conde, antes por el contrario, creció el odio que profesaba á los Beaumont, sólo que la lección recibida le hizo conocer que no era cosa de volver á emprender la guerra contra quien tan bien peleaba. Callóse el Conde, pagó los daños que había causado, y exteriormente demostró que estaba muy satisfecho de la generosa conducta de Beaumont, con lo cual olvidó éste lo ocurrido, y no pensó ni por un momento en que tuviese un solo enemigo en la tierra.

Verdad es que por entonces Dios concedió á Juan la dicha de ser padre, y este suceso, que completó la felicidad que en su unión con Inés de Ruan encontrara, le hizo tenerse por el hombre más feliz de la tierra. Amaba á Inés con toda su alma, lo cual no era extraño, porque Inés, además de su hermosura, tenía tales virtudes y gracias que se hacía querer de todo el mundo. Piadosa, caritativa, generosa, no pensaba más que en hacer bien á cuantos la rodeaban, en remediar cuantas necesidades conocía, en llevar á todas partes consuelos y alegrías, y en aliviar los sufrimientos de los desgraciados. Amaba á su marido, le admiraba y reverenciaba á la vez, porque le creía el mejor de los hombres, el más perfecto caballero y el modelo de esposos, tanto que todo cuanto hacía éste, era para Inés siempre bueno é indiscutible. Las alabanzas que sus vasallos prodigaban al Barón eran para Inés otros tantos elocuentes testimonios de su bondad, y los recibía con más satisfacción que



las entusiastas frases que su inagotable caridad arrancaba á los pobres á quienes socorría. La modestia hacía á Inés considerar exagerado lo que á ella se refería, mientras que el amor la pintaba como muy justo lo que decían de su marido; y como á éste le sucedía exactamente lo mismo respecto de su esposa, resultaba que cada uno de ellos pensaba siempre que el mejor era el otro. Y la verdad era, que una pareja más igual que la de los Barones de Beaumont no era fácil encontrarla en muchas leguas á la redonda, pues no abundan los buenos cristianos tanto como fuera de desear, y la bondad superior de Juan y de Inés consistía en la práctica constan-

te de las virtudes cristianas en el estado en que Dios les había puesto.

El nacimiento de su primer hijo completó, como hemos dicho, la felicidad de este matrimonio, y, desde entonces hasta el momento en que empieza nuestra narración, la baronía de Beaumont parecía como una imagen del paraíso terrestre. Ya lo conocían bien sus vasallos, que decían á quien quería oírles que preferían servir en Beaumont que ser señores en otras partes, pues en ninguna era fácil vivir por entonces con la paz y tranquilidad que ellos disfrutaban. Como su señor, todos habían olvidado la algarada del conde de Thiercy, y no cesaban de bendecir á Dios por el beneficio que les había hecho, concediéndoles un amo tan distinto de éste. Así, no hay que decir que al placer de ir á la Cruzada unían el de ir con el Barón, en cuyo valor y prudencia militar tenían completa confianza.

Harto lo demostraban todos ellos conforme iban llegando á la plaza de armas, donde el Barón les inspeccionaba uno á uno, se enteraba si tenían la salud y los medios necesarios para la expedición, y mandaba si algo les faltaba, que inmediatamente se lo diesen. Esta escena era lo que contemplaba Inés desde su ventana, y sus miradas iban sin cesar desde el grupo que formaba Juan con sus oficiales y pajes, á aquellos en que los monjes y sacerdotes repartían cruces, á los más lejanos en que las madres y padres de los soldados se despedían de éstos.

La fe, la esperanza, el amor que en todos los semblantes se reflejaba, brillaban más que en ninguno en el de Inés, que no necesitaba ciertamente de una escena tan grandiosa para enternecerse. De repente quitóse de la ventana, y corriendo á un cuarto inmediato donde jugaban sus hijos con las doncellas, cogió al mayor que sólo tenía cuatro años, y volvió á asomarse con él en los brazos.

—Mira, mira, hijo mío, le dijo, como si quisiera que aquel espectáculo se grabara profundamente en su memoria; toda esa gente va á pelear por Dios.

—También yo quiero ir, contestó el niño, que miraba con alegría soldados y caballos.

—Cuando seas grande, le dijo Inés; y pagando con un beso aquella frase, continuó asomada hasta que las sombras de la noche pusieron fin á la escena é hicieron volver al Barón al castillo.



II

Ya están todos listos, dijo el Barón al entrar en el cuarto de Inés; mañana al amanecer nos dirá misa el Abad, en seguida bendicirá las banderas y estandartes y marcharemos. Estoy muy contento de mi gente,

añadió, es fuerte y valerosa, viene animada



de los mejores sentimientos, arde en deseos de pelear, y su fe me da nuevo valor. ¡Si vieras, Inés, qué escenas he presenciado! Diego, el anciano á quien tú cuidaste el año pasado en su enfermedad, ha venido acompañando á su único hijo Martín. Al verme me ha dicho con voz entera: «Señor, mi hijo lleva la espada con que serví á vuestros abuelos; si él no vuelve, traedme al menos la espada, para que ennoblecida con su sangre honre mi casa.» La madre de Andrés, el herrero, ha venido con sus cuatro hijos mayores; traían todos armas relucientes de nuevas, y al presentármelos ha exclamado: «Aún me quedan otros dos pequeños que irán á reunirse con sus hermanos ó á reemplazarlos. —Y si te quedas sin ninguno, ¿qué harás? la dije. —Yo señor, me contestó, pediré á Dios que me lleve pronto al cielo para verlos á todos juntos.» Creedlo, Inés, añadió el Barón, me han conmovido tanto con la grandeza de su fe, que estoy seguro voy al frente de una legión de héroes y de mártires á quienes no merezco mandar.

El señor de Beaumont, que tan bien veía la fe de los demás, ignoraba el gran valor de la suya. Para él ir á la Cruzada, abandonar hijos y haciendas no era más que el cumplimiento de un simple deber. Ni siquiera se le ocurría que hubiese especial mérito en una acción que para él era cosa tan obligatoria.

Inés pensaba lo mismo que su marido, así que al oír contar las sublimes escenas que éste refería, y la reflexión con que las había terminado, le dijo: «Confío en que Dios te hará digno de la misión que llevas, y aumentará tu valor y esfuerzo para dirigir á tu gente;» y cambiando de tono, añadió: «Lo que es ella bien contenta va á tus órdenes; todos dicen que por tu brío pareces un San Jorge en las batallas, y un San Martín en los trabajos por la caridad con que tratas á los soldados.»

—¿Qué han de decir los pobres de su señor, dijo Juan, si su fidelidad les hace ver en mí, sin tenerlas, las grandes cualidades que poseyeron mis abuelos? Piensan todos que he heredado la gran fe y piedad que distinguió á mi bisabuelo el Santo Luís de Beaumont, el valor impetuoso de mi padre, con la caridad de mi madre, cuando ni aún de lejos puedo imitarles.

—Lo que yo pienso, contestó Inés, es que mientras tú y los tuyos vais á pasar trabajos y fatigas, hambres y calores, enfermedades y heridas, yo no podré compartirlos ni socorrerlos; que yo llevaré aquí la misma vida tranquila y sosegada que antes, cuando vosotros ni tendréis lecho para dormir, ni casas que os resguarden de la inclemencia del tiempo. Sólo tu ausencia será mi trabajo, mientras tú, además de éste, tendrás otros muchos. Hasta ahora, añadió mirando con inmensa ternura á su esposo, hemos sido felices juntos; ahora tú solo vas á correr peligros y arrostrar sufrimientos, sin que la compañera de tu vida ni siquiera los sepa. Esto, Juan, me aflige tanto, que me haría llorar si no supiera que Dios en su justicia así lo dispone, porque tú eres más digno de sufrir por su causa que yo.

(Se continuará).

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Antonio Otero Maceas, de Sanlúcar de Barrameda..	1 pesetas.
Víctor G. López Cerezo, de Santander.	2 »
F. F., de Suria.	50 »
J. E.	2 »
Alcoy.—L. M.	50 »
J. S.	2 »
Un sacerdote de Motrico.. . . .	50 »
Elgoibar.—Pedro José Alcorta.	9 »

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Clemente Serrano, Pbro., de Segorbe.. . . .	100 »
---	-------

SALIDA DE MISIONEROS

Publicamos á continuación los nombres de los Religiosos de la Congregación de misioneros Oblatos de María Inmaculada que durante el año 1898 partieron para las Misiones:

Para las Misiones de América: A Texas, el R. P. Luis Pitoye; al Canadá, el R. P. Francisco Blanchin; á Saint-Bomfad, los reverendos PP. Felipe Geelén, Guillermo Kulany y Carlos Krusse; á Saint-Albert, los RR. PP. Mauricio Lepine, Alfonso Jean, Luis Culerier, Vital Philippot; á la Colombia británica, los RR. Padres Pedro Le Chesne, Víctor Rehz, Hipólito Meleux; á la Atabaska-Mackencie, el R. P. Eduardo Hesse; á Saskatchewan, los RR. PP. Guillermo Bruck, Enrique Boissin y tres postulantes.

Para las Misiones asiáticas: á la de Colombo (Ceylán), el R. Padre Félix Aubert; á la de Jaffna, el R. P. Ernesto Jeun.

Para las Misiones del Sud de Africa: A la de Basutoland, el R. P. Pablo Bernard; á la de Transvaal, el R. P. Alfonso Van Hecke; á la de Cimbabasia, los RR. PP. Agustín Nachivey, Francisco Watterot y los HH. Kipper, Meyer y Bast; á la del Estado libre de Orange, el R. P. Pedro Sechet y el H. José Cyris.

ANUNCIOS

INCIENSO PURO al uso de Roma y Jerusalén

Aprobado por el Congreso Católico de Sevilla de 1892.—Hay cajas de 12 á 20 reales kilo. Véanse prospectos. Nota. Cuidado con las falsificaciones de este incienso, pues son una imitación que deben rechazar los que deseen el verdadero Incienso al uso de Roma y Jerusalén.

LA TOS por crónica y rebelde que sea se cura fácilmente con las pastillas del **Dr. Marqués**. ¡Probadlas y las bendeciréis!

VINO DE OSTRAS del **Dr. Sastre y Marqués**: los más eminentes médicos de España lo recomiendan á sus enfermos y convalecientes para la curación de las enfermedades NERVIOSAS, ANEMIA y DEBILIDAD GENERAL. Véndese en casa del autor, Hospital, 109, Barcelona, y en todas las farmacias bien surtidas.

CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS Y TALLER DE BORDADOS

para Ornamentos de Iglesia

HIJOS DE MIGUEL GUSI

CALL, NÚM. 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados

en todas clases

Casullas bordadas en oro y sedas

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar.

TODAS LAS ENFERMEDADES DEL

ESTÓMAGO É INTESTINOS

se curan siempre con el

ELIXIR Á LA INGLUVINA GIOL

APROBADO Y RECOMENDADO POR LA M. I. ACADEMIA MÉDICO-FARMACÉUTICA DE BARCELONA

El **ELIXIR INGLUVINA GIOL**, cura la **Dispepsia, Gastralgia, Dolores de estómago, Flatos, Disenteria, Malas digestiones, Inapetencia, Vómitos, Estreñimiento, Vientos abdominales, Catarros del estómago, Diarreas, Biliis, Convalecencias difíciles, Vómitos de las embarazadas**, y todas las enfermedades del **Estómago é Intestinos**.

Las notabilidades médicas prefieren el **ELIXIR GIOL** á cualquier otro preparado.

Venta al por mayor y menor: **FARMACIA GIOL, Penitencia, 91: BARCELONA**

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de **Cloruro Fosfato de CAL SEGURA**. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona



MARZO

216

1899

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

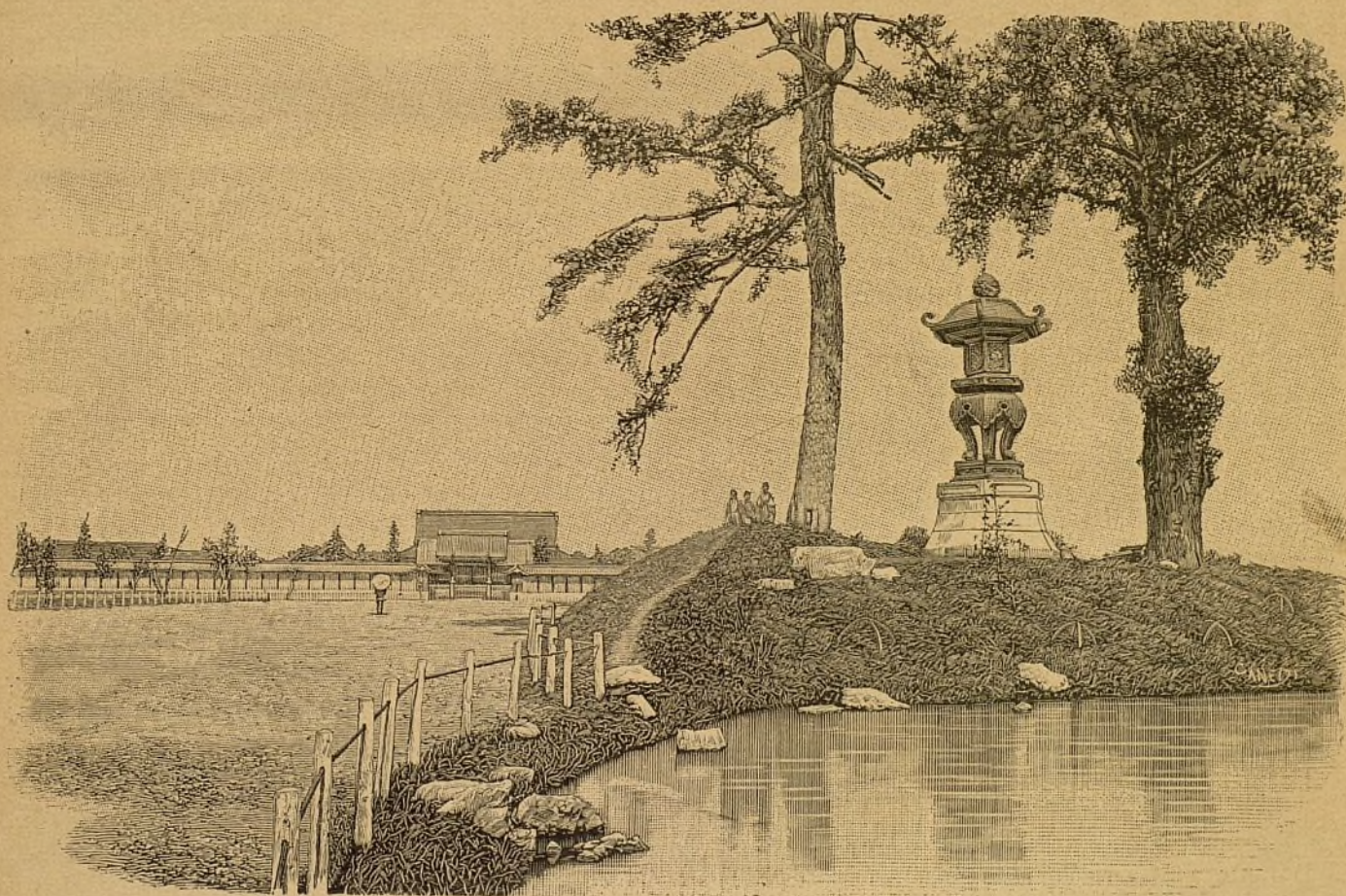
Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Miércoles, 15 Febrero 1899.—N.º 146

Advertencias

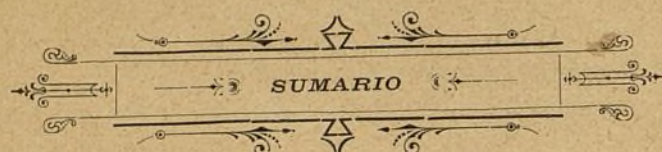
No se admite suscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

✻ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✻



JAPÓN.—ENTRADA DEL *Gorho* (PALACIO DE S. M. I. EL MIKADO EN KIOTO)

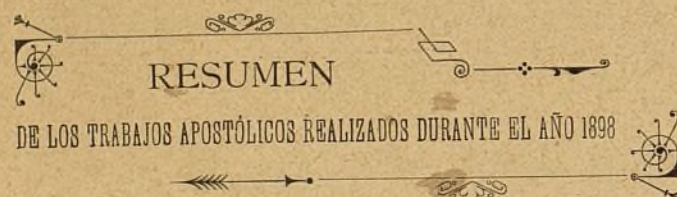
Reproducción directa de fotografía remitida por el Rdo. P. Marnas. (Pág. 38)



Texto.—RESUMEN DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1898.—CORRESPONDENCIA: *La persecución en el Su-tchuen; Tanganika (Africa ecuatorial).*—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M.^a de Castro, agustino.—LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS: III (continuación).—CRÓNICA.—VARIEDADES: El Vado. Episodio de la guerra franco-prusiana (conclusión).—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.—SALIDA DE MISIONEROS.

Grabados.—JAPÓN: Entrada del *Gorho* (palacio de S. M. I. el Mikado en Kioto).—SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR DE LOS HERMANOS HOSPITALARIOS.—LOS PIGMEOS SORPRENDIDOS EN EL NILO POR LOS HIPOPÓTAMOS.—LOS PIGMEOS ATACADOS POR LOS COCODRILOS.—JAPÓN: Vista general de Hakodaté, capital de la isla de Yeso.—MONUMENTO LEVANTADO A LA MEMORIA DE D. BOSCO EN SU PATRIA CASTELNUOVO D' ASTI (ITALIA).—PLAZA EN QUE ESTÁ SITUADO EL MONUMENTO DEDICADO A D. BOSCO EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN.—ALA PRINCIPAL DEL *Gorho* (palacio imperial) de Kioto.—Ilustraciones de la novela *El Crucado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1898

EN nuestro órgano oficial *Las Misiones Católicas*, tenemos periódicamente ocasión de exponer las esperanzas que alienta, y las pruebas que sufre nuestro apostolado, y de dar á conocer á todos los bienhechores de la *Obra de la Propagación de la Fe* los progresos realizados por la Iglesia católica.

Sin embargo, cada cuaderno de nuestra Revista sólo puede contener algún episodio de la vida de la Iglesia universal, y difícil es, después de estas excursiones parciales en el campo del apostolado, formarse idea clara del sublime conjunto de obras, triunfos y penalidades que constituyen la vida del misionero. Para llenar, pues, de la mejor manera posible este vacío, publicamos todos los años un resumen de la historia de las Misiones.

Tan rapidísima es la ojeada de los hechos más culminantes, que ni aun nos permite nombrar todas las Congregaciones religiosas que trabajan en extender el reino del Señor; pero ¿deberemos por esta causa hacer constar, que sentimos por todos ellos y por todos sus trabajos, la misma admiración y respetuosa simpatía?

I

Durante este período, pocos han sido los cambios que ha sufrido Europa. Los países que en tiempos que fueron marchaban orgullosos á la vanguardia del Catolicismo, continúan hoy presos de la falsa libertad y ensañándose en las obras de la Iglesia: en la actualidad, las mismas pruebas; en el porvenir, la amenaza constante de horribles desgracias; homenaje inconsciente, decía Lacordaire, á la fuerza vital del Catolicismo, que,

aun cuando estuviera cargado de cadenas, será temido siempre de todos sus adversarios. Por el contrario, un consolador movimiento de regreso al abandonado redil, lento pero incontestable, acentúase cada día en las naciones invadidas de antiguo por la secta protestante. Suiza, Inglaterra, Suecia y Noruega, Holanda y Dinamarca, todas respetan á la Iglesia católica y á las Órdenes religiosas, que establecen y desarrollan en ellas Establecimientos benéficos y Centros docentes, siendo respetadas y apreciadas de todos. ¡Quiera Dios que hoy, como en tiempo de los Apóstoles, veamos triunfar la verdad por medio de la caridad cristiana!

II

Cierto es que el Oriente, patria de los recuerdos gloriosos, no ha obedecido por completo á la voz del Papa; cierto que el espíritu de independencia y antiguos prejuicios retardan, y retardarán quizás largo tiempo, la deseada unión; pero cierto también que aun el hombre más superficial ha debido observar una reacción, especialmente entre los coptos, de cuyas buenas disposiciones hablan en entusiastas correspondencias, llenas de grandes esperanzas, los Padres Jesuitas de Minieh, Alejandría y el Cairo. El Protestantismo intenta aprovecharse de este movimiento general; los inagotables recursos de que dispone permítenle levantar por todas partes espaciosas escuelas, ricos templos y suntuosos hospitales; pero su culto glacial no puede complacer el carácter de los hijos del Oriente, al cual Roma prestó en gran parte la solemne majestad de su liturgia. El Emperador de Alemania, que recientemente en viaje triunfal ha recorrido estas regiones, santificadas por nuestros Mártires, immortalizadas por nuestros grandes Doctores, y que siendo protestante ha adquirido y regalado á sus súbditos católicos uno de los santuarios más venerables de cuantos enriquecen la santa ciudad de Jerusalén, ha podido comprobar personalmente cuán incommovibles raíces echaron en el Oriente Roma y las naciones católicas, el desarrollo cada vez mayor de las obras dirigidas por nuestros Religiosos y Religiosas, y forzoso es haya rendido homenaje de admiración á la humanitaria obra realizada por la Iglesia en esta santa tierra, en la cual, con la ayuda del cielo, en días lejanos ó próximos, habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Armenia ha disfrutado durante el finido año de relativa tranquilidad, pero, restos de la tempestad pasada, quedan en ella muchos dolores que consolar, muchas ruinas que reconstruir. Satisfacción grande fué para nosotros colaborar á esta gloriosa obra de reparación con las limosnas que remitimos directamente y con la suma que pusimos á disposición de Su Santidad. Los Obispos armenios, reunidos en Sínodo bajo la presidencia del patriarca Azarián, hicieron constar en términos entusiastas el profundo agradecimiento que guardan á nuestros bienhechores.

Durante el pasado año el Extremo Oriente ha hecho oír el mismo grito de agradecimiento, porque á los grandes desastres acudimos con excepcionales socorros. Desde los comienzos del año la India ha debido sufrir, al igual que el 1878, los horribles efectos del hambre.

«Está de luto esta tierra, escribe un misionero. Lloran las madres á sus tiernos hijos arrebatados cual frescas rosas por furioso vendabal. ¡Cuán tristes son sus lamentos! Desesperadas arrójanse á mis piés, y sus ojos derraman amargas lágrimas que corren sobre sus mejillas enflaquecidas por el hambre. ¡Pobres niños! Concedióme el Señor un corazón enérgico. Sin él, impotente para resistir las horribles miserias de que forzosamente soy testigo, haría largo tiempo que la muerte se hubiera apoderado de mí. Gracias á vuestra generosidad, queridos bienhechores, he podido socorrer alguna de estas desventuras, y cuando los paganos preguntan llorando á nuestros cristianos: «¿Quién nos salvará de la muerte?» éstos contestan: «Id á ver los Padres, ellos os mostrarán el camino del cielo.»

«Y vienen; el próximo pasado mes, mil recibieron el santo Bautismo, y número mucho mayor estudia las oraciones. ¿No es consolador y hermoso el espectáculo que presentan estas regiones, donde seis meses antes no había un solo cristiano, y hoy florecen vigorosas y abundantes hermosas flores que, cubriendo la tierra con rico vestido, elevan hasta el trono del Señor el suave perfume de santas virtudes?»

A la par que el hambre azota la India, inicianse en la China varias persecuciones parciales. Ciertamente es que el poder central de Pekín muéstrase favorable á los europeos en general, y muy particularmente á los misioneros, siendo prueba evidente de ello la solemne pompa desplegada por el Gobierno imperial en la reciente consagración del Ilmo. Favier, que á la par prueba la consideración que rodea á los misioneros Lazaristas. Estos resultados son en gran parte debidos á los dos últimos embajadores franceses, Mr. Girard y Mr. Pichón, cuya energía y prudencia han asegurado los derechos del protectorado cristiano. Por desgracia, el Gobierno de la China dista mucho de estar centralizado: la falta de comunicaciones entre las provincias de este inmenso Imperio deja libre campo á las exacciones, y los cristianos hallanse frecuentemente á merced de los mandarines locales, que por incapacidad ó imprevisión unas veces, y otras tal vez por malevolencia ó impulsados por antiguos prejuicios, autorizan ó permiten crímenes horribles, sin obstáculo de desaprobación en cuanto acaban de realizarse. Esto explica la muerte de dos misioneros alemanes de Steyl, los PP. Nies y Henlé en el Chan-Tong Meridional, y el asesinato en el Kouang-si Meridional del P. Bertholet y de dos de sus neófitos, al cual han seguido en intervalo de un año, el del Padre Mazel en la misma Misión, y últimamente el asesinato del P. Chanés y de trece cristianos en el Kouang-tong, vicariato en la actualidad poco menos que destruido.

La revolución palaciega que acaba de estallar en la capital, y de la cual aun no hemos recibido detalles concretos, sólo puede contribuir á debilitar el poder y á dejar en completa libertad de acción á los más viles malhechores.

A pesar de tantas contrariedades el Catolicismo progresa en el imperio chino. El Dios de las misericordias escuchará benigno la voz de los Mártires que ruégan por sus verdugos.

En Tonkín, Cochinchina y Anam la pacificación parece ser completa: los misioneros pueden desarrollar sus obras, y numerosas conversiones coronan sus esfuerzos. ¿Por qué no podemos enviarles recursos proporcionados al celo ardiente que les anima? Esta es la profunda pena que tortura nuestras almas, al considerar las hermosas esperanzas que fundamos en el porvenir del Japón y de la Corea, abiertos ambos á la par á la civilización y al Protestantismo.

III

En Africa debemos llorar la muerte del ejemplar y celoso sucesor del cardenal Lavignerie en la Sede de Alger, el Ilmo. Dusserre. Durmióse en la paz del Señor el 30 de Diciembre, á la edad de 65 años. Pocos días antes el Ilmo. Combes, arzobispo de Cartago, que recogió la otra porción de la herencia que dejara el eminente Purpurado del Africa, inauguraba solemnemente la nueva Catedral de Túnez. Al sellar con el sello de la consagración una obra empezada por el gran Cardenal, el ilustrísimo Combes glorificaba una vez más al ilustre Prelado, que tantos trabajos realizara en Africa en favor de la Iglesia y de su patria, y á quien pronto se le tributará solemne homenaje, contruyéndose un monumento digno de él en la basílica que guarda sus restos.

Al propio tiempo uno de sus predilectos hijos, promovido al episcopado, el Ilmo. Hacquart, primer obispo de Tombouctou, tomará posesión de la diócesis del Sahara.

Indicaremos en el África Ecuatorial el movimiento maravilloso de conversiones, que empujan millares de catecúmenos de Ouganda á los piés del misionero, que cae desfallecido por su penosísimo trabajo, y entristecido al sentirse impotente para acoger cual deseaba las almas todas que van á su encuentro.

En Abisinia la recepción dispensada por el negus Menelik á los Padres Lazaristas, las seguridades de protección y las pruebas de interés que les ha prodigado, son hermoso augurio del brillante porvenir del Catolicismo. El P. Coulbeaux, alentado por las muestras de aprecio que le dispensó el Soberano, ha sabido triunfar de cuantos obstáculos impedían su camino y establecerse en Gouala, en tanto que su compañero el P. Ricard reanudaba la Misión de Alitiena.

Para ayudar á los Jesuitas y Lazaristas los Padres del Espíritu Santo acaban de establecerse al Norte de la gran isla de Madagascar, territorio del cual el ilustrísimo Corbet ha sido nombrado vicario apostólico. Es una nueva Misión y no de las menos importantes confiada á los hijos del Venerable Libermann, á cargo de los cuales corre la evangelización de gran parte del continente negro.

En el Centro precisamente, en la Misión de Oubanghi, poblado por feroces salvajes antropófagos, es donde un Religioso de la Congregación del Espíritu Santo, el H. Severin, fué cruelmente asesinado por los bondijos el pasado Agosto. La sangre del Mártir será fuente caudalosa de vivificantes gracias, que harán surgir de las tinieblas en que viven estos pueblos caníbales que hasta hoy cerraron sus oídos á la voz del misionero.

Finalmente, el día 3 de Octubre fué completamente destruida la importante Misión de Allá, establecida en las orillas del Níger por los Padres de las Misiones Africanas de Lyon. Desaparecen con esta ruina el fruto de los múltiples y pacientes trabajos de largos años, y las más legítimas y acariciadas esperanzas.

Sin embargo, al extender la vista por el Africa y contemplar la obra realizada por los Jesuitas en el Zambese, los Oblatos de María en la Basutolandia, los Oblatos de San Francisco de Sales de Troyes en el río Orange, cuyo primer Obispo acaba de ser consagrado; los Padres alemanes del Zanguebar y del Cameroun, siente uno nacer al fondo del alma grandes y hermosas esperanzas para no lejano porvenir. ¡Quiera Dios podamos celebrar cuanto antes la resurrección de la antigua Iglesia africana!

IV

Gracias á la libertad de que disfruta, continúa el Catolicismo progresando en los Estados Unidos. Multiplicanse las obras católicas, y su fecundo suelo cúbrese de escuelas é iglesias. Si es ó no verdad que el Catolicismo aparece en América revestido de sistemas exteriores conformes al genio de aquellos pueblos nacidos ayer, pero contrarios, á primera vista, á las seculares tradiciones de la vieja Europa, Roma cuidará de resolverlo: la Iglesia, esta viajera de todos los tiempos y de todos los países, reconoce como hijos suyos todos los que habitan bajo la inmensa floresta de los eternos dogmas de que habla Tertuliano, sin preocuparse de la lengua que emplean ni de las costumbres que constituyen su fisonomía especial.

Si se nos permite exponer un deseo ó mejor aún dirigir una súplica al ilustre Episcopado norteamericano, les pediremos que su Iglesia, tan generosa al tratarse de obras locales, tome parte más activa, contribuya con mayor esplendidez, pues se lo permiten sus cuantiosas riquezas, á la evangelización de pueblos menos privilegiados. Sus ilustres Obispos no dudamos sabrán perdonarnos nuestra respetuosa súplica, pues todos reconocen que el fin principal de cuantos presidieron la formación de nuestra Obra fué contestar á las voces de auxilio que hasta nosotros hacían llegar los primeros apóstoles de su patria.

Actualmente ni remotamente pensamos en abandonar en su marcha progresiva á las diócesis menos afortunadas de los Estados Unidos; prueba de ello son las listas de donativos publicadas en el Boletín central de la Obra (Lyon-Francia), y desde estas columnas complacémonos también con rendir homenaje á la imparcialidad y espíritu de justicia que preside los actos del Gobierno de Wáshington en cuanto se refiere al Catolicismo: respeta la libertad de todos, y sabiendo apreciar todo acto meritorio, coloca en el Capitolio la estatua del célebre P. Marquette, misionero jesuita que en el siglo XVII reconoció el curso del Misisipí, predicando á los indígenas que pueblan sus orillas.

Saludemos antes de abandonar la América á todas las Ordenes religiosas, Oblatos de María Inmaculada, Salesianos de Don Bosco, etc., cuyos santos trabajos, venciendo todos los obstáculos, derrama sobre las tribus indígenas los beneficios de la fe y de la civilización.

V

Los brillantes progresos realizados en Australia y en los inhospitalarios archipiélagos, lejos de disminuir aumenta todos los años. Han escasamente transcurrido 75 años del tiempo en que un solo sacerdote predicaba en Oceanía el santo Evangelio á un reducido grupo de pobres pescadores. Hoy la jerarquía eclesiástica está formada por un Cardenal y veinte Obispos: iglesias y establecimientos benéficos constrúyense por todas partes, y el último año su eminencia el Arzobispo de Sydney ha consagrado en Melbourne la catedral de San Patricio, monumento el más hermoso de cuantos monumentos religiosos adornan y enriquecen la floreciente Australia. Los Hermanos Maristas, que al empezar la grande obra de la evangelización fueron los que primero debieron sufrir persecuciones y aún el martirio, continúan valerosos su gloriosa empresa. Nueva Caledonia, las Fidji, Nuevas Hébridas, y el archipiélago de los Navegantes, han escuchado la apostólica palabra de los Hermanos del bienaventurado Chanel, pero su celo ardiente no se satisface, y aspiran á posecionarse otra vez de las islas Salomón, islas donde recibió el martirio el Ilmo. Epalle y los misioneros que le acompañaban, y que tantas veces han sido abandonadas y vueltas á tomar. Esta Misión, que sólo era encantadora esperanza, es hoy hermosa realidad: el ilustrísimo Vidal, capitaneando reducida falange de intrépidos misioneros, acaba de desembarcar en las costas de estas islas, pobladas por feroces salvajes antropófagos. Las primeras noticias recibidas de esta apostólica expedición parecen anunciar que ha sonado la hora de Dios, y que estas tribus desgraciadas escucharán esta vez el llamamiento de su gracia divina.

Tan consoladoras esperanzas alientan también en sus empresas á los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun. En Nueva Guinea al igual que en Nueva Pomerania la sazónada miés que corona los esfuerzos de su celo sobrepuja sus bellas esperanzas.

Gustosos, en fin, rendimos respetuoso recuerdo de admiración á los Padres del Sagrado Corazón de Picpus, de París, á los Benedictinos de Auckland, á los Capuchinos de Armenia, al igual que á los intrépidos Religiosos auxiliares del apostolado del misionero en tan lejanas regiones.

Es evidente: el siglo que muere, á pesar de sus errores; á pesar de las ruinas que con frecuencia ha sembrado al extender por la tierra su soplo destructor, no carecerá de gloriosa historia: en él se ha visto florecer, crecer, desarrollarse un hermoso y sublime despertar de fe y de heroísmo. Si los poderes públicos se han mostrado indiferentes ú hostiles, nunca la acción individual levantóse movida por tan poderoso entusiasmo. Dios al contemplar los reyes y los príncipes rebeldes ó sordos á sus llamamientos, ha querido que fuera el pueblo quien los escuchara, y que representaran al pueblo heroicos apóstoles de veinte años que recorren toda la redondez de la tierra. Sintiendo latir con fuerza al fondo de sus corazones el amor á la Iglesia y el amor á la patria, ellos han sabido conquistarnos con su



SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR DE LOS HERMANOS HOSPITALARIOS

Ayuntamiento de Madrid

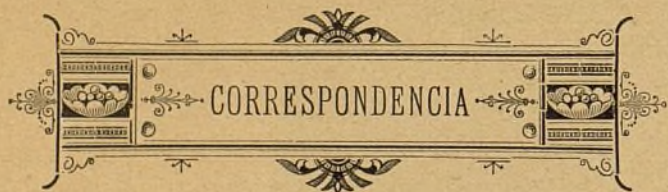
abnegación y frecuentemente con su sangre una hermosa aureola de gloria que nos consuela de tantas luchas mezquinas en las que con asaz frecuencia consumimos nuestras fuerzas.

¿La generosidad de los fieles ha igualado el heroísmo de los misioneros? Sin duda, y obligación nuestra es agradecer á todos los bienhechores que, atentos á las paternales voces del Papa y del Episcopado, han este año, al igual que los anteriores, remitido su ofrenda para el pobre misionero: conmuévennos los no interrumpidos actos de generosidad y la frecuencia con que los donantes quieren restar desconocidos, la santa virtud de la tierra, hermana de las que adornan el cielo: naciones católicas que diez años antes enviábanos sólo un pequeño recuerdo de simpatía, conmuévense al oír la voz de nuestros delegados, entre los cuales citaremos al Ilmo. Terrien, y contestan, á pesar de grandes tristezas y desastres, como lo ha hecho nuestra querida España al llamamiento de los Comités: reconocemos que las cargas impuestas á los católicos para sostener sus obras locales son en la actualidad asaz gravosas; pero la enorme diferencia que media entre el presupuesto del apostolado y las necesidades de los apóstoles, nos obliga á indicarlo, y agradeciendo muy de veras á nuestros favorecedores su constante protección, pedimos á todos los amantes de la civilización y del progreso un generoso donativo.

Permítasenos terminar copiando algunas líneas escritas por un joven misionero de Gabón, cuyos encantadores relatos complacieron durante el pasado año á los lectores de las MISIONES CATÓLICAS.

«Si á pesar mío, escribe, os he fastiado, cansado y aburrido largo tiempo con mis pesados escritos, voy á daros un buen consejo: cuando en la puerta de vuestra casa sitúase impertinente músico, que soplando de un bárbaro trompón os destroza el tímpano con sus desacompañadas notas, salís airados á la ventana, y para alejarlo le regaláis una *perra chica*: seguid conmigo igual conducta, dadme una *perra* ó dos, ó mejor aún, una moneda de plata.

«Inclinado profundamente, el músico de Dios os dirá: «Gracias, mil gracias: ¡Dios os lo pague!»



LA PERSECUCIÓN EN EL SU-TCHUEN

Las noticias publicadas por la prensa diaria hicieron temer por la suerte de los misioneros del Su-Tchuen y en particular por la del P. Fleury, aprisionado por los rebeldes hacía largos meses. Uno de los directores del Seminario de Misiones Extranjeras de París remiten las siguientes noticias, que desmienten afortunadamente las circuladas estos últimos días.

Ayer recibí el siguiente telegrama expedido por el P. Robert, procurador de Shang-hai:

«FLEURY EN LIBERTAD.—Firmado: ROBERT,» noticia que apresurámonos á transmitir.

El P. Francisco Fleury, misionero del Su-tchuen Oriental, librado milagrosamente de manos de los rebeldes, hallábase en Ho-pao-tchang junto con su hermano en Religión el P. Luís, cuando en la noche del 3 al 4 de Julio de 1898 Yu-man-tse (célebre bandido, condenado á muerte por rebeldía hace más de diez años), á la cabeza de su partida entró en la población, y dirigióse á la casa ocupada por los dos misioneros, derribando las cerradas puertas.

Murieron el criado del P. Fleury y otro cristiano: el P. Luís logró escaparse, pero el P. Félix cayó en poder de los bandidos, quienes le condujeron á Long-chou-tchen. Obligáronle á caminar tres leguas, desnudos los pies y atadas las manos á la espalda.

Poco tiempo dejó Yu-man-tse permaneciera su prisionero en Long-chou-tchen. Mandólo conducir á la cumbre de alta montaña y encerrarlo en antigua pagoda, convertida hace cinco ó seis años en fortaleza y guarida del fiero capitán de bandidos.

Desde esta fecha fué imposible obtener noticias seguras del P. Fleury. Decían unos que el prisionero era tratado con atención, pues Yu-man-tse pretendía salvar su cabeza conservando la del misionero. Otros al contrario, afirmaban con verdadero lujo de detalles, que había sido muerto. En realidad, nadie sabía cuál de tan opuestas afirmaciones debía creerse.

El telegrama del P. Robert comunicanos la grata nueva, no ya de que el P. Fleury no ha muerto, sino de que ó han conseguido arrancarlo del poder de Yu-man-tse ó que este jefe insurrecto, mediante determinadas condiciones, le ha otorgado la libertad.

Lo que sabemos con completa certidumbre, es que el P. Fleury ya no es prisionero de los rebeldes de Su-tchuen, lo que nosotros celebramos con satisfacción vivísima, junto con su familia y muy particularmente con su anciana madre, la cual ha sufrido larga y cruel incertidumbre.

Nació el P. Fleury en La Tessouale, cantón de Cholet (Angers, Maine-et-Loire), el día 28 de Septiembre de 1869. Entró en el noviciado de las Misiones extranjerías el 3 de Septiembre de 1892: fué ordenado sacerdote el 1.º de Julio de 1894, y salió para el Su-tchuen el 15 de Agosto siguiente.

TANGANIKA (África ecuatorial)

Bárbara costumbre de los Wabendé

Causa triste y paofunda impresión la lectura de la siguiente correspondencia remitida de Karema, región situada á orillas del lago Tanganika, por el R. P. Avon al Superior general de los Padres Blancos. Manifiesta una vez más la barbarie horrible en que yacen sumidos los pueblos donde ejercen su ministerio santo los misioneros hijos del cardenal Lavigerie.

Es la tribu de los Wabendé una de las más importantes de cuantas nos rodean. Repetidas veces intentamos colocar entre ellos algunos catequistas, pero nulo ha sido el resultado de nuestras tentativas.

Lo que aleja de la verdadera fe á estos desgraciados pueblos es, no ya su afición al robo, sino sus múltiples supersticiones.

Los brujos ó hechiceros son verdaderos señores de la tribu. Nueva prueba de ello acaba de proporcionarnos un horrible drama, desarrollado á pocas horas de la Misión. Cuantos detalles comunico son adquiridos del catequista, testigo ocular del hecho, quien hace entre ellos frecuentes excursiones para preparar la definitiva instalación.

El pasado Mayo murió Mlera, jefe de Ikola, de una enfermedad en el pecho, agravada por frecuentes libaciones de *pombé* de maíz al cual mezclan, para que más fácilmente se les suba á la cabeza, cierta cantidad de miel. Mlera danzaba como loco en medio de su embriaguez. Cara pagó su intemperancia, pues no habían pasado dos días cuando sorprendióle la muerte, á pesar de los esfuerzos de sus hechiceros.

Uno le dijo:

—Estás enfermo porque desertaste del pueblo de Rumba, tu padre: promete regresar á la casa paterna y curarás.

—No, no es suficiente lo que éste indica, replicó otro brujo; uno de tus difuntos parientes pide un sacrificio sobre tal montaña.

Mlera obedeció ciegamente á cuanto le proponían: pero antes de regresar los emisarios enviados á hacer el sacrificio á lo alto de la montaña, el jefe dejó de existir.

El desgraciado no quiso exhalar el último suspiro sin antes buscar el medio de que otros sufrieren suerte igual á la suya.

—Muero envenenado, gritaba, estoy hechizado: mi hermano Mkajala cuidará de vengarme.

Los negros creen imposible la muerte de un gran jefe si no es víctima de hechizos ó venenos.

Muerto Mlera, el ejecutor de sentencias, obedeciendo las órdenes del *moami* (rey), dirigióse á Ikola para administrar á sus desgraciados habitantes el infernal *mwavi* ó veneno de prueba. Recibimos esta desagradable noticia, y acto seguido enviamos emisarios al rey para impedir en absoluto que la bárbara ponzoña fuera administrada á los habitantes de la colonia alemana: el encargado de la defensa fué primero Mr. Sigl, y últimamente reiteróle cuanto ya se había dicho Mr. Ramsay, gobernador de Ujiji. El rey contestó á nuestros enviados:

—El pueblo quiere demostrar su noble proceder: en menos de dos meses han muerto dos jefes, y por consiguiente es deber del soberano buscar los culpables y castigarlos.

Antes que los enviados celebraran la pedida audiencia, diez personas habían sucumbido entre los horribles tormentos, víctimas del mortal veneno. Contábanse entre las víctimas un hermano del difunto jefe y dos de sus esposas.

Pero dejemos que Adriano Atimán, excelente médico de la Misión, relate la salvaje escena de que fué ocular testigo:

Al recibirse la noticia de que en Ikola iban á administrar el veneno de prueba, el Ilmo. Lechaptois envió-

me á suplicar al *moami* (rey), que desistiera de cometer tan horrible crimen.

Tras penosa marcha de largas horas llegamos á una alegre población que se extiende cabe las orillas del lago. Dijéronnos en ella que el jefe acusado de hechizador del gran Mlera, había sido hecho prisionero y conducido á Ikola. Apresuramos el paso, y breve tiempo después pasamos una de las encantadoras villas de la llanura. Triste contraste ofrecía la hermosura del pueblo y las entristecidas figuras de sus habitantes, agobiados por el peso del temor de verse obligados á tragar el veneno. Seguimos el camino, llegando finalmente á Ikola.

Una grave imprudencia cometida por uno de mis compañeros, púsonos en inminente peligro de morir á la entrada misma de la población. Los habitantes, presos de grande excitación, salieron armados de lanzas y fusiles. Al reconocerme recobraron la perdida tranquilidad, cesando paulatinamente la falsa alarma: era un amigo.

Al entrar en la población sorprendióme desagradablemente ver una multitud compacta igual á la que suele reunirse los días de fiesta solemne. De Wabendé, de las más lejanas regiones de esta desgraciada tierra, acudió la multitud ansiosa de presenciar la muerte de los hechiceros de Ikola. Internéme en la población; hirió mis oídos gritería horrible, ensordecedora, infernal. Vi veinte hoyos abiertos para el bárbaro acto, rodeados de empalizada clavada en el suelo y atada fuertemente. En cada surco ú hoyo veíase una persona condenada á la prueba.

Vi á corta distancia del teatro de la no imaginada escena, en chozas de cañas, y presos de atroces tormentos á los desgraciados que habían tragado el *moami*: los hombres á la derecha, las mujeres á la izquierda. Algunos lograban arrojarlo, pero en la inmensa mayoría, á juzgar por el pálido color de su faz, la ponzoña empezaba á producir mortal efecto. Al verlos próximos á exhalar el último suspiro, dos hombres, mejor diré dos monstruos, arrójanlos á veinte pasos del horrible escenario, formando un montón de cadáveres víctimas de la infernal superstición. Para apresurar su desgraciado fin, remátanlos á golpes de maza... Al caer la tarde empezarán las negras sombras de la triste noche á extender por la tierra su manto funeral, cubriendo con fúnebre crespón los cuerpos de las víctimas que, lanzados fuera del pueblo, serán pasto de hienas y buitres.

Lacerado el corazón, con los ojos llenos de lágrimas, supliqué al bárbaro verdugo interrumpiera su infernal trabajo. Contestóme con frío sonris: «Fwira, tal es el nombre del envenenador, no suspende su trabajo hasta verlo terminado.»

Vile acercarse á un joven conocido mío para administrarle el veneno: los padres del joven suplicaron al envenenador aguardara un instante y les permitiera dirigir algunas palabras á su hijo. Oí al padre que decía:

—Hijo mío, nada debo alegar contra tí: grande fué el dolor que experimenté el día que me injuriaste y el día que me heriste, pero acordéme que eres mi hijo y

no te guardé rencor. Valor, hijo mío, que el abatimiento no se apodere de ti, y arrojarás el veneno.

El joven contestó:

—Mal hice, en verdad, el día que osé pegaros, pero nunca soñé en daros ningún hechizo. Mal hice también cuando os injurié, pero ¿quién es el que alguna vez no ha injuriado á su padre? Si soy hechicero, venga sobre mí la muerte. Si no lo soy, que logre arrojar el veneno.

Adelantóse Fwira y obligóle á tragar la ponzoña: es ésta una píldora del tamaño de un guisante pequeño. Trágalo el joven, y acto seguido empezó á pasearse por el trazado surco. Suspendía de vez en cuando su paseo, bebía un poco de agua y reemprendíalo de nuevo. Veinte minutos hacía duraba esta extraña escena cuando arrojó el veneno. Fwira indicóle saliera del surco, y condújolo en una choza de caña en la cual, preso de fuerte delirio, efecto de los horribles sufrimientos, empezó á referir todos los hechos de su pasada vida.

Un pobre anciano, que tragó la píldora al mismo tiempo que el anterior, al poco rato vino á juntársele, gritando desafortadamente:

—No soy hechicero, no soy hechicero: no he hecho mal á nadie: á cuantos vinieron á mi casa he dado hospitalidad... abajo los hechiceros.

Otro contestóle desde una casa vecina:

—¡Sí! ¡mueran los hechiceros, pues han muerto nuestro jefe Mlera! Fué su hermana Warumba quien le hechizó: pero dejémosla, que ya murió al influjo de la ponzoña. Bien está, así deben morir todos los hechiceros.

—Contemplad los efectos del hechizo, gritó un tercero: morir y luego ser arrojado á las fieras.

A un anciano alfarero que hacía tres largas horas había tragado la ponzoña y sufría atroces tormentos, decíanle:

—Grande hechicero debes ser, pues ni arrojas la ponzoña ni mueres.

Él contestaba.

—Venga pronto sobre mí la muerte, si es verdad que soy hechicero.

Poco tiempo podía resistir el anciano, pues la hinchazón empezaba á extenderse por todo su cuerpo.

Un *mbendé* que observó me compadecía del anciano, acercándose dijo:

—¿Cuánto pagas? te lo vendo.

Ofrecíle tela por valor de diez francos.

—Convenido, contestó: Mandó arrastrar al desgraciado fuera de la choza, y dióle una bebida emética. Fwira, el diabólico Fwira, vióme acercar al anciano, y sospechando quisiera bautizarle me lo impidió.

—Lo he comprado á su dueño, le dije.

—Aguardad, contestóme, vamos á deshincharlo.

Y tirando con fuerza de los cabellos y de los dedos de manos y piés, gritaba: «Vomita, vomita.» En efecto, arrojó cuanta había comido, salvándose de una muerte al parecer inminente.

Mkajala, que fué quien ordenó el envenenamiento, no presencié la escena por temor de que *su vista se obscureciera*. Recabé de su representante permiso para llevar á la Misión algunas personas que ya habían arrojado el brevaie.

Cuando menos, decíame, si estos desgraciados mueren por efecto del veneno, podrán ser regenerados por las aguas bautismales. Este fué el único resultado práctico obtenido, pues Fwira y sus ayudantes, verdaderos demonios, impidieronme acercarme á los moribundos.

Espero, y esta esperanza es como débil rayo de luz que alegra mi corazón, que pues estos desgraciados oyéronme tantas veces hablar de Dios y del bautismo, que tal vez entre los dolores de su cruel muerte se hayan arrepentido de sus pecados.

Este es el pueblo que en porvenir no lejano esperamos arrancar de la barbarie en que yace sumido. La empresa no es fácil, pero Dios ayuda al misionero, y éste, con la ayuda de Dios, todo lo puede. Para preparar el terreno procuramos mantener amistosas relaciones con el rey y los jefes de Kabendé. El pasado año Mkajala vino repetidas veces á visitarnos personalmente, y nosotros hemos correspondido siempre con otra visita. Adriano, nuestro heroico auxiliar, pasa la mayor parte del tiempo entre los Wabendé: con sus medicamentos cura los cuerpos, y con sus hermosas palabras salva las almas.

Al cerrar esta correspondencia complázcome en comunicar la grata noticia de que el número de cristianos aumenta sin cesar: el día de Pentecostés bautizamos sesenta adultos, y el 15 de Agosto ofrecimos á la Santísima Virgen María un hermoso ramo formado por cuarenta y dos bautismos.

* LOS PIGMEOS *

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

Antes de empezar la publicación de este notabilísimo trabajo, séanos permitido testificar desde estas columnas nuestro sincero agradecimiento al Ilmo. Le Roy. A pesar de sus múltiples ocupaciones ha querido satisfacer nuestros deseos. No dudamos que en justa correspondencia los lectores de *Las Misiones Católicas* mostrarán su gratitud, testificando el aprecio que tienen á las Misiones dirigidas por el Superior general de los Padres del Espíritu Santo.

Negrillos africanos y negritos asiáticos

I. —LOS PIGMEOS EN LA HISTORIA

Gigantes y enanos.—Homero y Ezequiel.—Herodoto y el viaje de los Nasamons en Libia.—Aristóteles, Plinio y Strabón.—Testimonio de Nonnosus, embajador de Justiniano en Etiopía.—Ideas predominantes en la Edad Media, y conclusiones de la ciencia geográfica á mediados del siglo XIX.

DESDE que el hombre canta, dibuja y escribe parece tener la noción de un pueblo de gigantes y de un pueblo de enanos.

Los gigantes ¿existieron y formaron una raza? No seremos nosotros quienes se apresuren á negarlo. La historia de la zoología puede enseñarnos, si es menes-



LOS PIGMEOS ATACADOS POR LOS COCODRILOS.—Fragmento de un bajo relieve de la estatua del Nilo en el Museo Vaticano

ter, que no son los animales más fuertes los que más largo tiempo resistieron: el mastodonte ha desaparecido y sigue viviendo el ratón; el épiornis de Madagascar no se encuentra, y el gorrión crece y se multiplica cual caudaloso río en época de lluvias: en fin, en nuestra época, á medida que el elefante es en Africa cada día más raro, la nigua (1), importada recientemente del Brasil, ha cruzado ó poco menos el misterioso continente escondida en los piés de los viajeros que la descubrieron.

Refiriéndome á las poblaciones de enanos diré que los exploradores de ambas costas africanas indican desde luego su existencia, pues las hallaron en inexplorados bosques: y los sabios al recoger sus datos y compararlos, una vez más se han visto obligados á hacer justicia al testimonio de nuestros ascendientes.

No es mi intento relatar historias antiguas. Después de los trabajos de publicación reciente (2), es á mi parecer poca cosa lo que se puede añadir. Algunas breves palabras serán, sin embargo, útiles para introducción de este estudio.

La primera noticia escrita del antiguo pigmeo hállase por incidencia en la *Iliada* de Homero (siglo décimo antes de Jesucristo), donde se nos presenta á los troyanos dispuestos en línea de batalla, avanzar cual banda de grullas, y llevar á los pigmeos la desolación y la muerte (3).

Ezequiel (siglo IV antes de Jesucristo) dijo también

(1) Nigua ó pulga penetrante.

(2) *La Légende des Pygmées et les Nains de l'Afrique Équatoriale* (Rev. hist. Sept.-Oct. 1891).

(3) Ἀνδρῶσι Πυγμαίοισι φόνον καὶ κηρὰ φέρωνται. (Il. III, 5).

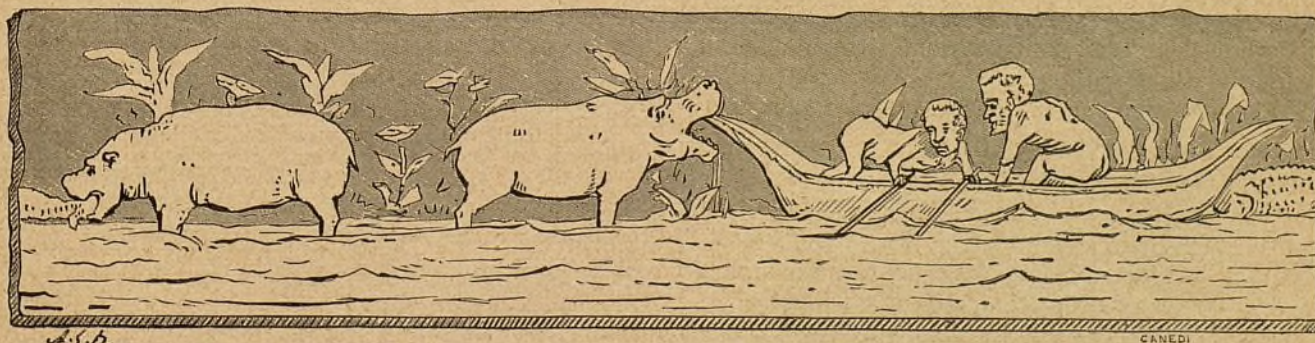
que «los pigmeos habían colgado sus carcajs en las murallas de Tiro.» Ciertamente es que la palabra hebrea *gammadim*, traducida aquí por *pigmeos*, y que en realidad puede significar «hombre que mide un codo de altura», es interpretado de muy diversas maneras por los comentadores. Creyendo que los pigmeos eran un pueblo fabuloso, posible es buscaran muchos argumentos para excusar á Ezequiel de haberlos citado, y Cornelio Lápide en una extensa disertación prueba, valiéndose de siete argumentos distintos, que esta raza sólo existió en la imaginación de los poetas. Conclusión: los *gammadim* de Ezequiel no pueden ser los pigmeos de Homero (1).

Dejando aparte esta cuestión, séanos permitido indicar que algunos veces los comentadores, queriendo justificar la Biblia, acomodáronla á las ideas de su época, sin pensar que haciéndole decir lo que no dice, comprometíanla para posteriores edades. En realidad es lícito admitir que los pigmeos fueron alistados como arqueros para que defendieran las murallas de Tiro, pues este ha sido y es aún el papel que les asignan varios pueblos. Tiro estaba en relación constante con Cartago: y Mr. y Mme. Dieulafoy, en los magníficos descubrimientos que acaban de realizar en Susa, han comprobado la existencia en Elam de una raza de negritos (2).

Herodoto en el siglo V habla también de este pueblo

(1) «Filií Aradíi cum exercitu tuo erant super muros tuos in circuito. Sed et pygmæi qui erant in turribus tuis, pharetras suas suspenderunt in muris tuis per gyrum: ipsi compleverunt pulchritudinem tuam.» *Ezequiel*, xxvii, 11... trad. de la Vulgata.—Carrières añade: «Pygmæi. Id est pugnatōres; sic dicti ἀπο Πυγμῆς, id est à certamine et pugilatu quo valebant. In hebræo est GAMDIM, quod Chaldeos vertit CAPPADOCES; LXX (los setenta), custodes.

(2) *Le tour du monde*, 1880.



LOS PIGMEOS SORPRENDIDOS EN EL NILO POR LOS HIPOPÓTAMOS.—Fragmento del bajo relieve de la estatua del Nilo en el Museo Vaticano

al relatar la curiosa expedición de los nasamons (1). Eran éstos cinco jóvenes nacidos cabe las orillas del mar que baña la gran Syrte, los cuales en tiempos que fueron organizaron una expedición para ir en busca de las fuentes del Nilo. Cruzaron primero una poblada región, y luego interminable desierto de arena. Llegaron á florido oasis, y allí fueron sorprendidos por unos hombreritos que hablaban desconocido lenguaje, y que apoderándose de los viajeros, condujéronles á través de grandes lagos hasta un pueblo ó ciudad, situada cabe la orilla de caudaloso río, y cuyos habitantes eran todos negros y de la misma talla. Los nasamons lograron escapar, y el relato de sus aventuras confirmaron la idea que de los pigmeos tenía el mundo de su tiempo.

Creo será leído con interés el texto de Herodoto, entresacado de la *Collection des Voyageurs anciens et modernes* (2). Dice así:

«Algunos Cyreneens refiriéronme que fueron á consultar al oráculo de Júpiter Amnón, y celebraron una entrevista con Etearco, rey del país. Giró la conversación que con el rey sostuvieron sobre las fuentes del Nilo, opinando que eran desconocidas. Díjoles Etearco que un día llegaron á su corte varios jóvenes nasamons. Son los nasamons un pueblo originario de la Libia y que habita la Syrte y una región que se extiende al Oriente de la Syrte. Preguntóles él si algo nuevo é interesante ocurría en los desiertos de Libia, y contestaron que entre las familias más poderosas del país, varios jóvenes llegados á la edad viril resolvieron entre otras excentricidades, sortear cinco de entre ellos para que fueran á explorar los desiertos de Libia é intentarían llegar más lejos de lo que los más valientes exploradores llegaran. Estos jóvenes, enviados por sus compañeros, bien provistos de agua y de víveres recorrieron primero pobladas tierras, hasta llegar á un país morada de feroces animales, pasado el cual siguieron su camino en dirección Oeste, cruzando arenosos desiertos hasta que descubrieron una llanura en la cual crecían frondosos árboles. Llegaron á ella y comieron los frutos de aquellos árboles. Comiendo estaban cuando unos *hombrecillos*, de talla menor que la mediana, cayeron sobre ellos y se los llevaron á viva fuerza. Los nasamons no entendían una palabra siquiera de la lengua que hablaban aquellos *hombrecillos*, los cuales á su vez tampoco entendían la hablada por los nasamons. Lleváronlos á través de pantanosas tierras hasta una ciudad cuyos habitantes eran todos negros y de talla igual á la de sus conductores (3). Un caudaloso río, morada de numerosos cocodrilos, cruzaba de Este á Oeste la ciudad.

«He querido copiar literalmente el discurso de Etearco, el cual, según aseguran los Cyreneens, dicho lo que antece, añadió que los nasamons regresaron á su patria, y que los hombres entre los cuales habían vivido eran encantadores. El río que cruza la ciudad

creía Etearco que debía ser el Nilo, induciéndole á ello el que este río corre por el centro de la Libia.»

Aristóteles, el gran sabio del mundo antiguo, dice hablando de los griegos: «De los campos de la Scitia emigraron á los pantanos del Alto Egipto donde nace el caudaloso Nilo. Los pigmeos viven también allí. Pues no es fábula sino realidad la existencia de una raza pequeña de hombres y caballos. Por lo que á su género de vida se refiere, sólo puedo decir que habitan en las cavernas (1).»

Un siglo antes de Jesucristo duda Strabón de lo afirmado por Aristóteles. Plinio al hablar de los pigmeos nos los presenta unas veces aliados y otras enemigos de las grullas, contra las cuales protegen sus sementeras, al Norte y al Mediodía, el lugar poco importa. Pompilio Mela cree que han desaparecido, y que paulatinamente la idea de los pigmeos cambiase en leyendas más ó menos ridículas, más ó menos poéticas.

Llegamos á la Era cristiana. «¿Es creíble, preguntó San Agustín, que de los hijos de Noé, ó mejor del primer hombre, de los cuales éstos procedían, descendían ciertas razas monstruosas de que nos habla la historia profana? Más claro: ¿existirán estos hombres que dicen tienen un ojo al medio de la frente, y aquellos cuya talla afirman ser de un codo y á los cuales los griegos llaman pigmeos...? No es menester creer en todas las especies de hombres que dicen existieron, pero lo que todo hombre tiene obligación de creer es que en cualquier parte y en cualquier figura que nazca el hombre, procede y tiene su origen del hombre modelo, único y primitivo (2).»

En el párrafo anterior tratóse como se ve la cuestión bajo el punto de vista dogmático.

En el siglo VI de nuestra era, un viajero bizantino, llamado Nonnosus, enviado por Justiniano á cumplir una embajada entre los etíopes, vió en una isla vecina á la costa oriental africana, una tribu de pigmeos.

La descripción que de la misma hace, coincide en un todo con los hechos por los modernos viajeros: «Tenían, dice, forma y figura humanas, pero era su talla muy pequeña, negra su piel y el cuerpo cubierto por fino vello. Detrás de los hombres seguían las mujeres, de talla parecida, y luego los niños más pequeños aún. No llevaban vestido alguno, sólo los más ancianos cubríanse parcialmente con pieles: el aspecto de hombres y mujeres distaba mucho de ser salvaje. Tenían voz humana, pero el idioma que hablaban era desconocido de los indígenas y con mayor razón de Nonnosus y de sus compañeros. Aliméntanse de conchas marinas y de peces cogidos en las orillas. Tímidos en extremo, tiemblan á nuestra vista cual pudiéramos hacerlo nosotros ante un fiero animal (3).»

Después del precitado testimonio cuya exactitud es asombrosa, la tradición de los pigmeos piérdese confundida por el sin fin de sucesos que precedieron á la actual formación de Europa.

(1) Herodoto II, 32-33.

(2) Eduard Chartón.

(3) *Gustantibus vero (fructus arborum), supervenisse homines parvos, minores modica statura, qui eos prehensos abduxissent: sermonem vero eorum non intellexisse Nasamonas; nec illos sermonem eorum. Ab his igitur abductus esse per maximas paludes, eosque prætergressos pervenisse in oppidum in quo cunctos fuisse his qui illos abduxerant statura æquales, nigros autem colore.*—Herodoto, II, 32.

(1) Aristóteles, *Hist. de los animales*, cap. viii, v. 12.

(2) San Agustín, *De Civitate Dei*, lib. XVI, 8.

(3) Photius, *Biblioth. (Migne. Patrol. Grecque)*.

«Al leer cuanto dicen antiguos escritores hablando de la raza que nos ocupa, dice Mr. Monceax en su estudio, queda uno perplejo y sin saber qué pensar de estos enanos. Unos, entre los cuales citaremos á Alberto el Grande y más tarde Buffón, los identifican con los monos africanos; otros, como Scaliger, Vossius y después los comentaristas dom Calmet y Corneille de La Pierre, consideran fabulosa su existencia.»

El *Dictionnaire historique* de Feller resume la cuestión de la siguiente manera:

«*Pigmeos* pueblo de la Libia, célebre en la Fábula, medían un codo de altura. Vivían ocho años; las mujeres engendraban á los cinco, y escondían sus hijos dentro profundos hoyos, por temor de que las grullas, con las cuales sostenía esta nación continuada guerra, no los robaran. Hércules mató á su rey Anteo y ellos se atrevieron á atacarle. Durmióse un día el héroe griego en un ancho camino, y ellos salieron de Libia armados de sables y echáronse sobre él cubriéndolo cual negro hormiguero. Dispertó el héroe, encerró los pigmeos dentro su piel de león y se los llevó á Eurysthee. Creyeron algunos sabios en la existencia de una nación de pigmeos ó de hombres muy pequeños; pero estos pretendidos hombres eran monos que luchaban para salvar sus crías de las grullas que las querían robar. Buffón admite la anterior observación de Pluche. Los poetas colocan los pigmeos en la Tracia, cuyos habitantes son hombres iguales al resto de los mortales. Plinio unas veces en la Tracia y otra en Etiopía, á orillas de un lago ó á orillas del Nilo. Esta región asignanles también Aristóteles y Pomponio Mela, en tanto que Aulu-Gelle háceles habitar las fronteras de la India. Tanta incertidumbre y contradicciones tantas bastan para convencernos de que es imaginaria la existencia de este diminuto pueblo. Actualmente la tierra ha sido recorrida en toda dirección sin hallarse en parte alguna la raza de los pigmeos. Laponos y samoyades tienen gran superioridad sobre los pretendidos pigmeos, y cuando emigran á los climas meridionales llegan á alcanzar la talla ordinaria del hombre.»

Después de lo dicho ¿hay quien quiera conocer la opinión decisiva de la ciencia expresada por el primer geógrafo de cuantos florecieron en la primera mitad de este siglo? Copia las palabras de Strabón: «Entre los etíopes habitan los pigmeos, que pueblan también la orilla meridional de la tierra.» Malte-Brum añade: Ved aquí á los fabulosos ciclópeos extenderse de la Sicilia á la Negrícia. Vemos, pues, que todos los seres fabulosos habitaron en países cuyo conocimiento aparecía cubierto por oscuras tinieblas. Así los pigmeos de Homero pueblan el interior del Africa. Los eruditos que buscan seriamente el lugar donde vivió este pueblo, y que creen haber dado con las huellas de su paso, nunca han comprendido el conjunto y el curso de los descubrimientos, de los errores y de los sistemas histórico-geográficos de la antigüedad (1).»

(1) Malte Brun, *Geographie*, I, p. 30.

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

El diario de viaje cuya publicación empezamos hoy, reúne á la par elegante forma é interesante materia: condúcenos en la parte más desconocida del archipiélago japonés: la isla del Yeso. Su autor, el joven misionero Miguel Ribaud, nació en Lyon el año 1870 en la parroquia de Ainay (Francia), y partió para las Misiones del Japón septentrional el año 1892.

SEÑOR X***...

PARÍS.

«*Todos los viajes tienen un número interminable de entre actos: llamo así á las horas perdidas, sentado al rededor de la mesa, el tiempo empleado en acostarse y levantarse, las esperas en estaciones ferroviarias, el intervalo entre dos visitas, los momentos de fatiga y de horrible calor. En el decurso de este tiempo fastidiase el hombre sin saber qué hacer. Para evitarlo sólo conozco un remedio: coger el lápiz y tomar notas.*»

«*El libro que os ofrezco es resultado de la reunión de todas estas notas de que habla Taine, tomadas durante los entre actos de un viaje, de un largo viaje á través del Yeso, de esta tierra casi inexplorada, poco menos que desconocida, y tan digna sin embargo de toda atención... y en la cual el genio japonés hasta hoy poco menos que desconocido, presentóse con brillo capaz de despertar la admiración de las naciones civilizadas.*»

«*Es un diario de viaje en el cual escribo á vuelo-pluma mis impresiones...*»

«*Y ya que de impresiones hablo, seame permitido copiar otra vez á Taine:*»

«*Cuando digo que algo me gusta, no pretendo que os guste y menos aún que guste á los otros. ¡Guárdeme el cielo de meterme á legislador sobre belleza, gusto e impresión! Lo que cada hombre siente es tan propio, tan individual como su misma naturaleza.*»

«*Os admirará tal vez que en un viaje que al fin no es otra cosa que una correría apostólica, hable tan poco de la actual situación de los cristianos.*»

«*En el decurso de este largo viaje, en el cual he acompañado al ilustrísimo señor Obispo de Hakodate, cumplió cada cual su respectivo papel. En tanto que el señor Obispo ocupábase anotando los resultados de la apostólica correría, hacía yo lo propio intentando apuntar en estas notas el carácter de los habitantes de esta región, relatar cuanto desconocido encierra, y copiar las bellezas naturales que adornan la pintoresca isla del Yeso.*»

«*¿Recordáis, señor, esas antiguas canastillas en las cuales entre multitud de variadas flores, margaritas, narcisos, etc., descuella orgulloso un racimo*

de sazónada uva ó un ramo de doradas espigas de trigo? Pues lo que en estas páginas os ofrezco tiene alguna semejanza con el contenido de las antiguas canastillas. Feliz seré si consigo agradaros cumpliendo con el precepto de Horacio: ser agradable sin ser inútil.

INTRODUCCIÓN (1)

Es el Yeso una extensa isla triangular, situada al Norte de Nippón, isla de la cual le separa el peligroso estrecho de Tsugaru. El resto del Yeso encuéntrase á la Mandchuria, el Noroeste á la isla de Saghalien, antigua *Tarrakaï*, actualmente posesión rusa, y al Noreste tiene la isla Kunashiri, una de las Kuriles.

Los datos referentes al país y á sus habitantes, cuya exactitud reconoce el viajero.

Una cuestión que hoy causa risa, pero muy natural en aquella edad en que los conocimientos geográficos eran tan incompletos, era objeto de vivas discusiones. ¿Es el Yeso una península unida á la China y á la Tartaria? Después de repetidas preguntas á los indígenas el misionero no duda en negarlo, y los célebres viajeros que le siguieron confirmaron su aserto.

El holandés Schcep, en 1640, descubrió el estrecho de Tsugaru entre el Yeso y el Nippón. En 1797 Lapeyrouse, siguiendo las costas de la Siberia Oriental halla el paso conocido con el nombre del ilustre navegante: remontó las Kudiles, descansó unos días en Petropavlovsk, puerto de Kamtchatka, y luego regresó por el

El descrito estado de barbarie prolongase hasta la restauración imperial del año 1868. Al tomar posesión de su cargo el nuevo Gobierno, confió el Yeso á una Sociedad colonizadora llamada Kaitakusi, la cual debía ocupar la isla, cultivarla y explotar sus riquezas. Desde entonces el Yeso fué considerado parte integral del imperio. Acordaron cambiar su nombre por el de *Hokkaido* (camino del mar del Norte).

Fué esta isla vasto campo abierto á la inteligencia y actividad japonesas. La civilización europea que después de la caída del shogunado propagóse tan rápidamente por el Nippón, no tardó en extender su victoriosa marcha por esta nueva tierra: propagóse con facilidad tanto mayor cuanto nada debía combatir, ningún prejuicio debía vencer, su obra redujose á edificar.

Soberbias ciudades nacen sobre las aún frescas raíces de los recién talados bosques: Hakodaté, Mororan, Otaru, Kushiro, Nemuro, nada tienen que envidiar á las populosas ciudades del Nippón. Sapporo, la capital, crece magnífica, soberbia entre antiguos bosques seculares, cúbrese de ricos palacios, y viene á ser en esta nueva región el emporio de la ciencia y de la industria. Sapporo es prueba evidente del genio del hombre; elocuente testimonio de la superioridad de su inteligencia y de su dominio soberano sobre la salvaje naturaleza, que rige y transforma á su voluntad. La posesión de esta tierra tocó en suerte á un pueblo que contempla el porvenir confiado en sus propias fuerzas y lleno de grandes esperanzas.



JAPÓN.—Vista general de Hakodaté, capital de la isla de Yeso: reproducción directa de fotografía remitida por el P. Marnas

El P. Jerónimo de los Angeles, jesuita siciliano, fué uno de los primeros europeos que pisaron el suelo de esta isla. Embarcado en un junco japonés pasó el estrecho el año 1618 y desembarcó en Matsumai, actualmente Fukuyama, población formada en aquel entonces de japoneses venidos de todo el imperio. Era el fin del viaje explorar aquella desconocida tierra, conocer las costumbres de sus habitantes y aprender los rudimentos del idioma que hablaban. Las Memorias escritas por este apóstol explorador, contienen un sin fin de preciosos datos referentes al país y á sus habitantes, cuya exactitud reconoce el viajero.

(1) Los nombres propios ó ainos están escritos según la ortografía japonesa:

e	se pronuncia é
sh	» che
ch	» tche

Pacífico, dirigiéndose á Australia, donde le esperaba la muerte.

El jesuita tenía razón, el Yeso es una isla.

A principios del siglo XVII, Matmmai Yoshishiro era el soberano de la isla, cuyo imperio entrególe Yeyasu, el gran *shogun*. La única ciudad en que predominaba entonces el elemento japonés era Matsumai: las poblaciones pequeñas diseminadas á lo largo de las costas ó escondidas al fondo de aquellas inmensas florestas vírgenes, ó cabe las orillas de los lagos y de los ríos estaban habilitados por los ainos, hombres incultos, salvajes, que vivían de la caza y de la pesca, últimos miembros de una raza originaria del Nippón y de los kyu-shiu, que perseguido sin piedad por victoriosos invasores hizo del Yeso su postrer refugio.

Asombran los resultados obtenidos después de treinta años de colonización. La inmigración favorecida por el Gobierno ha elevado en el relativamente corto período precipitado la población del Yeso, de treinta mil á un millón, número de habitantes que actualmente cuenta. Hermosas carreteras cruzan la isla en todas direcciones. Los impenetrables bosques gigantes que cubrían su suelo han sido cortados en grandes extensiones de terreno que hoy ocupan hermosas alquerías. Surgen cual por arte de magia nuevas poblaciones que en la costa ó en el interior forman los recién llegados colonos. Se han construido dos penitenciarías á las que bien podemos llamar granjas modelos y verdaderos establecimientos industriales. Numerosas vías férreas ponen en comunicación las más importantes poblaciones de la isla.

HAKODATÉ

I

Es Yamagata un encantador villorrio escondido entre grandes montañas veinte leguas al Oeste de la populosa ciudad de Sendai ot-Sendai, entre Tchio y Aomori, puerto seguro situado en la extrema costa septentrional de la grande isla Nippón.

Tres días son necesarios para recorrer la distancia que separa Yamagata de Aomori, donde llegamos al caer de la tarde del día 19 de Mayo.

Encantador es el Japón que durante nuestro largo camino hemos contemplado admirados de su magnificencia y progreso: es el Japón joven que nace rebo-

sando vida, sonriente, amante de progreso, de civilización, hechizos que doran con sueños fantásticos la rica primavera de su existencia.

II

En el mar: 20 de Mayo: al amanecer.

Ostenta el cielo su más puro azul: hace frío. Empieza el viento á sacudir sus alas, y nuestro vapor el *Gembu Maru* avanza majestuoso sobre las aguas verde-oscuras del estrecho. De vez en cuando olas enormes chocan contra la proa y se deshacen en espuma blanca, pura, encantador espejo de la luz.

El sol con solemne calma eleva por encima la línea clara, precisa del horizonte, el grandioso disco de un rojo amortecido que cambia luego en vivísimo carmín, en amarillo deslumbrador que envuelve la tierra en sublime baño de luz. Las grisáceas moles que envueltas por matutinas nieblas creíamos ver, confundiéndolas con largas velas flotantes sobre las aguas, claramente distinguíamos eran la silueta de rocas enormes. Divisamos la tierra del Yeso.

A las siete echamos el áncora en la rada de Hakodáté, abierta á los buques de todas las naciones y una de las más hermosas del mundo entero. (*Véase el grabado de las páginas 36 y 37*).

Al breve rato una pequeña embarcación condújonos á través del confuso laberinto de vapores, juncos muy grandes y de alta proa igual á nuestras naves de la edad media, barcas largas de fondo plano, entre una indescriptible vocería.

Saltamos de la barca y dirigímonos á la hermosa iglesia cuya blanca mole destacábase coronada por la cruz sobre la vertiente del monte.

Desembarcar en el Yeso después de recorrer el Nipón es algo parecido á desembarcar en New-York ó Filadelfia después de visitar la Grecia ó la Italia: después de haber cogido las olorosas flores del caído Coliseo ó evocado la sombra ilustre del gran Leónidas sobre las ruinas de Esparta. Es pasar bruscamente de estas antiguas naciones llenas, impregnadas de los recuerdos seculares de una civilización que ya no existe, á un país nuevo, formado en un momento, y que á pesar de monumentos, riquezas, comercio, vida, conserva algo vago, indefinible, que recuerda el estado de barbarie en que hace apenas un siglo yacía sumido.

En efecto, si hoy, amigo lector, recorrieras todo el Nipón, á pesar del cambio absoluto obrado en todas las populosas ciudades por la influencia de la civilización occidental, heriría á cada paso tus sorprendidos ojos vestigios de una civilización admirable y grande, en la cual vive la poesía enlazada amorosamente con las fantásticas sombras Samurai, y las bellas artes con las indescriptibles escenas de su caballería macabra. A cada paso hieren el alma una multitud de recuerdos.

Kyoto, el antiguo Miyako, encierra el suntuoso palacio de los antiguos emperadores, el *Gorho*, dentro el cual permanecieron tan largos siglos invisibles al resto

de los mortales, los representantes de la larga serie de hijos de la diosa Sol, viejo recuerdo de una era que existía hace diez siglos. (*Véase el grabado de la pág. 25*).

Poco más lejos mécese tranquilas las aguas del lago Biwa, palacio de las legendarias grullas, cantadas por poetas de otras edades. Cuenta la tradición que una de estas terribles sacudidas seísmicas, tan frecuentes en estas regiones, formó el lago, al propio tiempo que el gigantesco cono de Tujimaya elevábase bruscamente sobre las llanuras de Suruga.

La célebre montaña de Hieizan, situada en la orilla occidental de este lago encantador, centro del budhismo, recuerda los hechos de Nobunaga, aquel que ardiendo en ira contra los bonzos corrompidos incendió en una sola noche más de diez mil pagodas.

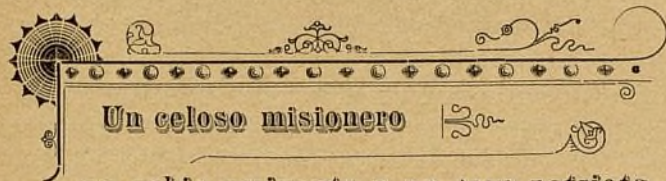
Dirigiéndonos hacia el Sud hallamos el camino que conduce á *Tokaido*, tan frecuentado hace tres siglos por los *daimio*, que con pompa deslumbradora, acompañados de la escolta de guerreros armados de dos espadas, iban dos veces al año á visitar al *shogun*.

Tokio, la antigua Yeddo, ciudad de recuerdos gloriosos, capital del usurpador del imperial poder, parece pronunciar el nombre de Tokugawa Yeyasu, el shogun más célebre, la cabeza más grande de cuantas ha producido el Japón, el hombre que gobernó con cetro de hierro.

Nikko, la famosa necrópolis del Nikko, esta maravilla cubierta de oro, lacas, pinturas, esculturas imitando el fastuoso lujo oriental, escondida al seno de los bosques, cobijada y guardada de ardientes rayos de sol por cedros altivos, arrullada por el eterno cantar de las cascadas, es la quinta esencia del célebre arte japonés, y hace revivir ante el viajero encantado de tanta belleza el antiguo Japón y su arte maravilloso.

Nada de cuanto he dicho encuéntrase en la tierra que actualmente piso. Hace apenas treinta años, antes del cambio súbito que todas las cosas han experimentado al sentir lo que podríamos llamar mágica influencia occidental. Hakodaté era un pobre villorrio de pescadores que aún usaban las canastas primitivas. Hace un siglo impenetrable floresta cubría la tierra que ocupa. La emigración invadió de repente esta isla: colonos hábiles en el arte de imitar, admiradores de la civilización europea, construyen con vertiginosa rapidez una ciudad grande como las nuestras, de rectas y anchas calles, de altos edificios; con numerosas escuelas y soberbios monumentos. Ellos mismos, cediendo á la precitada influencia, han olvidado las fastidiosas trabas de la vida japonesa, los minuciosos detalles de la etiqueta que usaban sus antepasados, para adoptar costumbres que bien podemos llamar yankees.

Hakodaté es hoy un pequeño Wáshington, y no creo equivocarme comparando las impresiones del viajero que procedente de Nipón llega á Hakodaté á las del *globe trotter*, que después de recorrer la Italia desembarca tras larga navegación en el soberbio puerto de la joven capital de la gran República americana. Sus impresiones son análogas á las que experimenta quien, acabando de recorrer las galerías del palacio *Farnese*, visita una fábrica de primer orden.



un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

SIENDO todavía novicio fué destinado á las islas Filipinas, y á su paso por Mejico, en 1757, hizo su profesión en el Hospicio que en la capital de aquella antigua posesión española tenía nuestra provincia. Detúvose en dicho punto por espacio de dos años, (1) durante los cuales se dedicó al estudio de artes y filosofía bajo la dirección y magisterio del P. Manuel Delgado, muy notable poeta latino y castellano, gran predicador, y erudito en todo género de bellas letras (2), continuando luego su viaje á Manila en compañía de cuarenta y nueve hermanos de hábito, presididos por el P. comisario ex-provincial Fr. Miguel Vivas, entre los cuales, además de su maestro, el P. Delgado, y otros diversos sujetos muy distinguidos, iba también el P. Luis Cafuer, hombre de gran virtud y ciencia, el cual fue durante la travesía confesor y maestro espiritual de nuestro biografiado (3). Acompañaban igualmente á nuestros Religiosos cincuenta Franciscanos, veinte Jesuitas (4), el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Antonio Rojo del Río y Vieira arzobispo consagrado de Manila, y como seiscientos soldados para guarnición de aquella plaza (5). Dió fondo el Galeón *Filipino* en la bahía Manilense á 14 de Julio de 1759, y al día siguiente (6) en-

(1) Véase el *Osario venerable*, pág. 242, en donde reseñando la biografía del P. Mariano Alsfont dice: «Defendió en el hospicio de México el *Probabiliorismo*; y presidió un Acto mayor de Theología muy lucido, que lo vi impreso y colgado en la iglesia cuando estuvimos allí los años 757 y 758.» Y en las páginas 76-77 tratando del P. Eugenio de Moya cuenta entre sus escritos «el Acto mayor que tuvo en el Hospicio de Sto. Tomás de Méjico, impreso en Tafián (sic) verde, el cual vimos colgado en aquella iglesia el año de 1757.»

(2) Véanse las páginas 236-37 del citado *Osario*, en las cuales, tratando de este su maestro, dice textualmente el P. Agustín María: «Comenzó á leer artes en el Puerto de Santa María, prosiguió en Méjico y acabó en Manila de jubilar, con créditos de ingenioso y erudito en todo género de bellas letras. De lo cual puedo yo testificar como oyente y discípulo que fui suyo de artes por tres años... Era (también) muy estimado poeta latino y castellano. Pero en el púlpito no reconocía igual en todas las Filipinas.»

(3) Obra citada, págs. 214-15.

(4) Juzgamos equivocación lo que dice nuestro autor en la página 237 del *Osario*, en donde cuenta que iban en su Misión setenta Religiosos Agustinos y otros tantos Franciscanos. El Padre Cano no enumera más que cincuenta de los nuestros, en su «Catálogo de los Religiosos de nuestro Padre San Agustín de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, desde su establecimiento en estas islas hasta nuestros días, con algunos datos biográficos de los mismos. Manila. 1864.» Véase la pág. 182 y siguientes. Tampoco creemos que pasasen de cincuenta los Franciscanos.

(5) Véase la pág. 237 del *Osario*.

(6) Así juzgamos pueden conciliarse los PP. Castro y Cano, el

traron los nuestros en aquella capital, dirigiéndose al Convento de San Agustín, en donde fueron recibidos con la solemnidad y ceremonias acostumbradas en estas ocasiones (1).

Continuó sus estudios en el mencionado convento hasta terminar su carrera eclesiástica y ser ordenado de sacerdote, sin que estos ejercicios le fuesen obstáculo para dedicar ya por entonces largas horas al registro y examen de las obras impresas y manuscritas de nuestros antepasados que existían en la biblioteca y archivo de aquella casa (2). En el año de

primero de los cuales dice que dieron fondo en la bahía manilense el 14 de Julio, poniendo el segundo la llegada de la Misión á Manila en el día 15. Es muy probable que anclase el buque en bahía el 14 por la tarde ó por la noche, y no saltasen á tierra los Religiosos hasta el día siguiente por la mañana.

(1) Una de las cosas que más profunda emoción producen en el ánimo de nuestros misioneros cuando llegan á Manila, es la solemnidad y grandioso aparato con que son recibidos en aquella capital por sus hermanos de hábito. Impresionado ya vivamente su espíritu, y conmovidas las más delicadas fibras de su corazón por la satisfacción inmensa que experimentan al verse libres de los peligros de un viaje tan largo y arriesgado, y del furor de las revueltas olas del mar, que traen inquietos á los navegantes durante la travesía; por la vista de aquella ciudad que parece mecerse suavemente al compás de las olas, y que para indicar la religiosidad de sus habitantes eleva al cielo las cruces en que terminan las cúpulas y las torres de sus iglesias, y por los recuerdos que despiertan en la memoria aquellas playas regadas con el sudor y la sangre de tantos heroicos misioneros é invictos soldados que han extendido por aquellas comarcas el conocimiento de Cristo y del nombre de España, ven luego que no mucho después de haber sonado el cañonazo que anuncia á los manilenses la llegada del buque conductor de los Religiosos, sale ya por la desembocadura del Pasig, con dirección al vapor anclado, una lancha fletada por los Conventuales de San Agustín, que lleva á bordo una Comisión de Agustinos, nombrados por el provincial ó el prior, con el objeto de que vayan á recibir á sus hermanos, darles el saludo de bienvenida y acompañarlos en su entrada á la capital. Después de darse mutuamente un tierno y apretado abrazo, y cambiar las impresiones consiguientes, trasbórdanse todos á la lancha, y al poco tiempo saltan á tierra en el malecón situado á la margen izquierda del Pasig, junto al cual se ostenta el monumento levantado al insigne Ando por su heroísmo en la guerra sostenida contra los ingleses en el siglo pasado. Continúan los Religiosos su marcha por la playa hasta la puerta de Santa Lucía, en la cual se ordenan ya procesionalmente para hacer su entrada solemne en la ciudad, mientras que las campanas de la iglesia de San Agustín, echadas á vuelo, comunican á los habitantes de Manila que otros nuevos apóstoles, descendientes de los Radas y Urdanetas, penetran en su recinto, dispuestos á continuar la grandiosa obra que sus padres comenzaron. A la puerta de la iglesia de San Agustín les espera toda la Comunidad, con cruz alzada, hábito cual se usa en los actos solemnes, y el provincial al frente, quien después de rociar con agua bendita á los misioneros, entona solemnemente el *Te Deum*, que prosiguen cantando todos los Religiosos, con acompañamiento de órgano, estando durante el acto los recién llegados, hincados de rodillas en el centro de la nave principal. Terminado el *Te Deum* y las oraciones correspondientes, siéntase el provincial en una silla colocada en el presbiterio, y todos sus nuevos súbditos le van prestando obediencia, besándole la mano, después de lo cual dan un abrazo á los demás Conventuales de aquella casa, y salen con ellos de la iglesia á cambiar por las galerías y los claustros las impresiones de cada uno.

(2) Así se desprende de varios lugares del *Osario*. En la página 27, hablando del P. Urdaneta, dice: «Compuso la tabla geo-

1762 fué nombrado bibliotecario de la misma (1), cargo que no podía ser más del agrado y aficiones del P. María; pues amante cual ninguno de los libros y de las glorias de la Orden, ofrecíasele ocasión de enterarse detenidamente de tanta riqueza literaria como allí se hallaba atesorada, y de recoger abundantes datos y noticias para las producciones que acerca de la historia de la provincia había de legarnos. Pero un suceso inesperado y trascendental, ocurrido en este año, y que puso en grave peligro nuestra dominación en aquel Archipiélago, vino á interrumpir sus tareas favoritas, obligándole á cambiar de ocupación, y á consagrar las energías de su juventud á la defensa de la causa de España. Nos referimos á la guerra con los ingleses, y al sitio que pusieron éstos á Manila, obligando á sus defensores á rendirse; suceso que por haber sido la piedra de toque que puso de manifiesto los subidos quilates del patriotismo de las Ordenes religiosas, y en el que todas ellas, y muy especialmente la Agustiniiana, rayaron en los límites del heroísmo por el esfuerzo y valor con que defendieron la santa causa de la patria, vamos á relatar por separado, con alguna extensión y detenimiento.

II

Por el mes de Enero de 1762 á consecuencia del *Pacto de familia*, celebrado el año anterior entre España, Francia, Napoles y Parma, declaraba nuestra nación la guerra á la Gran Bretaña. Nada se había comunicado oficialmente á Filipinas acerca de esta determinación, si bien por noticias particulares que de su familia había recibido el agustino P. José Cuadrado, se anunciaba el rompimiento de relaciones, y por unos comerciantes armenios que procedentes de Madrás habían llegado á Manila, se decía que estaban los ingleses preparando en aquel puerto una poderosa armada para conquistar las islas; cuando en 14 de Septiembre del mismo año apareció en la bahía de Manila un pailebot inglés, al cual se le vió sondear aquellas aguas, tomar datos acerca de la situación y defensas de la ciudad, y retirarse luego sin saludar á la plaza en la forma reglamentaria.

gráfica del Mar del Sur con todos los viajes y rumbos descubiertos hasta entonces: un tomo en cuarto, manuscrito; pero muy pintado y lleno de mapas pequeños, que lo vi el año de 1759 en esta Biblioteca de Manila.» En las páginas 274-75 encontramos también lo siguiente: «Pablo Campos... Destináronle á la lengua tagala, en la cual salió aventajadísimo, y compuso en ella dos tomos de *Sermones Santorales*, en cuarto, que andan en las manos de todos. Item, otros dos tomos en cuarto, intitulados: *Fábulas de Esopo*, en tagalo, de los cuales había muchos ejemplares en Manila el año de setecientos i cincuenta i nueve.» Item, en la página 140, tratándose de la obra de botánica del P. Mercado, dice: «Yo la vi y leí toda el año de mil setecientos y sesenta.» El manuscrito del P. Mercado que aquí menciona nuestro autor, después de varias vicisitudes, y cuando ya se creía perdido, se encontró, y fué publicado en la monumental edición de la *Flora de Filipinas*, costada por los Padres Agustinos de nuestra provincia, y publicada en Manila por los años 1877 y siguientes.

(1) Véase el *Osario* citado, página 159, en donde al enumerar el P. María las obras del P. Juan Cabello, dice: «Dichos dos libros los vi en la Bibliotheca de San Agustín de Manila cuando yo fui Librero la primera vez el año de mil setecientos y sesenta y dos.»

En 22 del mismo mes anclaba ya también en la misma bahía una formidable escuadra inglesa, compuesta de trece buques de guerra, al mando del almirante Cornish, en la cual «trayan mil y quinientos soldados Europeos del regimiento de Draper y del batallón de voluntarios de Chamal, dos Compañías de artilleros, tres mil marineros Europeos con fusiles, ochocientos sipayes fusileros y mil cuatrocientos de los mismos para la fagina, que formaba una armada de seis mil ochocientos treinta hombres (1).»

El espanto que en los habitantes de Manila causó este suceso fué grande, y subió de punto cuando habiendo enviado el arzobispo Sr. Rojo, que gobernaba las islas, un oficial al almirante inglés, á preguntarle cuál era el objeto de su entrada en bahía, supieron los propósitos del enemigo, que intimaba la inmediata rendición y entrega de la ciudad, so pena de disponer sin pérdida de tiempo el bombardeo y toma de la misma por la fuerza.

Pero á pesar del efecto natural de esta desagradable sorpresa, del mal estado de las defensas con que contaba Manila, y de la insignificante guarnición que allí se encontraba, que sería un total de seiscientos soldados, respondió la Junta convocada al efecto por el señor Arzobispo, rechazando con energía las proposiciones de los ingleses, y manifestándoles que estaban dispuestos á defender, hasta el último trance la ciudad, y á morir en defensa de aquellos territorios cobijados bajo la bandera de España.

Sabido esto por Cornish manda al día siguiente, 23, desembarcar parte de las fuerzas, las cuales sin dificultad se apoderaron del convento é iglesia de Malate y de las iglesias de la Ermita, San Juan de Bagumbayang y de Santiago, situadas en las afueras de la ciudad.

El día 24 desembarcó el brigadier Draper (2) con todo el grueso de sus tropas, é inmediatamente comenzó el sitio de Manila por tierra, al mismo tiempo que la escuadra impedía la entrada de todo auxilio que pudiera venirle por mar.

En vista de esto el señor Arzobispo gobernador general convocó en Junta á todo el elemento oficial, para ver qué determinación sería conveniente adoptar en aquellas circunstancias; y habiendo sido todos de parecer que procedía defender la plaza hasta donde alcanzasen los medios con que se contaba, se tomaron las medidas oportunas para mejorar y aumentar en lo posible las defensas, instituyéronse cuatro compañías de milicias, llamadas del Comercio, y se llamó gente de las provincias inmediatas para aumentar la guarnición y poder resistir el ataque. Llegaron luego tres mil indios, flecheros de la Pampanga, Bulacan y la Laguna, á los que siguieron después cuatro mil de las mismas provincias, y con estos refuerzos, y las peninsulares que había en Manila, hiciéronse algunas salidas durante el

(1) Véase la *Historia de las Islas Philipinas*, compuesta por el R. P. Lector Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, del Orden de San Agustín, exdefinidor de su provincia, calificador del Santo Oficio y cura regular del pueblo de Parañaque. Sampaloc. 1803, página 606. Esta obra es en opinión de todos el compendio más metódico y mejor escrito que se conoce de la historia del Archipiélago Filipino.

(2) El brigadier Guillermo Draper era el comandante general de las fuerzas de tierra.

tiempo del asedio, en las que hubo sus alternativas; pero en general no fueron de gran resultado, pues si bien molestaron bastante al enemigo y le hicieron numerosas bajas, no consiguieron desalojarle decisivamente de sus posiciones, ni obligarle á retirarse, por no estar los indios prácticos en el manejo de las armas de fuego, y contar los contrarios con mejor armamento, mayor

las precauciones que tomaron los ingleses no lograron por entonces realizar su intento.

La situación de la plaza iba siendo cada vez más difícil y comprometida, y previendo las Autoridades que era inminente la toma por el enemigo, determinaron el 1.º de Octubre nombrar teniente de gobernador y capitán general de las Islas al insigne Anda, el oidor más



MONUMENTO LEVANTADO Á LA MEMORIA DE D. BOSCO EN SU PATRIA CASTELNUOVO D' ASTI (Italia)

experiencia en el arte de la guerra y posiciones más fuertes.

Continuaron los ingleses en los días siguientes el ataque por tierra y el bombardeo por mar, aumentando éste desde el 27 de Septiembre con los fuegos de tres grandes buques que llegaron sucesivamente á la bahía, en los cuales iban de tripulantes trescientos cincuenta franceses apresados en la toma de Pondichery verificada en 1771. Estos trataron de pasarse á nuestro campo; pero por nuestra desconfianza primero, y después por

antiguo de la Audiencia, con objeto de que las mantuviese en la obediencia de España, si llegaba el caso de capitular Manila, y caer en poder de los ingleses el arzobispo Sr. Roj, en quien residía el mando supremo.

El día 2 de Octubre «al amanecer, comenzó el enemigo á jugar una batería de ocho cañones de á veinticuatro, contra el ángulo del baluarte de la fundición; y á las diez de la mañana estaba ya en tierra todo el parapeto; al mismo tiempo dirigieron contra aquel baluarte sus morteros, que eran nueve de diferentes diáme-

tros, y dos barcos tiraban contra el mismo sitio por la cara que mira á la Marina: fué el fuego tan vivo, que se acopiaron más de cuatro mil balas de á veinticuatro. Pero lo que incomodaba más á la plaza, era la fusilería, que desde la torre é iglesia de Santiago veía todo lo que pasaba en la ciudad, y tiraba á la satisfacción contra los que la defendían (1)."

Continuó el ataque en los días siguientes cada vez con más tenacidad y energía, y los nuestros se defendían también haciendo á los enemigos no poco daño.

Por la tarde del día 3 convocó el Arzobispo á consejo á los Jefes militares, á la Audiencia, diputados de la Ciudad, Provinciales de las Corporaciones religiosas y comerciantes más significados é influyentes. Los militares fueron de parecer que se capitulase, pero prevaleció el dictamen de la mayoría que aconsejaba la continuación de la defensa hasta el último extremo. Los que mayor entusiasmo y decisión manifestaron en favor de la continuación de la defensa, fueron los Magistrados de la Audiencia y los Provinciales.

A consecuencia de este acuerdo tomáronse todavía algunas medidas encaminadas á mejorar la situación con trincheras, parapetos y otras obras; pero era tan incesante y vivo el fuego del enemigo, que no bien levantaban los nuestros las fortificaciones, cuando eran destruidas inmediatamente.

La isla del diablo y la isla de Dios

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO
DEL TCHÉ-KIANG

III. (Continuacion)

ALGUNOS días después Houa-wen fugóse, para evitar la acción de la justicia.

Sin embargo, su huida fué contraproducente.

En efecto, para castigo de los bonzos bastaba ya su humillación pública, ó por mejor decir, oficial, que les impedía perjudicarnos en lo más mínimo. Todas nuestras terminantes acusaciones fueron reconocidas y firmadas por los mandarines y sus intermediarios, conservándose los documentos auténticos en los archivos del consulado de Francia, de la Misión, de los tribunales del *tao-tai* de Ning-Po, del *ling* de Tcheou-san y en las pagodas de Pou-tou. Si: ellos habían usurpado nuestro territorio, habían mentido descaradamente y habían violado los sepulcros, ellos incendiaron nuestra capilla y ellos... pero dejemos los hechos antiguos. Se les condenó á sufrir las siguientes penas, que son las que señala el código á los crímenes citados: prisión, el tormento de la argolla y el destierro en perspectiva. Para su mayor descrédito, aquellos sobre los cuales recaía más responsabilidad, eran los principales jefes de Pou-tou. ¿Qué nuevas ventajas me hubiera proporcionado el cumplimiento riguroso de la sentencia? Ver á uno de

ellos con la argolla al cuello sufriendo delante de las puertas de nuestra residencia, á más de no gustarme podía parecer una satisfacción asaz pagana. Bastaba el reconocimiento expícito de nuestros derechos y de sus crímenes.

Para tratar con los mediadores era preciso ir con mucho cuidado, y convenía reservarles la aureola de algún pequeño sacrificio. Al aceptar su intervención para un arreglo amistoso, preciso es hacerles concesiones secundarias. Pidiéronme colocara algunos bonzos, cuya importancia era nula, en el lugar que debían ocupar los bonzos de alta categoría, y que castigara á los verdaderos culpables en la persona de aquellos infelices. Esta substitución, á más de repugnarme por injusta, hubiera producido mal efecto. Para no detener la marcha á mitad del camino, para complacer al *tao tai*, al *ling* y á los intermediarios, que lo anhelaban con vivas ansias, y al mismo tiempo para dar á estos paganos una lección de misericordia, después de un ejemplo de justicia, y demostrarles que los misioneros no tienen enemigos ni abrigan en sus pechos el deseo de venganza, concedí á los bonzos una amnistía general.

La impresión moral de este acto fué excelente, los mandarines entusiasmados enviáronme calurosas felicitaciones, el gozo de los intermediarios era inmenso, pero la alegría para mí mayor fué la admiración de los bonzos, que nada comprenden de la sublime caridad cristiana. Este perdón fué la mayor y más hermosa de nuestras victorias.

Los deseos, las esperanzas cuyo buen éxito peligró tan largo tiempo, veíamoslas convertidas en hermosa realidad. Cierta es que nos costaron rudos combates, empeñadas luchas llenas de trabajos y peligros; pero la victoria extiende benigna su mano y las corona con el éxito más risueño, que amoroso enjuga nuestras lágrimas, consuela nuestras amarguras, y en vez de dejar en el corazón algún resabio de tristeza, colma, sobrepuja las esperanzas más lisonjeras que en días lejanos osamos forjar. La *isla de Dios* había empezado á existir.

Nuestra obra vió levantarse, ardiendo en ira, enemigos poderosos. ¿Quién es capaz de recordar los obstáculos que ha debido vencer? ¡Cien y mil enemigos pretendieron aplastarla! La isla del demonio levantóse en masa y se formó en línea de batalla. Sus impíos sacerdotes empuñaron las armas, prepararon emboscadas, tramaron astutos complots. La fuerza, el número, todo estaba con ellos: pero cimentado en una calumnia el aparatoso edificio que ardiendo en cólera maldita osaron forjar, cayó y entre sus escombros quedaron aplastados.

Nosotros, en tanto, pacíficos poseedores del codiciado dique, contemplamos llenos de confianza el risueño porvenir, bendiciendo al Señor que nos regaló el dique para siempre, sin que debamos temer nuevas y fastidiosas revisiones. Las disposiciones tomadas contra las intrigas de los pérfidos enemigos, previenen toda tentativa de usurpación. No, nunca jamás sacrilega mano podrá arrancar de este bendito suelo la cruz que en él hemos plantado.

¡Henchida el alma de indecible gozo, ve á numerosas familias vivir bajo su sombra santificante, y doblando las rodillas orar cabe sus piés! ¡Compensación hermosa

(1) P. Martínez de Zúñiga. Obra citada, págs. 612-13.

del triste espectáculo de Pou-tou, la *isla del diablo*! Al pasar con rápido vuelo los días por encima estos paganos mares, oirán á la par del miserable ejército de verdugos que blasfeman de Dios y su Cristo, para ofrecer á mentidas deidades homenajes culpables, una falange elegida de amigos fieles, discípulos fervientes, valerosos, intrépidos, que reparan y consuelan. Ante la isla satánica donde la idolatría despliega el fausto maldito de un culto impostor, y quema criminal incienso ante altares erigidos en honor de Satán, en la *isla santa* la piedad cristiana eleva al cielo sus puras manos y su voz suplicante, y alabando al verdadero Dios.

Un día tal vez no lejano, posibie es que la Iglesia envíe á Fo-sin-shan sus virtuosos frailes, para oponer el ejemplo de su abnegación y penitencia, á la vida perezosa y disoluta de los religiosos del Paganismo. Los infieles compararán y verán la enorme diferencia. Al aparecer en el cielo este hermoso día, desacreditados los bonzos, la funesta influencia de la *isla del diablo* recibirá un golpe terrible, mortal quizá, aprovechándose del cual crecerá lozana, hermosa, triunfante, la *isla del Dios de las misericordias*.



Castelnuovo d' Asti (Italia), patria del esclarecido fundador de la Congregación Salesiana D. Bosco, ha querido levantar en una de sus plazas un monumento que perpetuara la memoria de aquel su ilustre hijo y gloriosísimo apóstol. Los días 18 y 19 de Septiembre último fueron los de su inauguración.

Los grabados que damos en este número representa dicho monumento (pág. 41), la plaza de San Roque en que está situado y el aspecto que ofrecía ésta en el momento de la inauguración (página 44).

El monumento representa al apostólico sacerdote teniendo á su lado derecho á un jovencito europeo, y á su izquierda á un salvaje de la Patagonia, donde tiene sus principales Misiones la Obra Salesiana. La figura de Don Bosco es notable por su exacto parecido y por el sello de naturalidad y de suave misticismo que ha sabido imprimirle el artista. El conjunto es armonioso y se levanta sobre un elegante pedestal de granito-rosa, y en una de sus cuatras caras se leen la fecha de la erección y la dedicatoria.

La fiesta fué grandiosa, espléndida; habiéndose asociado á ella las principales ciudades y Asociaciones de Italia por medio de especiales representantes suyos, y de un modo singular el Episcopado de aquella nación.



El Vado

Episodio de la guerra franco-prusiana

(Conclusión)

ENTONCES hemos pasado delante?

—Sí.

—¿Por qué nos has dejado hacer este trayecto inútil?

—Porque era preciso.

—¿Cómo?

El viejo sonrió: después explicó que eran perseguidos; que la caballería alemana los alcanzaría antes de tres horas; que las huellas de los pasos, deteniéndose en el vado, habrían indicado á sus perseguidores que por allí había un paso; y que era necesario ir más lejos para que perdieran á la pista.

—¡Es verdad! dijo el comandante; guíanos, pues.

Una hora más tarde, los fugitivos pasaban el río en fila con el agua hasta los hombros.

Cuando hubo pasado el último hombre, el comandante tendió la mano al viejo.

—¡Gracias! le dijo.

—¡Que Dios os proteja! contestó el aldeano.

Este permaneció inmóvil, hasta que vió desaparecer en el horizonte los últimos de la retaguardia.

Al perderlos de vista, borró en un momento la línea de pasos que iba á hundirse en el agua, y se alejó lentamente por el camino que los fugitivos habían recorrido. De repente se detuvo, lanzando una exclamación de terror.

Obstruyendo todo el camino, llegaban por él, al trote largo, en dirección contraria, dos escuadrones de hulanos.

El aldeano, agachándose trató de ocultarse bajo un matorral, pero los de la descubierta lo habían visto.

—¡Ohé! ¡un hombre! gritaron.

Y en un segundo se echan sobre él, lo rodean, lo maltratan, y lo arrastran ante los oficiales alemanes. Allí sufre un nuevo interrogatorio; pero el viejo se ha vuelto, al parecer, idiota y sordo: no entiende nada, no sabe nada, no ha visto á nadie.

—¡Dejadlo! grita el jefe de la fuerza, ya hablará pronto. ¡Ea! ¡marcha, adelante!

Cojeando, hostigado por la espalda con las lanzas, el viejo corre delante de los caballos. A veces tropieza, y un pinchazo lo hace levantar.

Camina así algún tiempo, pero le falta el aliento y sus piernas ceden... Sin embargo resiste, porque pasa delante del vado. Doscientos metros más lejos se deja caer al suelo desfallecido.

—¡Al paso! manda el oficial ¡y tú, adelante!

De esa manera llegaron al *Puente de la Horca*.

Los alemanes sabían que estaba destruído; allí desaparecía todo rastro; más lejos, la orilla no ofrecía ningún indicio.

Habríase dicho que los franceses derrotados se habían hundido en el río.

Pero, ¿no podía haber algún vado más abajo del puente? El estado mayor se puso á discutir. El viejo aparte, con la cabeza baja, sonreía.

—Se nos ha engañado con una falsa maniobra, dijo alguien; han vuelto por el mismo camino: volvamos.

Otro observó que no se podía conocer nada, puesto que ellos mismos habían pasado después, pero que el viejo debía saber donde estaba el vado.

—¡Ya lo veremos! gritó el comandante. ¡Al agua, bruto!

El aldeano tuvo que sondear el río.



PLAZA EN QUE ESTÁ SITUADO EL MONUMENTO DEDICADO Á D. BOSCO EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN

La orilla bajaba en suave pendiente: el viejo, resignado, entró en el agua. Esta le llega á las rodillas, al vientre, á los hombros, pasa de la cabeza, y él avanza...

—¡Vuelve! gritó el jefe; y añadió:

—Mas allá, señores; el vado no está aquí.

De cien en cien metros, el viejo tenía que entrar en el río. Los alemanes le seguían con la vista, pero siempre se hundía y volvía penosamente; la duda era imposible hasta entonces.

A fuerza de repetir este experimento, el viejo se vió á la entrada del vado. Aquel hombre extenuado por la fatiga, transido de frío, dirigió una mirada de angustia á la orilla opuesta.

Los que él quería salvar habrían andado apenas tres leguas, y si el vado era descubierto estaban perdidos.

—¡Al agua!

—¡No puedo más!

—¡Mejor! ¿Dónde está el vado?

—¡No lo sé!

—¡Al agua!

El pobre hombre obedece. A medida que avanza, se encoge para hacer creer que el río está hondo; pero han visto que toca el fondo, y un inmenso clamor llena la orilla. Entonces el aldeano pronuncia algunas palabras que él solo oye, y se inclina un poco en la dirección de la corriente, como arrastrado por ella.

El agua cubre sus hombros, y él se vuelve á mirar á sus enemigos que le gritan, una y otra vez desde la orilla.

—¡Adelante! ¡adelante!

Aparentandose siempre ceder á la violencia de la corriente, deja el vado, sin que los alemanes lo adviertan: el agua empieza á cubrirlo; unos pasos más y su muerte es inevitable. Luchando con la fuerza de la corriente, más rápida en aquel punto, avanza con precaución; luego quiere volver atrás, pero los hulanos le amenazan blandiendo sus lanzas, y le gritan con rabia:

—¡Adelante!

El desgraciado hace entonces la señal de la cruz, abraza con una mirada la tierra, el sol, la existencia entera... da un paso más, al borde mismo de la hon-

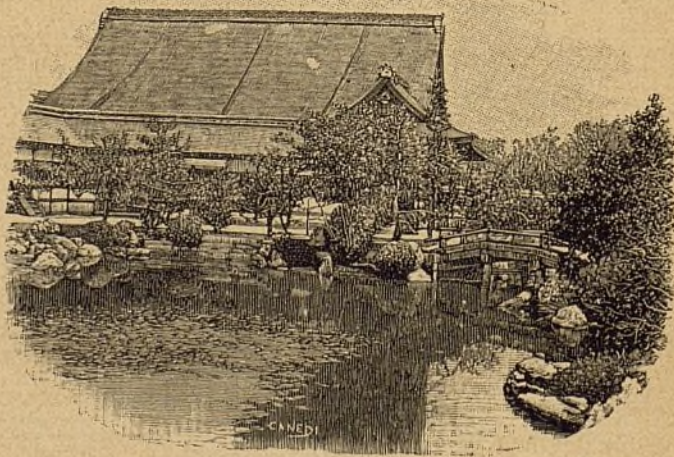
dura, que siente bajo sus plantas; lucha un momento aún por sostenerse de pie, en medio de las amenazas de los hulanos y del tumulto de las aguas; pero el frío paraliza sus miembros, vacila, resbala, y se hunde repentinamente debajo de las olas.

Los clamores cesan.

—¡No hay vado! exclama el comandante con aire sombrío; ¡ese pobre hombre ha muerto!

Y los alemanes desalentados abandonan la orilla y vuelven atrás los pasos; mientras el cuerpo del héroe oscuro y desconocido corre inerte á merced de las aguas, arrastrado por la corriente silenciosa del río.

M. MONTEGUT.



Ala principal del Gorho (palacio imperial) de Kioto
(Pág. 38)

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

—¡Ah! no lo creas, replicó con apresuramiento el Barón, más sufrirás tú aquí que yo en la guerra. Las mujeres tenéis una imaginación tan viva que fingís peligros y trabajos donde nosotros no encontramos sino cosas naturales. Tú no dormirás pensando en que yo no tendré cama en que acostarme, y yo te aseguro que dormiré admirablemente sobre un improvisado lecho de hojas secas.

No pareció que este argumento convenciera del todo á Inés, porque volvió á insistir acerca de la diferencia que la guerra iba á establecer entre los dos, y siguió un rato doliéndose de las penalidades que aguardaban á su marido, hasta que éste, para terminar á aquella escena, la dijo:

—Inés mía, tu buen corazón y el amor que me tienes hace que sientas no poder sufrir cuando yo sufro, ni padecer lo que yo padezca; pero ten en cuenta que Dios distribuye las penas y trabajos según su sabiduría infinita le dice que nos convienen, y que quizás te guarde en mi ausencia otros mayores que los que yo padezca.

—¡Oh, sí, quizás! y al decir ésto quedóse suspensa Inés, como temiendo concluir la frase y participar á su marido la sospecha que había cruzado por su mente. Mas la emoción que experimentó no pudo ocultarse al Barón, que cogiendo por la mano á su mujer la preguntó

qué era lo que había causado aquel repentino cambio. Inés, en vez de contestarle, miró al cielo, y volviéndose rápidamente á su marido, le dijo: «Y el conde de Thiercy ¿va á la Cruzada?»

—¿Cómo ha de

ir si tiene cerca de setenta años y sus achaques apenas le permiten salir de su castillo? Por lo visto, sigues creyendo que el Conde me guarda rencor, y temes que ahora trate de vengarse de su pasada derrota; mas he de advertirte que el Conde, á pesar de sus defectos, es bastante caballero para no emprender nada contra una dama desamparada, y bastante cristiano para respetar la tregua que se ha establecido en todas las contiendas particulares mientras dure la Cruzada.

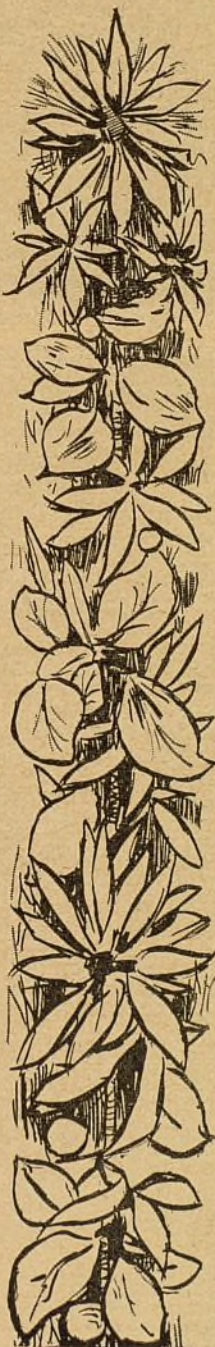
—En cuanto á eso, dijo Inés, no ha dado muchas pruebas de serlo, pues hace dos años trató á los monjes de Cleard como si fuera un hereje.

—Sea lo que sea, dijo el Barón, no creo que se atreva á hacernada contra ti; mas si quisiese aprovechar mi ausencia, tanto peor para él, porque al partir dejó á ti y á mis hijos encomendados á la Providencia divina, quien cuidará de vosotros mucho mejor que yo pudiera hacerlo.

Tal era la fe de aquel hombre, que en efecto no dudaba que Dios guardaría á su mujer, hijos y haciendas mejor que él pudiera guardarlos con su espada y sus soldados. ¿No iba á combatir por la causa de Dios contra los infieles? pues ¿por qué no combatiría Dios por la suya si alguien osaba aprovecharse de su ausencia? Beaumont, que veía en todos los sucesos la mano bienhechora y amorosa de Dios que cuida hasta de los pájaros de los campos y de las hojas de los árboles, creía que más especialmente cuidaría de lo suyo en aquella ocasión en que lo abandonaba todo por servirle.

Y precisamente á Inés la tranquilizó tanto lo que la dijo su marido, que no volvió á hablar del asunto. Cogió á Beaumont de la mano, y llevándole el cuarto donde dormían su hijo y su hija, que aún no tenía dos años, se los enseñó y le dijo:

—Confío en que Dios te guardará y hará que vuelvas sano y salvo, porque estos ángeles se lo pedirán conmigo todos los días desde que te separes de nosotros.



III



NA hora antes de amanecer, clarines y campanas despertaban á los habitantes del castillo de Beaumont. Llamaban los primeros á los soldados que en la tarde an-

terior habían venido de los lugares vecinos y que habían pasado la noche en el patio ó en las casas inmediatas, mientras que las campanas con sus alegres voces anunciaban á los fieles que iba á decirse el santo sacrificio de la Misa.

En el vestíbulo del castillo preparaban los criados del Barón un altar de campaña; cubierto de ricos tapices, y frente á él iban formándose en el patio las compañías de arqueros, hombres de armas, ginetes ligeros y demás gente de guerra de la baronía de Beaumont. A un lado del altar colocóse un pequeño estrado para las damas, y en frente otro para los sacerdotes y monjes. Los caballeros formaban delante de las tropas, y tras éstas, en el espacio de la plaza que quedaba libre, en los inmediatos campos, en los árboles y en los tejados de las casas próximas, la multitud de padres, madres y hermanos de los que iban á marchar á la guerra. Serían éstos unos ochocientos hombres, más de trescientos á caballo, y el de curiosos interesados, lo menos cuatro mil.

En cuanto se hizo de día salió el Barón armado de punta en blanco, con la roja cruz al pecho y un hermoso penacho de plumas en el casco, y seguido de sus escuderos, pajes de lanza y oficiales. Traía el Barón en la mano un hermoso estandarte de seda roja, bordado primorosamente por Inés, el cual en un lado ostentaba la imagen de San Juan, y en el otro las armas de Beaumont. Al llegar al altar entregósele al alférez que había de llevarlo en la guerra; y éste colocóse al lado del Evangelio, escoltado por algunos caballeros.

Poco después subió al altar el venerable abad de Cleard, y en medio del mayor silencio empezó la Misa; el Barón, la Baronesa y los caballeros comulgaron con piadosa devoción en ella, y al terminarla bendijose solemnemente el estandarte, y el Abad dirigió la palabra al pueblo congregado.

Era el Abad, á pesar de sus muchos años, hombre robusto, de poderosa voz, que demostraba la energía de su alma. Animado en aquel momento por la imponente escena que presidía, habló con tal calor y tanta elocuencia que conmovió profundamente á todos. Encareció á la gente de guerra la santidad de la empresa que acometía, excitóla á llevar con paciencia y por amor de Dios los rudos trabajos que la esperaban, presentó á su vista el magnífico cuadro de

la eterna bienaventuranza que Dios concedía á los que tuviesen la dicha de morir por la fe, y concluyó diciéndoles que seguro como estaba, porque los conocía á todos, de su fe, de su valor y de su obediencia, no necesitaba recomendarlas. En seguida, volviéndose á los que por la ausencia de los guerreros quedaban sin padres, sin hermanos ó sin esposos, les consoló diciéndoles que su sacrificio sería recompensado, porque Dios veía la buena fe con que todos le hacían, y que El se lo pagaría, cuidando en este mundo de sus intereses, y reuniendo en el otro á las personas que murieran en la guerra; terminó publicando las indulgencias que concedía el Papa á los cruzados y á cuantos les ayudaran, porque la Iglesia, madre siempre generosa, éralo más en la ocasión presente, en que todos sus hijos se sacrificaban por servirla.

En cuanto el Abad concluyó de hablar, desenvainó el Barón su espada, y cogiendo el estandarte, acercóse al altar y juró servir fielmente en la guerra y pelear como bueno hasta morir, si preciso fuera, en defensa de la fe. Levantóse en seguida, y volviéndose á las tropas con voz entera, preguntó: «¿Juráis?» y un sí unánime, impetuoso y entusiasta no le dejó concluir la frase. Todos, soldados y aldeanos contestaron á la vez, prorrumpieron en vítores y aplausos, en exclamaciones de alegría y con gritos de guerra, y por unos momentos reinó en la espaciosa plaza de armas una confusión y un ruido tan grandes que parecía que el enemigo asaltaba el castillo.

Inés lloraba de júbilo, el Abad bendecía á todos, el Barón no podía desasirse de la multitud de gente que le rodeaba para besar la bandera, y los cruzados eran á su vez objeto de las felicitaciones y plácemes de sus familias. El juramento que acababan de prestar les había realzado tanto á las ojos de éstas, que desde aquel momento sólo veían en ellos á los soldados de la Iglesia, á los defensores de la fe, á los que iban á ganar inmarcesibles laureles y quizás la envidiada palma del martirio.

El Abad y los Barones pusieron término á aquella escena, retirándose al castillo para hacer un ligero desayuno, mientras que los soldados y campesinos hacían lo mismo al aire libre. Era la última comida que muchos de ellos hacían con sus familias, porque á poco rato debían emprender la marcha á Tierra Santa, para morir allí la mayor parte.

Al entrar en el comedor del castillo, Juan de Beaumont dirigiéndose al Abad le dijo:

—Padre mío, durante mi ausencia dejo mi mujer, mis hijos y mis bienes en vuestras manos como representante de Dios, á quien desde ahora se los encomiendo. Velad sobre ellos, protegíedles, cuidadles, y si yo faltase, educad á mis hijos en el santo temor de Dios. En mi testamento, que también os entregarán, veréis las demás disposiciones, tanto respecto á mi familia como á mis vasallos, á quienes considero como hijos. Os ruego, por último, que me encomendéis más especialmente en vuestras oraciones durante el tiempo de la guerra.

—Así lo haré, hijo de mi alma, contestó el Abad, y por lo demás no tengáis cuidado, que



Dios no abandona á quien, como vos, pone en El toda su confianza.

Llegó á poco la hora de la marcha; los clarines dieron la señal de partir, y montando en un brioso caballo blanco, púsose el Barón al frente de sus tropas. Inés, para robar unas cuantas horas á la ausencia, montó también á caballo, pues quería acompañar á su esposo hasta el límite de la baronía, distante de allí tres leguas, é hizo entrar á sus dos hijos en una litera preparada de antemano. Rompióse la marcha entre los vítores y aclamaciones de la muchedumbre, cuya mayor parte siguió con los guerreros durante largo trecho. Nadie quería despedirse de ellos; así que los que por su edad y achaques no podían seguirlos, subíanse á los cerros inmediatos para contemplarlos durante más tiempo. Sólo cuando los perdían de vista empezaban las lágrimas y los sollozos, mas nunca faltaba algún viejo que al oírlos, exclamaba: «No lloréis por los que se van, que buena suerte tienen, sino por los que tenemos que quedarnos.»

Y hasta las madres secaban sus ojos y exclamaban: «¡Vayan benditos de Dios!» y corrían al templo á poner luces en el altar de la Virgen para que ésta les librara y protegiera en la guerra. Ni una sola olvidó al despedirse de sus hijos de pedirles que á la vuelta les trajesen algunas reliquias, aunque no fuera más que hojas del monte de los Olivos, ó tierra del Calvario, porque para ellas todo lo que viniera de Jerusalén era santo. Con razón la piedad de aquellos cristianos tiempos cambió el nombre de Palestina por el de Tierra Santa, y llamó santos á los lugares que vieron nacer y morir al divino Redentor de los hombres.

Juan é Inés fueron hablando todo el camino; hasta que al cabo de tres horas de marcha hicieron alto con toda la gente en unos caseríos donde les esperaban otros doscientos hombres de guerra que, por vivir bastante lejos del castillo, no habían podido asistir á la solemnidad de la mañana. Juntáronse así los mil hombres con que el Barón ofreció tiempo antes acompañar á Jerusalén al señor Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lorena, quien conociéndole de antiguo como vecino le había pedido este auxilio en la guerra. Como Godofredo con su gente había emprendido la marcha hacía ya algunos días, el Barón resolvió apresurar la suya para reunirsele cuanto antes y ser de los primeros en llegar al enemigo, y con este objeto no consintió que acompañasen á sus soldados, mujeres ni niños más allá de la primera media jornada. Para dar ejemplo volvió la Baronesa con los suyos desde aquel sitio. No pudo Inés contener sus lágrimas al despedirse por primera vez de su marido; pero éste, dueño por completo de sus sentimientos, no se inmutó siquiera; cogió á sus hijos, besólos con ternura, les dió su bendición, abrazó en seguida á su esposa y exclamando: «¡Hasta la vuelta, si Dios quiere!» dió señal de partir. La fuerza armada continuó la marcha; la Baronesa con su servidumbre y una porción de mujeres y niños, que hasta allí habían llegado, quedaron largo rato contemplándola, sin atreverse á seguirla ni un solo paso hasta que la perdie-

ron de vista, y entonces silenciosos y graves, pero no tristes, volviéronse á sus casas. Inés llegó al castillo al anochecer, y el silencio que reinaba, tan contrario al bullicio de la mañana,



impresionóla vivamente. Comenzó entonces á comprender el prolongado martirio que la soledad iba á causarle, pero dominando en seguida su emoción, repitió por lo bajo la frase: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» que era el grito de guerra de los cruzados; entró serena y risueña en el castillo, para animar así á sus servidores y vasallos que sentían la marcha de su señor y de sus parientes y amigos.

IV



TRES años, día por día, han pasado desde la escena que acabamos de describir. Durante tan largo tiempo no han llegado á seis las cartas que Inés ha recibido del Barón: por ellas ha sabido las penalidades sin cuento del viaje de los cruzados á Constantinopla; el mal recibimiento de los griegos; sus exigencias, dificultades y retardos; el paso del ejército cristiano al Asia; los combates terribles sostenidos en el sitio de Nicea; la entrada en esta ciudad, y la marcha sobre Antioquía. Sabe que de todos los combates ha salido el Barón sano y salvo y cubierto de gloria, pero desde hace mucho tiempo no tiene noticia ninguna. El Abad de Cleard, que suele recibirlas con más frecuencia por medio de los monjes que van á Marsella ó Génova, hace también muchos meses que se limita á pedir á Inés redoble sus oraciones y buenas obras, para auxiliar por medio de ellas á los que pelean en Oriente, de todo lo cual deduce Inés, que la situación de los cruzados debe ser más apurada que nunca. La gente de la baronía, para quien cada carta que recibía la señora era un consuelo, pues el Barón no se olvidaba en ellas de dar noticia de aquellos de sus vasallos que más se señalaban ó que sucumbían gloriosamente en la guerra, preguntábale con frecuencia si algo de nuevo sabía, y se admiraba de que en tres años ni siquiera hubieran visto los cruzados á Jerusalén.

(Se continuará).

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S.	3	ptas.
Andrés Die Pescetto, de Orihuela.	7	»
Catalina Bonel, Vda. de Roure, de Bañolas.	32	»
Encarnación Domínguez, de Estella.	4	»
Juan J. de Izaguirre, de Guelaria.	2'45	»
Raimundo de Lujando, de Calahorra.	5	»
Vicente Sanz Bremón, de Valencia.	0'50	»
Victoriano Lacarra, abogado, de Estella.	5	»

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Jose Navarro Salinas, de San Ildefonso.	5	»
---	---	---

SALIDA DE MISIONEROS

El 23 del pasado Octubre salieron de Marsella con rumbo á Maduré, donde van á completar sus estudios, los HH. Odilo Pistre, Jorge Sicard, Cristóbal Honpert, Pedro Dahmen, Gilberto Andre, René Guay, Enrique La Calvez, Carlos Ivenat, Laurencio Peruer y Carlos Leigh, novicios todos de la Compañía de Jesús.

—Durante el año 1898 embarcaron en Burdeos con dirección al Senegal y á Gabón las siguientes Religiosas de la Inmaculada Concepción (de Castres): HH. Agustina Contal, Radegunda Galanier, Albertina Molinier, Flavia Sauret, Alberta Boulogne, Juana Berihmans-Gally, Casimira Davesac y Francisca de B. Sabonlard.

El 1.º de Enero del corriente año embarcaron en el puerto de Marsella dirigiéndose á la Misión de Nueva Guinea el R. P. Andrés Jullián, que hace algún tiempo regresó á Francia su patria para atender á las necesidades de su Misión; el P. José Ponpeney y los HH. Van de Eijken, Kuypers y Priem, los tres holandeses.

—Los PP. Pedro de la Madre de Dios y Juan de la Sagrada Familia, Carmelitas descalzos, embarcaron el 10 de Enero á bordo del *Turkestán* con dirección á Mesopotamia (Bagdad).

ANUNCIOS

BIBLIOTECA DEL HOGAR

Serie de novelas de sana tendencia moral publicada á petición de numerosos padres de familias.

No más mostrador, por D. Francisco de P. Capella. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Espera*, por Aurora Lista.—75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Sin Dios*, por Raquel. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*La Gitana*, por D. Francisco de P. Capella. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Cadena de Oro*, por Aurora Lista. 1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.—*La Perla preciosa*, por Matilde Bourdón. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*La*

Firma del Banquero, por Aurora Lista. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Anisia, ó una virgen-apóstol del siglo IV*. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Una madre como hay muchas*, por D. Francisco de P. Capella. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*De mi cosecha: Cuentos varios*, por don Norberto Torcal. Preciosa cubierta á dos tintas. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Lea, ó la Cruz triunfante*, por Matilde Bourdón. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FÁBRICA DE TEJIDOS
Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA
HIJOS DE MIGUEL GUSI

CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas
clases.—Casullas bordadas en oro y
sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cíngulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar.

INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN
PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del DR. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del DR. MARQUÉS contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109. — Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona